

Bianca™

Sandra Field

EL SUEÑO DE LA INOCENCIA

El sueño de la inocencia

Una noche la admiración que Jenessa sentía por el millonario Bryce Laribee se había convertido en pasión… pero en cuanto él había descubierto que era virgen, había huido…

Jenessa había cambiado tanto, que a Bryce le costó reconocerla; pero en cuanto lo hizo, ya no pudo pensar en otra cosa que en el ardiente encuentro que habían compartido doce años antes… Ahora debían terminar lo que habían comenzado entonces. Pero Jenessa tenía un par de secretos: seguía enamorada de Bryce… y seguía siendo virgen.

Era virgen cuando lo conoció… y seguía siéndolo ahora

CAPITULO 1

OCURRIÓ hacia las siete, en una soleada tarde de mayo. Jenessa Strathern acababa de dejar de trabajar, porque se estaba quedando a oscuras en el estudio, y le faltaba tan poco para terminar aquel cuadro que no quería arriesgarse a estropearlo. Estaba soltando la paleta y el pincel cuando sonó el teléfono. Agarró un trapo manchado, se limpió la pintura de las manos y levantó el auricular.

—¿Diga?

—Hola, Jen —contestó su hermano Travis al otro lado de la línea—. ¿Tienes un minuto?

La joven sonrió y se dejó caer en la silla más cercana. Travis tenía seis años más que ella, era médico, vivía en Maine con su esposa, Julie, y habían tenido un bebé hacía una semana, una niña.

—Para ti tengo todo el tiempo del mundo —le dijo Jenessa—. ¿Cómo está Samantha?

—Cada día más preciosa —respondió él, con orgullo de padre—. Precisamente es la razón por la que te llamo. Dentro de un par de semanas tenemos pensado celebrar el bautizo, y nos gustaría que vinieras; queremos que seas la madrina.

Jenessa se sintió conmovida.

—Oh, Travis, eso es tan tierno… Pero ya sabes lo patosa que soy con los bebés. Cuando la pusiste en mis brazos en el hospital estaba aterrada ante la idea de que se me pudiera caer.

—Ya irás aprendiendo —replicó él, riéndose suavemente—. Bueno, entonces, ¿vendrás?

La joven vaciló un instante.

—¿Dónde vais a celebrar el bautizo?

—Sabía que me preguntarías eso —dijo su hermano con ironía —. En Manatuck, en el jardín de la casa de papá y Corinne, ya lo hemos acordado con el párroco. Venga, Jen… —dijo al escuchar el gruñido de su hermana—, ya es hora de que papá y tú enterréis el hacha de guerra, ¿no crees? Aunque sólo sea por esta vez. Es una ocasión importante.

Jenessa sabía que debía decir que sí, porque de no hacerlo heriría los sentimientos de Travis, y aquello era lo último que deseaba. De niña, había idolatrado a su hermano mayor como a un héroe, y aun ahora que ya eran adultos seguía queriéndolo y respetándolo muchísimo. Además, le debía tanto, y Julie y él lo habían pasado tan mal durante el embarazo… Ella había estado a punto de perder a su bebé en el cuarto mes.

¿Y qué si el bautizo se celebraba en la isla de Manatuck? Tenía veintinueve años, ya no era una adolescente, sería capaz de comportarse de un modo civilizado con su padre por unas horas aunque no quisiera verlo ni en pintura.

Sin embargo, justo cuando iba a abrir la boca para aceptar la invitación, su hermano añadió:

—Y hay otro motivo por el que me gustaría que vinieras. Le hemos pedido a Bryce que sea el padrino. ¿Sabes de quién te hablo…? De Bryce Laribee, mi antiguo compañero de colegio.

El color abandonó las mejillas de Jenessa, y el corazón empezó a latirle con tal fuerza que parecía que quisiera salírsele del pecho. Sus dedos fríos y sudorosos apretaron el auricular.

—No, creo que no lo llegaste a conocer nunca… —continuó Travis, que no podía ver la reacción de su hermana—. Y la verdad es que es increíble, porque lo conozco desde los doce años. En fin, más vale tarde que nunca. Es un tipo estupendo, y estoy seguro de que te gustará.

Travis no podía estar más equivocado: Jenessa sí conocía a Bryce. Habían coincidido una vez, años atrás, y después de lo ocurrido entre ellos, no podía decir precisamente que Bryce Laribee le gustara.

Claro que no podía contárselo a su hermano. No, aquello tenía que seguir siendo un secreto. Era demasiado humillante. No quería volver a estar a menos de diez metros de ese… de ese…

—¿Jen?, ¿estás ahí?

Frenética, la joven trató de recobrar la calma. Tenía que pensar algo, y rápido.

—Travis, yo… yo… no sé, hay un largo camino en coche hasta Maine desde aquí, y expongo en Boston a principios de julio, en la Galería Morden, y ya sabes lo que eso significa…

—¡¿La Morden?! ¡Vaya!, eso es fantástico, Jen, me alegro por ti. Llegarás lejos, ya lo verás.

Jenessa no estaba tan segura de eso, pero desde luego no era el momento de ponerse a hablar de su bache creativo.

—El caso es que voy muy atrasada… Quieren veinte cuadros para finales de junio, y si voy a Maine… bueno, eso me quitaría tres o cuatro días entre la ida, la estancia y la vuelta, y no creo que pueda permitírmelo tal y como voy de tiempo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, y cuando Travis volvió a hablar, su voz sonó seria.

—¿Estás siendo honesta conmigo, Jen?, ¿estás segura de que la verdadera razón no es papá? Si es eso dímelo, porque lo

entendería… Los dos sabemos que no fue precisamente un padre modélico.

—No, claro que no es por papá —murmuró ella, aliviada de poder decir al menos la verdad en eso—, es que está exposición es muy importante para mí. Por fin estoy a punto de conseguir hacerme un hueco en el mundillo. Me he pasado los últimos doce años trabajando muy duro para llegar hasta aquí, y no puedo tirarlo todo por la borda.

Doce años era exactamente el tiempo que había pasado desde el día en que conociera a Bryce Laribee, recordó de pronto, estremeciéndose. En aquel entonces ella contaba sólo diecisiete años, y era estudiante de primero de Bellas Artes de la Universidad de Columbia. Con la facilidad adquirida tras largos años de práctica, apartó a un lado el recuerdo de aquel encuentro y sus consecuencias.

—Lo siento muchísimo, Travis, de verdad, pero tú sabes que me encantaría poder ir, y eso es lo que cuenta, ¿no? —dijo sintiéndose ruin.

—Julie se llevará una gran decepción.

—Travis, yo…

—Está bien, no pasa nada, es sólo que, como no pudiste venir a nuestra boda, nos hacía ilusión que asistieras al bautizo…

Jenessa contrajo el rostro. El verdadero motivo por el que no había ido a la boda de su hermano había sido precisamente que Bryce había sido el padrino. Maldiciendo para sus adentros el día en que, años atrás, vio aquel cartel anunciando la charla que iba a dar Bryce en la universidad, le dijo a su hermano:

—Te prometo que en cuanto haya pasado la exposición iré a visitaros. Si es que para entonces aún me habláis, claro…

—No seas tonta, Jen, sabes que Julie y yo no nos molestaríamos jamás contigo por eso —le reprochó Travis con suavidad—. Pero, oye, escucha —le dijo de repente—. Se me está ocurriendo… No tienes por qué venir en coche: podrías venir en avión, y yo te pagaría el billete. Así podrías venir y volver en el día.

—Pero es que ya te debo un montón de dinero… —balbució Jenessa, sintiéndose atrapada—. No querría que…

—Oh, vamos, Jen, sería un regalo, no un préstamo.

—No, no… no puedo aceptar más dinero tuyo, Travis… no puedo.

Hubo un breve silencio y su hermano exhaló un profundo suspiro.

—En fin, supongo que en ese caso será una ceremonia sólo con

padrino, porque ninguno de los dos queremos a otra persona como madrina.

Jenessa quería que se la tragara la tierra de lo miserable que se sentía. ¿Cómo podía estar haciéndole aquello a Travis? Su madre los había abandonado, marchándose a Francia cuando ella era muy pequeña, y desde entonces su padre había hecho lo imposible por aplastar cualquier impulso de rebeldía en ella, al tiempo que mostraba un descarado favoritismo por su hermano gemelo, Brent, con lo que consiguió que se distanciaran, situación que hasta la fecha no había cambiado. Travis había sido su asidero durante su infancia y adolescencia, a pesar incluso de sus prolongadas ausencias, mientras estaba en el internado. Se sentía horriblemente mal ante la idea de estar fallándole en algo que era tan importante para él, pero es que se había sentido tan humillada por Bryce en su habitación, en aquel hotel de Manhattan, que no podía imaginar cómo podría soportar el tener que verlo otra vez después de aquello. No, no podría soportarlo, no podría.

—Lo siento de veras, Travis —murmuró.

Con el corazón encogido por la culpabilidad, se despidió de él y colgó el teléfono. Con un suspiro, fue al garaje, tomó un cubo y un pequeño rastrillo de mano, y salió al jardín, donde se arrodilló junto a uno de los parterres. No había pensado ponerse a quitar las malas hierbas hasta el día siguiente, pero se dijo que tal vez así, sentada al aire libre, con el sol, se animaría un poco y no le daría vueltas a su conversación con Travis. Pero, sin embargo, sin poder remediarlo, los recuerdos se deslizaron sigilosos hasta su mente. Si no hubiera visto el cartel de aquella conferencia en el tablón de anuncios de su facultad años atrás…

El nombre del ponente fue lo primero que llamó su atención: Bryce Laribee, el mejor amigo de su hermano Travis, un genio de la informática que ya era millonario a sus veintitrés años de edad. Dado que ella no entendía nada de ordenadores, el título de la conferencia le resultó totalmente incomprensible, aunque dedujo que debía ser algo relacionado con la programación. Pero lo que verdaderamente hizo que se quedara allí de pie, como clavada al suelo, fue la fotografía que había en el extremo superior derecho del cartel: cabello rubio, unos ojos grises de mirada cautivadora y unas facciones perfectas que parecían esculpidas.

Como cada vez que veía algo hermoso, aquel rostro le produjo un cosquilleo en las puntas de los dedos y la invadió un intenso deseo de plasmarlo en un papel o un lienzo. Empezó a imaginar un retrato al óleo de aquella cabeza y esos anchos hombros… Tenía

que verlo en persona, se dijo. Sólo entonces se dio cuenta de que llevaba un buen rato mirando el cartel embobada, así que volvió a poner los pies en el suelo y corrió a su clase de acuarela.

La tarde siguiente, sin decir nada a ninguno de sus amigos, fue a la conferencia, se sentó al fondo para poder observar a placer al amigo de su hermano sin que él se diera cuenta, y comprobó que el joven allí de pie, en el estrado del auditorio, iluminado por los focos, era incluso más atractivo que en la fotografía. ¡Dios!, tenía que dibujarlo, tenía que dibujarlo como fuera…

Sin embargo, fue algo más que su rostro lo que la atrajo entonces: su profunda voz de barítono, que la hacía estremecerse por dentro cada vez que hablaba; su sentido del humor; su sonrisa…

Después de la conferencia hubo un pequeño aperitivo, y Jenessa se quedó, esperando a que la gente empezase a marcharse para poder acercarse y hablar con él. Desde el primer momento se dijo que no podía decirle su verdadero nombre. Era más que probable que Travis le hubiese hablado de ella, y que Bryce supiera qué edad tenía. De ser así, jamás la tomaría en serio.

Entonces Bryce se acercó a la barra del bar para pedir otra bebida. «Ahora o nunca», se dijo Jenessa. Y se dirigió a él con el corazón latiéndole atropelladamente.

—Hola, ¿qué tal? Me llamo Jan Struthers —le dijo tratando de sonar tranquila—. Verás, soy estudiante de Bellas Artes y estaba preguntándome si podría invitarte a una copa cuando esto haya terminado… Me gustaría dibujarte.

Sus ojos grises la recorrieron de arriba abajo, tan inescrutables como en la fotografía. Jenessa tragó saliva nerviosa. Pero, ¿no era precisamente aquella mirada el motivo por el que quería retratarlo? Ya no podía echarse atrás, eso sería una cobardía, y si había algo que nadie podía decir de ella, era que no era una cobarde.

Sabía muy bien el porqué de aquel prolongado escrutinio: su corto cabello encrespado, con las puntas teñidas de un naranja brillante, el elaborado maquillaje, las lentillas que hacían que sus ojos pareciesen casi violetas, y el extravagante vestido corto de cuero y cuentas que resaltaba ciertas partes de su anatomía con las que aún no se sentía demasiado cómoda. ¿Por qué diablos se habría dejado convencer por sus compañeras para arreglarse de ese modo tan llamativo? Debería haberse cambiado para aquel encuentro; ahora pensaría que era una rebelde sin causa estrafalaria.

Sin embargo ya era demasiado tarde, y Bryce Laribee no se molestó en intentar disimular la sonrisilla maliciosa que se dibujó en sus labios.

—De Bellas Artes, ¿eh? Tú misma eres pura creación artística desde luego, de la cabeza a los pies.

Jenessa dirigió una mirada significativa a su traje y su corbata.

—Tu llevas tu uniforme… y yo el mío.

—Cierto, pero el tuyo es más divertido.

—En cualquier caso no es más que algo detrás de lo que nos ocultamos.

—Así que, debajo de nuestras ropas… ¿somos básicamente lo mismo?

Jenessa se mordió el labio, insegura de adónde quería ir a parar.

—Yo no he dicho eso.

—¿Y qué parte de mí quieres dibujar, Jan Struthers?

La joven se sonrojó. Podría haberle respondido la verdad, «Un retrato de la cabeza y los hombros», pero su petulancia hizo que le contestase en el mismo tono atrevido:

—Una artista de verdad nunca limita sus opciones antes de empezar.

—Hum… así que, ¿te mantienes abierta a todas las posibilidades?

—Por supuesto.

El brillo en los ojos grises de Bryce hizo que le temblaran las rodillas. ¿Estaba flirteando con ella? No, imposible, debía de ser su imaginación.

—Tengo que despedirme de los organizadores de la conferencia —le dijo Bryce—. ¿Te importaría esperarme un momento?

—Iré sacando punta a mis lápices —respondió ella con timidez.

Bryce se rió, enseñando sus dientes blanquísimos, y todo su rostro se iluminó, haciendo sus facciones aún más atractivas. Y el corazón de Jenessa se desbocó otra vez.

—Volveré enseguida —murmuró Bryce y se alejó en dirección a un par de catedráticos.

Jenessa dejó su copa de vino sobre la barra. ¿Por qué estaba nerviosa? No tenía por qué sentirse nerviosa. Sólo quería hacer un dibujo de él. Le sugeriría que fueran a un restaurante, o a una cafetería, un lugar donde hubiese gente; sí, eso haría.

Pero cuando Bryce se volvió y cruzó de nuevo la sala hacia ella, la masculinidad de su paso y su mirada hizo que una descarga de adrenalina recorriese el cuerpo de la joven, y que quisiese salir corriendo de allí.

Sin embargo, hacía sólo unos meses que se había ido de casa, escuchando la voz interior que le decía que necesitaba ser libre e independiente y la artífice de su propio destino. Si entonces no

había tenido miedo de enfrentarse a lo desconocido, ¿por qué habría de tenerlo ahora? Y así, esforzándose al máximo por parecer tranquila y sofisticada, le preguntó cuando lo tuvo de nuevo frente a ella:

—¿Estás listo?

—Vamos, tengo fuera un coche alquilado —le dijo Bryce, tomándola por el codo para conducirla fuera.

El calor de sus dedos sobre su piel desnuda le produjo a Jenessa un cosquilleo en el estómago.

—Podríamos ir a algún pub —casi balbució—. Siempre y cuando no esté demasiado oscuro y pueda ver lo que estoy haciendo, claro.

—Yo había pensado en mi hotel. Allí no nos molestara nadie, y si prefieres que dejemos la luz encendida…

De nuevo la ambigüedad involuntaria de sus palabras había hecho que él pensara lo que no era.

—¡Sólo quiero hacerte un retrato, eso es todo! —protestó azorada.

—¿Sólo eso? —murmuró él en un tono seductor—. ¿Estás segura, Jan Stuthers?

CAPITULO 2

BRYCE la agarró por el brazo, y la hizo volverse hacia él. Estaban junto a los ascensores, habían dejado atrás el auditorio, y el largo pasillo estaba desierto. Levantando una mano, Bryce trazó el contorno de sus suaves labios de un modo incitante, y subió después hacia la mejilla. Jenessa abrió mucho los ojos, y notó una especie de electricidad que la recorrió de arriba abajo.

—Debajo de toda esa pintura de guerra hay una chica verdaderamente preciosa —murmuró él.

La joven advirtió incrédula, por el tono de su voz y su mirada, que no sólo estaba flirteando. Aquello no podía estar ocurriendo: Bryce Laribee, el mejor amigo de su hermano, el genio de la informática, el joven que se había hecho millonario por sus propios méritos, la deseaba… a ella, Jenessa Strathern, una joven virgen de diecisiete años. « ¿Qué diablos estás haciendo? Deberías largarte ahora mismo».

Bryce ya estaba apretando el botón del ascensor para bajar al garaje.

—Me he dejado el cuaderno de dibujo en el estudio… —dijo Jenessa, dispuesta a dar media vuelta y salir corriendo.

—Olvídalo… —murmuró él, riéndose—, aunque debo decir que ha sido una estrategia muy original.

¡De modo que todo el tiempo había estado creyendo que era mentira, que lo de hacerle un retrato no era más que una excusa para ligar con él…!

—Bueno, Jan… —continuó Bryce en el mismo tono divertido—, esta universidad es una de las mejores del país, así que debes tener talento. Tendré que acordarme de tu nombre. Seguro que dentro de unos años será muy famoso.

Con una pasión que la sorprendió incluso a ella misma, le espetó con una sonrisa burlona:

—No suelo seguir la corriente de moda…, que nunca es más que una reacción a la corriente anterior. Cuando pinto, intento plasmar lo que surge de mi interior, guiarme por mis instintos… y me da igual que no estén en la línea de lo que se esté haciendo o que no sea innovador.

—Interesante —murmuró él—. ¿Y riges tu vida amorosa por los mismos principios?

En ese momento llegó el ascensor, y Jenessa se sintió aliviada de no tener que contestar. Cuando entraron, Bryce se colocó muy cerca

de ella, y la joven se sintió mareada por el olor de su colonia. Tal vez inconscientemente se había estado engañando a sí misma respecto a los motivos por los que quería conocerlo. ¿De verdad sólo habían sido puramente artísticos? ¿No habrían sido más bien de otra naturaleza?, ¿o quizá una mezcla de ambas cosas? Con la boca seca por el nerviosismo, decidió que lo mejor sería sincerarse con él:

—Creo que te deseé desde el momento en que vi. tu foto en el cartel de la conferencia —le confesó con un arrojo que nunca hubiera esperado tener.

—Y supongo que no sabrás que soy muy rico… —añadió él.

Jenessa abrió la boca indignada y se apartó, apoyándose en la pared.

—¡No voy detrás de tu dinero! No me interesa en lo más mínimo.

Bryce se quedó mirándola largo rato con los ojos entornados.

—¿No me digas?

La puerta del ascensor se abrió, pero Jenessa no se movió.

—Te estoy diciendo la verdad.

Bryce la agarró por el codo y puso el pie contra la puerta para impedir que se cerrara.

—Te sorprendería la cantidad de mujeres que no ven en mí más que una cuenta corriente con muchos ceros.

—Pues yo no soy una de ellas —replicó Jenessa sin arredrarse.

—En ese caso, acepta mis disculpas.

—No estoy segura de querer aceptarlas —le contestó ella—, porque no sé si son sinceras o sólo me lo estás diciendo para acabar con esta discusión.

—Estamos reteniendo el ascensor —le dijo Bryce irritado—. Escucha, esto es sólo un romance de una noche, no estamos hablando de matrimonio ni de un romance eterno, así que, ¿qué importa?

«Un romance de una noche»… Jenessa no se había sentido tan humillada en toda su vida.

—No voy a ir contigo a ninguna parte —le espetó—. Era verdad que quería dibujarte, no una excusa para ligar contigo.

—Oh, venga ya… Mira, ya me he disculpado —farfulló Bryce, sacándola del ascensor con él—, ¿qué más quieres?

—No me gusta que me llamen mentirosa —masculló ella.

—Muy bien, te creo, no te interesa mi dinero en absoluto. Lo siento mucho. ¿Te basta con eso?

—Supongo que tendré que conformarme —contestó Jenessa, con

las mejillas encendidas por la irritación.

Y entonces, como si no pudiera aguantar más,

Bryce la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia sí y tomando posesión de sus labios. Fue un beso tan brusco, ardiente e impetuoso, que la ira que sentía la joven se desvaneció y la reemplazó una oleada de una necesidad instintiva que era completamente nueva para ella. Dejándose llevar, le echó los brazos al cuello y se aferró a él. Las manos de Bryce apretaron su cintura, y Jenessa experimentó la primera incursión de su lengua dentro de su boca como una llamarada de fuego. Inquieta, comprendió de pronto que él estaba pidiéndole algo para lo que no estaba segura de estar preparada. Bryce la soltó abruptamente.

—Tengo el coche justo ahí —murmuró haciendo un gesto con la cabeza—. Vamos.

Jenessa no quería ir, pero era como si una fuerza mayor la arrastrara detrás de él. Se sentía hipnotizada.

Bryce le abrió la puerta de un lujoso Mercedes plateado, y Jenessa tomó asiento en su interior. Segundos después él estaba frente al volante, puso el vehículo en marcha y salió del aparcamiento hacia las ruidosas calles, zigzagueando entre los demás coches en dirección al centro.

—Hay un par de cosas que debes saber sobre mí —le dijo—. No quiero ningún tipo de compromiso y siempre uso preservativo.

—¿Estás siendo tan poco romántico a propósito? —lo interrogó Jenessa, irritada por su tono.

—No, te estoy diciendo las cosas como son, porque, si no te gusta, éste es el momento de echarte atrás… Si lo prefieres podemos tomar simplemente una copa y despedirnos sin ningún resentimiento.

Le estaba dando la excusa perfecta para escapar de las aguas en las que se estaba adentrando, donde claramente no hacía pie, y Jenessa debía haberle contestado marchándose, pero el increíble poder de aquel beso la había sobrecogido de un modo que jamás hubiera imaginado, haciéndola plenamente consciente por primera vez de su feminidad. Era un descubrimiento demasiado fascinante como para no querer ahondar en él.

—Mi primera regla también es tomar siempre precauciones —le dijo con un temblor apenas audible en la voz.

—Bien. ¿Y la segunda? —respondió él. Aquella vez Jenessa no tuvo que mentir.

—Que nadie controla mi vida excepto yo.

—Entonces creo que vamos a entendernos —dijo Bryce con una

media sonrisa.

Jenessa se recostó contra el respaldo del asiento, tratando de dominar sus nervios. En las próximas horas su vida iba a sufrir un cambio inalterable. Iba a acostarse con el mejor amigo de su hermano. Dios, aquello era una locura, una completa locura… Y, sin embargo, nunca había sentido un deseo tan imperioso. Sin quitar los ojos del constante tráfico, Bryce le preguntó:

—¿Qué edad tienes, Jan?

La joven pestañeó.

—Veintiuno.

Bryce la miró por el rabillo del ojo.

—¿Sabes? Hay algo en ti de enigmático, y eso me resulta bastante… fascinante. Normalmente soy capaz de leer en las mujeres como en libros abiertos, pero no en ti.

—Quizá no merezca la pena leer los libros abiertos —respondió ella con una suave risa.

El le dirigió una mirada que hablaba por sí sola.

—Escucha, Jan —le dijo—. Volveré a Nueva York dentro de un par de meses. ¿Me darás tu número de teléfono?

—No.

Su respuesta, al igual que todo lo que había hecho en la última hora, había sido instintiva.

—Verdaderamente estás muy segura de ti misma, ¿eh?

«Si él supiera…», se dijo Jenessa.

—¿Hay alguna razón por la que no debería estarlo? —le espetó provocativa.

Bryce quitó una mano del volante y la colocó sobre uno de los muslos de la joven, que el corto vestido de cuero negro dejaba al descubierto.

—Espero que ninguno de los dos nos arrepintamos de esto después.

—No hay ninguna razón por la que debamos arrepentirnos.

Aquellas palabras iban dirigidas más a convencerse a sí misma que a Bryce, y Jenessa tuvo que hacer un gran esfuerzo para no exteriorizar el placer ni el nerviosismo que le estaba causando el contacto de su mano.

—Un par de manzanas más y estaremos en el hotel —murmuró él sin retirar su cálida mano.

Diez minutos más tarde entraban en la enorme suite del ático del hotel más lujoso de la ciudad. Jenessa apenas tuvo tiempo de asombrarse con las fabulosas alfombras chinas o la exquisita decoración, ya que, con un ímpetu que la sorprendió, Bryce la

levantó del suelo y la llevó en volandas a la cama, depositándola sobre el edredón con delicadeza. Se irguió, y empezó a deshacer el nudo de la corbata.

Hipnotizada, Jenessa observó cómo se quitaba la chaqueta y la camisa. Arrojó los zapatos a un lado, y siguieron los calcetines y los pantalones. Sólo se dejó puestos los calzoncillos.

—Tu turno, Jan —le dijo seductor.

«Jan… », se repitió la joven mentalmente: un nombre ficticio justo cuando lo que más deseaba en ese momento era poder ser ella misma. ¿Por qué tenía que ser Bryce amigo de su hermano…?

Se incorporó sobre el colchón, se sacó la chaqueta, y fue bajando lentamente la cremallera del vestido de cuero negro que llevaba, lo dejó caer al suelo y se quitó las medias sin despegar sus ojos de los de Bryce.

—El resto quiero que me lo quites tú —le dijo casi sin aliento.

La mirada de Bryce recorrió el curvilíneo cuerpo de la joven, cubierto tan sólo por unas braguitas de encaje negras y un sostén del mismo color sin tirantes.

—Eres preciosa —murmuró.

Jenessa sintió que se moriría si tenía que seguir esperando, y le tendió los brazos abiertos, en un ruego mudo para que fuera a la cama con ella.

Bryce tampoco necesitaba que dijera nada para convencerlo. Fue hacia la cama y se colocó sobre ella, envolviéndola con el calor de su cuerpo. Lo primero que hizo fue desabrochar el enganche del sostén y deshacerse de la molesta prenda para poder admirar sus exquisitos senos, unos senos firmes y perfectos. Comenzó a lamer la areola de uno de ellos hasta alcanzar la punta, que se endureció en cuestión de segundos. Jenessa dejó escapar un gemido de placer, arqueándose, y Bryce le rodeó la cintura con los brazos, levantándola hacia él.

Jenessa notó algo duro contra su pelvis, y supo que era la prueba de su deseo por ella. De pronto Bryce estaba besándola ardorosamente, como una abeja que extrae el néctar de las flores, mientras sus manos recorrían cada centímetro de su piel, y le quitaban las braguitas. Los dedos de Jenessa se enredaron en el vello rubio rizado del pecho de él, queriendo a la vez que aquella enloquecedora exploración no acabara nunca, y que la llevara al éxtasis final que sólo podía imaginar.

Bryce se deshizo de la última prenda que quedaba entre ellos, y la joven se apretó contra su cuerpo, deleitándose en aquella gloriosa sensación de estar piel contra piel. Bryce fue bajando, imprimiendo

besos de nuevo por la turgencia de sus senos, para seguir hasta la dulce concavidad del ombligo y el vientre.

Entonces le abrió las piernas, zambulléndose entre ellas para estimular cada punto sensible con la lengua. Jenessa gritó su nombre, retorciéndose debajo de él, y se perdió en las delirantes oleadas de placer que provocaban en ella sus atenciones.

Bryce se apartó un momento, estirando el brazo para alcanzar el pequeño paquete que había depositado sobre la mesilla.

—Espérame, Jan, quiero que volemos juntos.

Jenessa abrió más sus muslos para él, y Bryce se adentró entre ellos, inclinándose de tal modo que su duro tórax se frotó contra sus senos.

Y entonces la joven sintió cómo él se encontraba con la resistencia en el interior de su cuerpo, y experimentó un agudo dolor que la hizo contraer el rostro. Bryce también lo notó, y se apartó de ella con una brusquedad que la dejó aturdida.

—Eres… eres virgen —farfulló.

—Sí, pero te deseo tanto… No me importa que…

Jenessa se calló al observar la expresión irritada en su rostro. Bryce estaba sosteniendo su peso en las palmas, apoyadas contra el colchón, con los codos totalmente en tensión por el esfuerzo.

—¿No has hecho esto antes?

—No… ¿y qué? ¿Qué importancia tiene eso?

—Me dijiste que tenías experiencia —mascullò él.

—¡Yo no te he dicho eso en ningún momento!

—Puede que no con esas palabras, pero es la impresión que me ha dado todo el tiempo. No tengo romances de una noche con vírgenes, Jan Struthers, no es mi estilo. Sólo me acuesto con mujeres que saben a lo que se exponen.

Jenessa sintió una punzada en el vientre, y de pronto sintió tanto frío que empezó a temblar de pies a cabeza. Asió a Bryce por el brazo desesperada.

—Por favor, no pares —le rogó—. Llevo toda mi vida esperando conocer a alguien que me haga sentir tan viva como me haces sentir tú, quiero que seas el primero con quien haga el amor. Por favor…

Pero Bryce agarró su mano, la apartó, como si su contacto lo repugnara, y se bajó de la cama.

—Vístete —le dijo mientras recogía su ropa del suelo—. Te llevaré a tu casa.

Y, con un movimiento casi felino, se dirigió al cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco.

Jenessa se incorporó lentamente. Se había acabado. Todo

aquello no había sido más que una ilusión. Con un gemido ahogado de frustración se agachó para tomar su desperdigada ropa con dedos temblorosos, y se sentó en la cama para ponérsela. Estaba subiéndose torpemente la cremallera cuando Bryce salió del baño, completamente vestido.

—¿Por qué has hecho esto? —la interrogó en un tono gélido—. ¿Estabas planeando chantajearme? ¿«Conocido magnate viola a una chica virgen»?

Jenessa palideció, y lo miró con los ojos abiertos como platos. Era igual que su padre, se dijo, pensando siempre lo peor. No iba a llorar delante de Bryce Laribee. No, no iba a hacerlo.

—¡No me juzgues por el mismo rasero que a las otras mujeres con las que has estado! —le espetó poniéndose de pie.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

—¡Si no lo comprendes, no tiene ningún sentido que intente explicártelo! —le gritó ella mientras metía furiosa los brazos por las mangas de la chaqueta—. No hace falta que me lleves. Tomaré un taxi y no volverás a saber de mí nunca más —farfulló, temblando de rabia.

—¿Cuántos años tienes en realidad?

Jenessa alzó la barbilla, mirándolo con odio.

—Diecisiete —contestó—, pero soy lo suficientemente mayor como para saber lo que me hago.

—¿¡Diecisiete!? Dios… y pensar que me creí cada palabra de lo que me dijiste… Deberías estudiar arte dramático en vez de Bellas Artes.

—Si piensas que voy a quedarme aquí toda la noche escuchando cómo me insultas, estás muy equivocado.

—He dicho que te llevaré a tu casa —le dijo Bryce, reteniéndola por el brazo.

—El único modo en que podrás hacerlo es conmigo a cuestas, pataleando y chillando todo el camino. ¿Es eso lo que quieres?

—Te creo capaz —farfulló él con cierta admiración ante esa muestra de carácter—. ¿Tienes suficiente dinero para un taxi?

Jenessa alzó la barbilla aún más.

—No eres la única persona en el mundo con dinero.

—Pues no sé si tú tendrás mucho o poco, pero desde luego te comportas como una niña de papá, una mocosa malcriada.

Si lo hubiera hecho a propósito no podría haberle hecho más daño: «mocosa malcriada» era el modo en que su padre solía llamarla de pequeña cuando la reprendía. Salió de la suite con el corazón desbocado, preguntándose si iría tras ella. Daba la

sensación de que el pasillo fuera interminable, y el ascensor pareció tardar una eternidad en llegar, pero se abrió la puerta y él no apareció. Cruzó el vestíbulo, salió a la calle, y el portero le paró un taxi. Sólo cuando estuvo sola en la habitación alquilada de la pensión donde se alojaba, permitió que su orgullo se borrara, lo que dio paso a amargas lágrimas de dolor y humillación.

CAPITULO 3

E L CANTO de un zorzal la devolvió al presente. Al enfocar la vista observó que, sin darse cuenta, había arrancado no sólo las malas hierbas, sino también toda una hilera de bulbos de tulipanes que apenas habían empezado a brotar. Irritada, volvió a colocar los bulbos y a taparlos con tierra. Con un pesado suspiro miró en derredor, recreándose en su remanso de paz particular: la casita con tejado a dos aguas de estilo cuáquero, los parterres y rocallas de flores, el enorme manzano y el pequeño huerto.

Hacía cinco años Travis le había hecho un préstamo para poder pagar la entrada y, dentro de unos meses, cuando cumpliera los treinta años, recibiría el dinero del fondo fiduciario que le había dejado su abuelo y al fin el lugar sería suyo completamente.

Le echó un vistazo a su reloj de muñeca. Seguiría desherbando otros diez minutos y entraría en la casa para prepararse algo de cenar. Al día siguiente tenía que empezar su siguiente cuadro y, aunque ya había hecho algunos esbozos, aún no había dado con ninguna idea que la convenciera.

—Disculpe —dijo una voz masculina a sus espaldas, sobresaltándola—, busco a Jenessa Strathern.

Esa voz, esa voz de barítono… la habría reconocido aunque sólo hubiera dicho una palabra, y era real, no una ilusión. A Jenessa se le fue el color del rostro, pero se incorporó y se giró hacia el intruso.

Bryce Laribee estaba allí de pie, en el camino de grava que subía hacia la casa, a menos de tres metros de ella. Llevaba puestas unas gafas de sol de diseño, que se quitó, dejando al descubierto aquellos ojos grises de impenetrable mirada que la joven no había sido capaz de olvidar. Con la garganta seca y las manos sudorosas, le dijo con voz ronca:

—¿Quién ha dicho?

—Perdóneme —murmuró él—, no era mi intención asustarla. Llamé al timbre, pero como estaba usted aquí atrás no debió de oírme. Estoy buscando a Jenessa Strathern.

Por un momento a la joven se le pasó por la cabeza la descabellada idea de decirle que no tenía ni idea de quién era esa persona, pero Wellspring, el pueblecito en el que vivía, era demasiado pequeño para poder esconderse. Cualquiera de los vecinos volvería a conducirlo a la casita de estilo cuáquero sobre la colina, y entonces se percataría de que le había mentido, y se

preguntaría por qué.

—Soy yo —balbució—. ¿Quién es usted?

Bryce lanzó una mirada a sus manos manchadas de tierra y esbozó una sonrisa.

—Espero que no la ofenda que no le ofrezca la mano —farfulló —. Soy Bryce Laribee, amigo de su hermano Travis.

En medio de una maraña de pensamientos inconexos, Jenessa dio gracias por haberse puesto aquellos vaqueros gastados, la camiseta más vieja que tenía, y su sombrero de paja, y por haberse dejado el pelo largo: no podía parecerse menos a la chica de pelo corto y vestido de cuero a la que Bryce había conocido años atrás.

—Oh —dijo—, encantada —y forzó una sonrisa que resultó totalmente artificial.

Bryce llevaba unos pantalones de sport beige, y una camisa de algodón blanca abierta en el cuello y con las mangas enrolladas, que le daba un aire muy sexy; Jenessa experimentó una oleada de deseo tan repentina e intensa que la aterrorizó la idea de que pudiera reflejarse en su rostro. Seguía sintiéndose tan atraída por él como doce años atrás. ¿Cómo podía? ¿Cómo, después de lo que le había hecho?

—Siento haberte interrumpido —murmuró Bryce—. No te importa que nos tuteemos, ¿verdad?

—Oh, no, está bien —balbució ella bajando la vista al rastrillo que tenía en la mano—. Y no me has interrumpido. En realidad ya iba a dejarlo.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio a hablar? Supongo que ya imaginarás que es Travis quien me envía.

No, no lo había imaginado. Jenessa soltó el rastrillo, se limpió un poco las manos en los pantalones y le señaló el banco de madera bajo el manzano.

—Podemos sentarnos allí —le dijo. Por nada del mundo lo invitaría a pasar a su casa.

—Travis me llamó anoche después de hablar por teléfono contigo —comenzó Bryce, tomando asiento .Me ha pedido que viniera para intentar convencerte de que vayas al bautizo.

—Ya le dije a Travis que no podía ir porque estoy muy ocupada con mi trabajo —le contestó ella con aspereza.

Bryce lanzó una mirada elocuente en derredor.

—Pues yo no te veo precisamente estresada, la verdad.

La ira hizo que las mejillas de la joven se tiñeran de rubor.

—Si estoy en el jardín es porque estaba bloqueada y necesitaba hacer otra cosa. Mañana tengo que empezar un cuadro y dentro de

unas semanas expondré en Boston, así que sencillamente no me puedo permitir perder tiempo en un viaje de ida y vuelta a Maine.

Bryce introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta de sport que llevaba colgada del brazo y extrajo un cheque doblado.

—De Travis —le dijo tendiéndoselo—, para que puedas pagarte el vuelo en avión.

Jenessa no se movió.

—No puedo aceptar más dinero suyo. Ya estoy bastante endeudada con él.

—Entonces te lo prestaré yo.

—No es una cuestión de dinero —replicó ella irritada por su insistencia—, sino de tiempo.

—Muy bien, seamos francos, esto no tiene nada que ver con que estés ocupada, ¿verdad? —dijo Bryce sorprendiéndola—. Es algo muy distinto, ya sabes a qué me refiero.

—No, no lo sé —contestó ella, tragando saliva. ¿La habría reconocido?

—Travis es tu hermano, te quiere, y me consta que todos estos años se ha desvivido por ti. No te dignaste siquiera a ir a su boda, y sé por él que lo que ocurre es que tienes un antagonismo infantil con tu padre, que no te llevas bien con tu madrastra, y que no quieres ni ver a tu madre, pero eso no disculpa que no puedas intentar ser educada con ellos por un día, cuando es una ocasión tan importante para tu hermano, así que no intentes escudarte tras tu trabajo… tu trabajo y el dinero.

—Tengo que ganarme la vida —se defendió Jenessa.

Pero Bryce no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Julie casi perdió al bebé durante el embarazo, y esa niña es lo más importante que les ha ocurrido. Ahora te han pedido que seas la madrina, pero, ¿te ha importado en lo más mínimo volver a decepcionarlos?

No, señor, ni siquiera eres capaz de sacrificar un día de tu precioso tiempo para ir allí.

Expresado de ese modo, sonaba horriblemente egoísta.

—Por supuesto que sé lo mucho que significa para ellos, pero el día me viene fatal: una exposición en la galería Morden no es algo que se me ofrezca todos los días. Ahora mismo no puedo permitirme dormirme en los laureles.

La mandíbula de Bryce se puso rígida.

—Eres como todos los artistas: preocupada únicamente por obtener el reconocimiento de un puñado de críticos. Les estás haciendo el peor de los desprecios a tu hermano y su esposa al

negarte a ser la madrina de su hija. Es como si estuvieras tirándoles a la cara el regalo que te han hecho al concederte ese honor. Te están pidiendo que seas una parte importante de sus vidas, pero tú te has encerrado en esa torre de marfil que llaman arte, y te consideras por encima del resto de los mortales como para dignarte a bajar de ella y hacer feliz por una vez a los que te quieren.

Jenessa aspiró hacia dentro indignada.

—¿Qué crees que te da derecho para hablarme así? —le espetó frunciendo el ceño.

—Mi amistad con Travis —le contestó él—. Dices que le debes bastante dinero. Pues bien, yo le debo mi vida —masculló en un tono cortante como el acero más afilado—. Si no fuera por él ahora estaría en las calles, en la cárcel o muerto.

Se quedó callado tan abruptamente que Jenessa le dijo:

—No era tu intención decirme eso, ¿verdad?

—No, no era mi intención —masculló él irritado—. No te concierne en absoluto mi pasado.

—Ni a mí me interesa —replicó ella airada, aunque sí le picaba la curiosidad—. Y no voy a cambiar de opinión.

—Así que, ¿se supone que tengo que quedarme de brazos cruzados, viendo cómo le estropeas a mi mejor amigo uno de los días más importantes de su vida?

—Me temo que sí, porque no hay nada que puedas hacer. La decisión de ir o no ir es mía.

—¿Es que no tienes sentimientos? —casi le gritó Bryce, fuera de sí ante tanta tozudez.

Jenessa lo miró dolida.

—En cuanto haya pasado la exposición iré a visitarlos, se lo he prometido —murmuró—. Entretanto, te agradecería que te metieras en tus asuntos.

—Después de haberte conocido, no sé siquiera por qué Travis se molesta en seguir en contacto contigo —masculló Bryce.

Jenessa se puso en pie. Ya no aguantaba más. No tenía derecho a hablarle así, no tenía derecho.

—Siento mucho que hayas venido hasta aquí para nada. Estás perdiendo tu tiempo y haciéndome perder a mí el mío.

Bryce meneó la cabeza con incredulidad y la miró con desprecio.

—Discúlpame entonces. Vuelve a tus cuadros —masculló levantándose—. Le diré a Travis que para ti es más importante embadurnar un lienzo de pintura que él y su familia, aunque estoy seguro de que ya lo sabía.

Se giró sobre los talones y se alejó por el caminito de grava

hasta desaparecer tras la esquina de la casa. Momentos más tarde Jenessa escuchó el ruido de un motor poniéndose en marcha, cómo un vehículo aceleraba calle abajo, y de nuevo el lugar volvió a quedarse en silencio. El único sonido que podía escuchar, aparte del zumbido de los insectos a su alrededor, eran los fuertes latidos de su corazón.

No la había reconocido, no había hecho la conexión entre ella y aquella estudiante de arte con la que se había ido a la cama años atrás para después rechazarla sin el menor cuidado.

A las ocho y media de la mañana siguiente, Jenessa se levantó medio zombi de la cama. Casi no había pegado ojo en toda la noche. No había hecho más que acordarse de lo maravillosa que había sido aquella noche con Bryce en su hotel… hasta que él la había rechazado. A las tres y media de la madrugada se había levantado y se había ido al estudio, tratando de hacer un boceto que la satisficiera para su nuevo cuadro, pero nada de lo que bosquejó en el papel le gustó, y acabó haciendo dibujo tras dibujo de Bryce: Bryce en su jardín, desnudo en la penumbra sobre una lujosa cama, entre sus brazos… Enfadada consigo misma, acabó por arrojar todos los papeles sobre su desordenada mesa, regresó a la cama, y finalmente se había quedado dormida casi a las cinco.

Un café bien cargado, se dijo estirándose, eso la ayudaría a despejarse. Un buen café y una ducha.

Mientras ponía la cafetera, se acercó a la ventana de la cocina, y al mirar a través de ella, le pareció captar movimiento por el rabillo del ojo. Todo su cuerpo se puso en tensión.

Bryce estaba acuclillado junto a su huerto, arrancando hierbas. La irritación se apoderó de Jenessa de tal modo que hasta se olvidó de que estaba en pijama, y salió por la puerta trasera. Las bisagras chirriaron y él giró la cabeza hacia ella al oír el ruido.

Cuando Bryce alzó la mirada, no fue a la joven desaliñada del día anterior a quien vio bajando las escaleras del porche, sino a una mujer preciosa… preciosa y hecha una furia.

Jenessa avanzaba descalza por el césped hacia él con cara de pocos amigos. El pijama de seda color crema que llevaba puesto moldeaba suavemente las curvas de su cuerpo, sus cabellos estaban algo revueltos, sus ojos azules relampagueaban, y sus mejillas tenían el color rosado de las flores del manzano que tenía justo detrás de él. Bryce notó irritado cómo la tela del pantalón se ponía tirante en torno a la ingle. ¿Cómo podía desear a una mujer que le resultaba tan antipática?

—Buenos días, Jenessa —la saludó mientras se ponía de pie,

esforzándose por ser cortés.

La joven se detuvo a escasos metros de él, con los brazos en jarras.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

—Limpiando tu pequeño huerto de hierbas. ¿Acaso no es obvio? —respondió él muy tranquilo, señalándoselo.

Jenessa miró hacia abajo y emitió un chillido ahogado.

—¿Las malas hierbas? —repitió consternada—. ¡Acabas de arrancar todas mis remolachas de semillero!

—¿Me tomas el pelo? ¿Esas birrias de color rojo se habrían convertido en remolachas?

—¡Si no las hubieras arrancado, sí!

Bryce estaba empezando a encontrar divertido hacer rabiar a la hermana de su amigo.

—Deberías haberte levantado más temprano —le dijo—. Creía que tenías un cuadro por empezar hoy… Además, así no habría llegado a hacer tanto estropicio.

—Lo que tendrías que haber hecho sería haber vuelto ayer por la tarde al sitio del que hayas venido —le espetó ella enfadada—. ¿Y cómo es que no estás ya camino de allí?

—El sitio del que vengo es Boston —le respondió él—, y la verdad es que ayer, al salir de aquí, me dije que me había rendido demasiado pronto, así que decidí quedarme en un hotelito encantador que encontré bajando por la carretera. La dueña me ha contado todo sobre ti: desde la ausencia total de hombres en tu vida, hasta esos cuadros incomprensibles que pintas y que tienen la desfachatez de llamar «arte». Son palabras de ella, no mías —se apresuró a aclarar al ver su expresión furibunda.

—Wilma Lawson… —masculló Jenessa irritada.

—La misma. Dime, ¿por qué no hay ningún hombre en tu vida, Jenessa? —le preguntó él, burlón.

—Porque la mayoría de ellos son como tú.

—Tampoco soy tan malo —se rió él—. Estás encantadora con ese pijama —le dijo.

Las mejillas de la joven se arrebolaron. Bryce sonrió: Travis le había dicho que ella tenía veintinueve años, y, sin embargo, allí estaba, sonrojándose como una colegiala, como si ningún hombre le hubiera hecho un cumplido en su vida, lo cual, a juzgar por su aspecto, le parecía virtualmente imposible. ¿Le había dicho que estaba encantadora? Lo cierto era que se había quedado corto. Debería haber dicho sexy, voluptuosa, deliciosa… ¡Por amor de Dios!, ¿qué le estaba pasando?

Jenessa sabía que no tenía por qué darle explicaciones, pero tampoco quería que pensase que llevaba una vida de solterona ermitaña, aunque de hecho era más o menos la vida que llevaba, así que le espetó con altivez:

—La mayoría de los hombres que viven aquí, en Wellspring, tienen más de sesenta años, y la mitad de la gente del pueblo es tan cotilla como Wilma Lawson, por lo que prefiero mantener separadas mi vida amorosa de mi vida doméstica: una en Boston y la otra aquí. Y ahora escúchame bien, porque no voy a repetirlo más veces: no puedo ir a Maine en esa fecha; no hasta que no haya pasado la exposición. Puedes decirle a mi hermano que hiciste todo lo posible para convencerme, pero no voy a cambiar de opinión. Así que adiós, Bryce Laribee. Te deseo que tengas un buen viaje de regreso a Boston y que te vaya bien, pero haz el favor de dejarme tranquila.

Bryce no se dejó impresionar en absoluto por su brusquedad.

—Ya fastidiaste el día de su boda —le dijo—. Es tu oportunidad para redimirte ante él.

La joven estaba empezando a exasperarse. —¿Quieres marcharte de una vez? —casi le suplicó. Pero Bryce acortó la distancia entre ellos.

—Huele a café —murmuró en un tono perezoso—.

¿No vas a ofrecerme una taza?

Estaba tan cerca que Jenessa podía oler su loción de afeitar, y la joven tuvo que hacer un gran esfuerzo para resistir la tentación de pasar su dedo por el hoyuelo de su barbilla.

—Pues no, no entra en mis planes.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras. Acamparé frente a tu puerta hasta que me digas que irás al bautizo.

—Si no te vas, llamaré al jefe de policía.

—¿A Tom Lawson?, ¿el primo de Wilma? Lo conocí ayer por la tarde. Le dije que había venido a verte, y que tu hermano y yo somos buenos amigos. Me pareció un tipo simpático.

Jenessa resopló.

—Eres verdaderamente insufrible.

—Vamos, Jenessa, sé amable: una taza de café —murmuró él divertido. Le señaló una bolsa de papel que había dejado sobre el banco de madera bajo el manzano—. Un par de napolitanas rellenas de crema de la pastelería que hay junto a la iglesia.

Jenessa no podía dar crédito a semejante insistencia. Si seguía allí más tiempo, terminaría por reconocerla, o aún peor, ella acabaría echándosele encima, como una lolita ávida de sexo.

Lo mejor sería claudicar para que se marchase, presentarse en el bautizo, y asegurarse de que, en lo sucesivo, si volvía a visitar a su hermano, Bryce Laribee estuviera en uno de sus viajes de negocios en la otra punta del mundo.

—Está bien, tú ganas —le dijo—. Iré a Maine. ¿Satisfecho? Ya puedes marcharte; misión cumplida.

Los ojos de Bryce relumbraron de un-modo extraño.

—No me pasa muy a menudo que suela sorprenderme una mujer —le dijo—. ¿A qué se debe esa repentina capitulación?

—A que no me vuelve loca precisamente la idea de tenerte varios días acampando en mi jardín —masculló con una sonrisa irónica.

—¿Quieres decir que no soy capaz de volverte loca?

¿Es eso lo que estás diciendo?

—Tómalo como quieras.

—Podríamos comprobarlo murmuró él en un tono sugerente.

Jenessa dio un paso atrás al instante, y sus ojos se abrieron mucho en un gesto de pánico.

—¡No te atrevas!

Bryce se quedó mirándola con el ceño fruncido. —¿Qué ocurre?, ¿qué he dicho? ¿Por qué te has asustado de repente de ese modo?

La joven se mordió el labio inferior. —No me he asustado.

—Lo que tú digas —farfulló él—. De todos modos, si me echara encima de ti, no tendrías más que ponerte a gritar y enseguida tendríamos aquí a todo el pueblo y al jefe de policía.

—Sí, y no hablarían de otra cosa en los próximos seis meses.

—Hmm… así que, besándote, ¿les haría un favor dándoles un tema de conversación?

Jenessa dio otro paso atrás.

—Escucha, Bryce, tengo un día muy ajetreado, así que vuelve a Boston, telefonea a mi hermano y dile que iré al bautizo. Y que yo me pagaré el viaje.

Pero Bryce se dio la vuelta y fue a por la bolsa de papel.

—Primero un café —insistió.

—No me extraña que no hayas tenido una relación seria con ninguna mujer —le dijo Jenessa hastiada—. Si les haces tanto caso como a mí…

Y, sacudiendo la cabeza, echó a andar hacia la casa.

CAPITULO 4

LA PUERTA se le cerró en las narices a Bryce porque Jenessa no se molestó en esperarlo. Cuando entró ella no estaba por ninguna

parte. Debía de haber subido a cambiarse. Guiándose por el olfato, llegó a la cocina, de donde emanaba un delicioso olor a café. Buscando en la nevera y los muebles de la cocina encontró todo lo que buscaba. Cuando tenía la mesa casi dispuesta reapareció la joven, vestida con unos pantalones vaqueros manchados de pintura y una sudadera.

—Vaya, por favor, siéntete como en tu casa —farfulló con ironía.

—Hay dos clases de solteros —la informó él—: los que necesitan a una mujer que cuide de ellos, y los que se las apañan bien solos . Yo soy de los segundos.

—Estupendo, porque yo también pertenezco a la segunda clase de mujeres —dijo ella intencionadamente—: las que no creen que su destino sea cuidar de un hombre.

—No sé por qué, no me sorprende —murmuró él dejándose caer sobre una silla, con una sonrisa cínica.

Tras servirse café, Jenessa se sentó frente a él, y tomando una de las napolitanas, le dio un mordisco y empezó a masticar.

—Hmm… —farfulló con la boca llena—, nadie hace unos bollos tan buenos como la señora Irving. Son mi debilidad.

Se le había quedado un trocito de hojaldre pegado al labio inferior, y Bryce, sin poder contenerse, extendió la mano para quitárselo. El tacto aterciopelado de la boca de la joven le produjo un cosquilleo en los dedos que se transmitió al resto de su cuerpo, pero Jenessa se echó hacia atrás al instante, con la mandíbula tensa y el temor escrito en la mirada.

—Actúas como si me tuvieras un miedo atroz —le dijo Bryce frunciendo el ceño—. ¿Has tenido una mala experiencia con un hombre?

—¿Y qué si la he tenido?

—¿Qué fue lo que te hizo? —exigió saber él. Le hervía la sangre de pensar que un hombre pudiera ser tan cobarde como para hacer daño a una mujer.

—Mi pasado no te concierne.

Los ojos grises de él no se despegaron de su rostro, pero el tono de su voz cuando volvió a hablar era algo más suave.

—Siento haberte asustado. No era mi intención. Tenías una miguita.

Por primera vez, Jenessa sintió una cierta simpatía hacia él, y una punzada de culpabilidad por estar engañándolo.

—Disculpa aceptada —farfulló, mordiendo otro trozo de la napolitana.

Frunciendo el ceño de nuevo, y casi más para sí que para ella, Bryce dijo:

—¿Sabes?, es curioso… de cuando en cuando me recuerdas a alguien: el modo en que te mueves, la forma de tu rostro… pero no puedo recordar a quién.

Jenessa se llevó la taza de café a los labios, hecha un manojo de nervios y con el pulso acelerado en la garganta. «Tranquila», se dijo, «dentro de unos minutos ya se habrá marchado». Inclinó la cabeza para que el cabello cayera, ocultando en parte su rostro, y tomó otro bocado del bollo.

—Es que habrás estado con tantas mujeres… —murmuró mordazmente—, que debe serte difícil recordarlas a todas.

Bryce sintió la necesidad de poner eso en claro.

—Cuando cumplí los veinte ya había amasado tal fortuna, que me di a la gran vida: coches caros, enormes casas en las ciudades más importantes, las mujeres más hermosas… Era como si el mundo fuera para mí una especie de cuerno de la abundancia que no fuese a agotarse nunca. Pero al cabo de un par de años la novedad de todo aquello pasó, y, respecto a las mujeres… por supuesto que siguen gustándome, y tengo citas y algún romance ocasional, pero no es para tanto.

—No sé por qué me estás contando esto —dijo ella, fingiendo que no le interesaba nada.

La verdad era que él tampoco lo sabía.

—Bueno, ¿y qué me cuentas de ti, Jenessa?, ¿hay alguien especial en tu vida?

Él había sido honesto y, aunque le hubiera dolido enterarse de que doce años atrás no había sido más que una más en un desfile interminable de conquistas, se dijo que se merecía una respuesta honesta.

—En este momento, no —contestó tras tomar un sorbo de café.

Él se quedó un instante estudiándola, como considerando las posibilidades.

—Tengo mi «cuartel general» en Boston —le dijo—. Te dejaré mi número de teléfono y mi dirección… la próxima vez que vayas a la ciudad podríamos quedar a cenar.

Aquello sería lo último que hiciera, se dijo Jenessa.

—No lo creo. Escucha, me encantaría seguir charlando contigo —le dijo con una sonrisa cínica—, pero si no me pongo a trabajar ya, la galería rescindirá el contrato de mi exposición.

Bryce apuró su café y se levantó, pero en lugar de dirigirse al vestíbulo, como ella creía que iba a hacer, fue derecho hacia el

estudio. Jenessa lo siguió resoplando. Cuando entró, Bryce estaba mirando su último cuadro.

—¿Éste está terminado? —le preguntó.

Para Jenessa su arte era algo tan íntimo y personal, que el que alguien como Bryce Laribee lo viera, la turbaba tanto como si pudiese ver dentro de su alma.

—Sí —farfulló a regañadientes.

Bryce estaba absorto observando el lienzo. La escena que la joven había pintado podría haber sido perfectamente una de las calles de los suburbios donde había crecido.

—¿Cómo sabes qué aspecto tienen esas calles? —la interrogó con aspereza.

—Porque las he recorrido —respondió ella sin explicar más. Vaciló un instante—. Travis me dijo que te criaste en los suburbios de Boston…

Él giró el rostro hacia ella con una mirada que advertía peligro, y Jenessa no dijo nada más.

—¿Son ésos los bocetos para tu nueva obra? —inquirió él, dirigiéndose hacia la mesa, llena de bosquejos.

Jenessa se apresuró a interponerse entre la mesa y Bryce. Si veía los dibujos que había hecho de él desnudo, se moriría de la vergüenza.

—No dejo que nadie vea nada mío hasta que esté acabado —balbució.

—Otra vez… —farfulló él—. He vuelto a tener otra vez esa misma sensación. Es algo en tu forma de moverte… ¿A quién diablos me recuerdas?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo ella desesperada—. Por favor, márchate ya. Tengo muchas cosas que hacer.

Bryce sacó una tarjeta de visita de su cartera y la puso en la mano de la joven.

—Llámame, Jenessa —le dijo—. Travis se sentirá muy feliz de saber que vas a ir al bautizo —añadió sonriendo, y le tendió la mano para despedirse.

De mala gana, Jenessa le estrechó la mano, sintiendo un cosquilleo en el estómago al hacerlo. Quiso retirarla, pero él no lo permitió, y el corazón de la joven empezó a latir con tal fuerza que tuvo la impresión de que fuera a salírsele del pecho.

—Adiós, Bryce, que tengas buen viaje —farfulló sonrojándose, y tiró para soltar su mano.

Un par de minutos después, el coche de Bryce se alejaba carretera abajo, mientras Jenessa cerraba la puerta de su estudio,

derrumbándose contra ella. Hasta dentro de tres semanas volvía a estar a salvo, se dijo echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Por desgracia no era demasiado tiempo.

Nada más bajarse del transbordador y poner el pie en el muelle de la isla de Manatuck, Bryce pudo divisar a lo lejos las torrecillas de la mansión Castlereigh, el hogar de Charles Strathern y su familia.

¿Habría ido Jenessa al bautizo como había prometido? Había estado una semana en Bruselas, dos días en Finlandia, y el resto del tiempo en su casa de Boston, en Beacon Hill; pero en ninguno de esos tres sitios había logrado sacarse a la joven de la cabeza.

Jenessa no lo había llamado en todo ese tiempo… no es que hubiera esperado que lo hiciera, claro, y él no había ido a visitarla, aunque podría haberlo hecho, ya que Wellspring estaba sólo a una hora de la Boston.

Subió el camino que ascendía por la colina, y cuando se acercó a la casa, los amigos y la familia ya estaban reunidos en los jardines.

Entonces fue cuando vio a Jenessa, de pie bajo un pino, hablando con Travis y Julie, y se relajó al fin la tensión que se había alojado en su pecho. Había acudido, había mantenido su palabra. Por los rápidos latidos de su corazón, Bryce tenía la sensación de haber cruzado la bahía a nado en vez de en trasbordador. ¿Por qué diablos se sentía atraído por una mujer como aquélla? Era una antipática, además de la hermana de su mejor amigo. Su instinto le decía que debería mantenerse alejado de ella, pero en aquel momento lo que de verdad quería hacer era atravesar el jardín, abriéndose paso por entre los invitados, tomarla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento.

—Hola, Bryce.

Apartó los ojos de Jenessa y se volvió hacia mujer de oscuros cabellos, elegante figura y mirada melancólica que lo había saludado.

—Leonora… ¿cómo estás? —le dijo esbozando una sonrisa sincera

Leonora Connolly era la madre de Travis, Brent, y Jenessa. Por sus desencuentros con su esposo, Charles, y por el ansia por cumplir los sueños a los que había renunciado al casarse con él, al año escaso de que nacieran los gemelos se había marchado a París, abandonando a su marido y a sus hijos para dedicarse plenamente a su carrera como bailarina; su marido, furioso, le dijo a Travis, que entonces contaba seis años, que su madre había muerto, y se aseguró de que no pudiera volver a tener contacto con él ni con sus

otros dos hijos, divorciándose de ella en secreto. Dos años después se casaría con Corinne, una mujer que no podría haber sido más distinta de Leonora: convencional, conformista y devota esposa.

—Bien, gracias —respondió Leonora con una sonrisa—. Tengo entendido que vas a ser el padrino de mi primera nieta.

—Y Jenessa, la madrina —contestó Bryce—. La conocí hace tres semanas, y ahora comprendo lo que Travis me contó acerca de los problemas que estás teniendo para acercarte a ella. Parece que tenga el corazón de hielo.

Leonora bajó la mirada.

—Cuando volví a Maine el verano pasado para reencontrarme con mis hijos, no sabía cómo me recibirían —le dijo—. Travis estaba furioso conmigo por haberlos abandonado, pero ha logrado perdonarme; Brent, igual que su hermana gemela, no podía recordarme, y no ha reaccionado con mucho entusiasmo, pero me ha aceptado; Jenessa en cambio… preferiría que desatara su ira conmigo, como hizo Travis en un principio, a esa fría cortesía con la que me trata, como si fuera para ella sólo una extraña con la que no tiene nada que, ver —la mujer dejó escapar un profundo suspiro—. Es una lástima. Tengo la sensación de que podríamos llevarnos bien.

—Seguro que antes o después dará su brazo a torcer. En el fondo no parece mala chica.

Leonora sonrió divertida ante la concesión.

—Creo que deberías ir a saludar a los demás. La ceremonia debe estar a punto de empezar.

—Cierto. Hablaremos luego —se despidió él, con un gesto de la mano.

Se dirigió hacia donde se encontraban su amigo y su esposa, pero se topó con Brent, el hermano gemelo de Jenessa.

—Eh, Bryce… ¿cómo te va? —lo saludó sin la menor emoción.

Brent era un vividor que prefería seguir a la sombra de su padre, alimentándose de su fortuna como un parásito en vez de buscarse la vida como sus hermanos. En opinión de Bryce, no era más que un malcriado.

—Bien, deseando que pase la ceremonia —dijo. Brent sonrió como si lo comprendiera perfectamente.

—Eres igual que yo. Estas cosas me resultan soporíferas. Menos mal que aún hay tipos como nosotros que nos resistimos a que nos echen el lazo para luego tener que alimentar y aguantar a esas pesadillas de criaturas que sólo saben berrear y a las que hay que cambiar los pañales continuamente.

A Bryce no le hizo ninguna gracia que Brent lo metiera en el

mismo saco que él, sobre todo cuando todo el mundo sabía lo machista que era y se rumoreaba que estaba en una serie de negocios turbios. Si le había dicho que tenía ganas de que pasase la ceremonia, era sólo porque estaba algo nervioso ante la idea de tener que tomar al bebé en brazos.

—A tu hermana tampoco parece que le atraiga el matrimonio, según parece —le dijo.

—¿Jenessa? ¿A quién diablos va a conocer en un poblacho como Wellspring?

—Bueno, supongo que al menos siempre le quedarán sus cuadros.

—Bah, el arte moderno no es más que una tomadura de pelo —farfulló Brent en un tono crispado—. La mayoría de las cosas que pinta podría hacerlas un niño de seis años…

«Curioso», se dijo Bryce, el gemelo privilegiado estaba celoso de su hermana, a quien su padre había ignorado durante años.

—Discúlpame, voy a saludar a los anfitriones —se excusó, esbozando una sonrisa forzada. Y se alejó hacia Charles Strathern y Corinne.

Él era un hombre alto, delgado y de poco pelo, mientras que ella parecía tan serena e imperturbable como una de esas maniquíes de los escaparates. Estrechó la mano de Charles y besó en la mejilla a la fría Corinne.

—Estamos encantados de que seas el padrino —le dijo Charles—, y de que convencieras a Jenessa para que acudiera. Hacía años que no venía, ni siquiera de visita… Travis nos ha dicho que el mes que viene expondrá en Boston —añadió—. Estamos pensando en acercarnos.

—Sí, lo sé, en la galería Morden, una de las más importantes —contestó Bryce—. Parece que su carrera está a punto de despegar.

—No esperábamos menos de ella. Cuenta con una excelente preparación —dijo el padre de Jenessa—: estudió en la facultad de Bellas Artes de la Universidad de Columbia.

A Bryce le dio un vuelco el corazón, y de pronto fue como si se amortiguara el runrún de las voces de los invitados y el distante romper de las olas en el acantilado.

¿En Columbia? —balbució—. ¿Cuándo?

CAPITULO 5

CHARLES Strathern, que no había notado el extraño tono en la voz de Bryce, hizo cálculos mentales.

—Pues… se matricularía en el primer curso hace unos doce años y se licenciaría a los veintiuno.

Doce aros… doce años atrás Jenessa había tenido diecisiete: la misma edad que aquella estudiante de Bellas Artes de pelo corto que le había dicho que quería dibujarlo después de la conferencia que había dado en la Universidad de Columbia. Imposible, esa chica tenía los ojos casi violetas. «Lentillas de colores, Bryce, lentillas de colores…». Jan Struthers… Jen Strathern… ¡Qué idiota había sido…!, ¿cómo diablos no se había dado cuenta antes?

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó Charles, mirándolo preocupado.

Bryce se apresuró a distender su semblante.

—Sí, sí, perfectamente —farfulló—. Creo… creo que debería ir a saludar a Travis y Julie. Si me disculpáis un momento…

Y se alejó, en dirección al pino bajo el cual su amigo y su esposa, con el carrito de la niña al lado, seguían charlando animadamente con Jenessa.

—Ya creíamos que no venías… —le dijo Travis al verlo acercarse, estrechándole la mano con una sonrisa.

Julie dio un paso adelante para besarlo en la mejilla, y Jenessa lo saludó en un tono tan frío como las aguas del Atlántico.

Llevaba un vestido de lino azul turquesa con una pamela a juego adornada con flores blancas, y los rubios cabellos ondulados le enmarcaban el rostro, ligeramente maquillado para resaltar la elegancia de sus pómulos y la profundidad de sus ojos azules… azules, no violetas.

Como para resarcirse de la irritación de haber sido nuevamente engañado, la tomó por el codo e inclinó la cabeza para besarla en ambas mejillas, al estilo europeo, sintiendo que Jenessa se tensaba al instante.

—Qué amable por tu parte haber venido —le dijo, observando cómo la ira añadía color a las ya arreboladas mejillas de la joven.

Y, de pronto, lo asaltó otra revelación que hizo que su corazón palpitara con una fuerza inusitada: Jenessa no era menos vulnerable a sus encantos de lo que lo había sido doce años atrás. Entonces había sentido deseo por él, y, a menos que se estuviera volviendo loco, seguía sintiéndolo. ¿No sería ésa la razón por la que había

parecido tan asustada del más mínimo contacto entre ellos en su casa de Wellspring? La irritación de Bryce estaba aumentando por segundos. Él la había compadecido y, mientras, ella debía haber estado riéndose a sus espaldas al ver que no se percataba del engaño.

—¿A qué hora tomas el vuelo de regreso, Jenessa? —le preguntó —. He dejado el coche en el muelle de Maine, podría llevarte al aeropuerto.

—No es necesario, gracias —se apresuró a responder ella—. Oliver, uno de los encargados del trasbordador, que es amigo mío de la infancia, me ha dicho que no le será ninguna molestia acercarme un momento cuando acabe su turno.

—Es una lástima que no te quedes a pasar la noche en la isla — le dijo él con toda la intención—, tu padre se sentirá muy decepcionado.

—Lo dudo —mascullό ella.

—Pues hace un momento estaba hablando con él, y me ha dado la impresión de que le gustaría poder verte más a menudo. Me ha dicho que hacía mucho que no venías a visitarlo. Eres una hija muy desconsiderada, Jenessa. Espero que al menos hayas tenido el detalle de enviarle una invitación para tu exposición.

Jenessa estaba a punto de explotar. ¿Quién se creía que era? Estaba siendo imperdonablemente entrometido, por no decir grosero.

Julie, por su parte, se había quedado mirando a Bryce boquiabierta, mientras que Travis, curiosamente, parecía estar conteniendo la risa a duras penas.

—¡ Oh, ahí viene el párroco! —exclamó Julie aliviada, mirando en dirección al camino, por donde subía un hombre con casulla—. Vayamos a recibirlo.

—Déjame que lleve yo el carrito —se ofreció Jenessa.

Le quitó el freno al carrito y lo empujó por el camino, por delante de Travis, Julie, y Bryce, consciente todo el tiempo de la mirada de este último sobre ella. ¿Sospecharía algo?, se preguntó nerviosa. No, era imposible. Se estaba volviendo paranoica.

Cuando llegaron junto a la pila bautismal, colocada sobre un pedestal de granito, el párroco ya estaba esperándolos. Jenessa se colocó junto a su hermano, e inspiró con fuerza para calmarse y concentrarse en la ceremonia. Tenía que olvidarse de Bryce. Estaba allí por su hermano, por Julie y por su sobrina Samantha. —

Bryce se había puesto al otro lado, junto a Julie, quien había sacado a su hija del carrito para luego tomarla en brazos. Bryce la

observó con una mirada triste. Su madre lo había abandonado a los cuatro años:había salido por la puerta para nunca regresar, y ese mismo día su padre había desaparecido.

Con una punzada en el pecho, Bryce relegó aquellos pensamientos al fondo de memoria, de donde no debían haber salido. Aquello había ocurrido hacía años. Había crecido y no tenía por qué temer a lo que ya no eran más que meros recuerdos. No podían hacerle daño.

Cuando el párroco derramó el agua bautismal sobre la frente de Samantha, ésta se despertó, y abrió sus enormes ojos azules, mirándolos a todos aturdida. Julie la puso en brazos de Jenessa, quien repitió tras el cura sus votos como madrina con una voz tan serena que Bryce se sintió emocionado . Aquello era absurdo, se dijo sacudiendo la cabeza mentalmente. Él, Bryce Laribee, era el menos sentimental de los hombres. ¿Qué diablos le estaba pasando?

Miró por el rabillo del ojo a Jenessa, pero giró el rostro de inmediato, algo incómodo. La joven tenía en el rostro una expresión tan intensa, tan llena de ternura, que tuvo la impresión de estar entrometiéndose en un momento muy privado que nada tenía que ver con él.

Jenessa cruzó por delante de su hermano y de Julie para entregarle al bebé, caminando con tanto cuidado como si la pequeña Samantha estuviera hecha de porcelana, y cuando se puso frente a él, sus facciones se habían dulcificado de tal modo que Bryce tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para resistir la tentación de besarla.

—Tu turno —murmuró la joven con una sonrisa.

En las visitas que había hecho a Travis y a Julie desde que su hija naciera, nunca se había atrevido a tomarla en brazos, pero ahora no tenía escapatoria. Jenessa deslizó la mano por encima de la suya, y su pecho le rozó la manga cuando, con enorme cuidado, la pasó a sus brazos. Pesaba un poco más de lo que habría esperado, y de pronto empezó a revolverse de tal modo que, por temor a que se le cayera, la agarró con más fuerza. El bebé contrajo el rostro y, para horror de Bryce, comenzó a gimotear.

Trató de concentrarse en las palabras que estaba diciendo el sacerdote y fue repitiendo después de él, pero la niña estaba ya berreando con todas sus fuerzas, agitándose en sus brazos, con la cara enrojecida y los mofletes surcados por las lágrimas. Afortunadamente Travis acudió en su auxilio.

—Shhh… shhh, Samantha, ya casi hemos acabado —la tranquilizó tomándola de brazos de su amigo.

Y entonces, como si alguien hubiese accionado un interruptor en su interior, la niña dejó de llorar y sonrió a su padre como un ángel. Los asistentes se echaron a reír.

Al fin el párroco pronunció la bendición final, y Bryce resopló aliviado, aflojándose la corbata. Charles, Corinne y Leonora se reunieron en torno a los felices padres y Bryce, olvidando por un momento que estaba furioso con ella, le dijo a Jenessa:

—Gracias a Dios que se ha acabado.

—Te equivocas, no ha hecho más que empezar —replicó ella entre risas, olvidándose también de su antagonismo—: acabas de prometer que la cuidarás y protegerás durante el resto de tu vida.

Bryce se peinó el cabello con los dedos.

—No me lo recuerdes. Sólo pensarlo hace que me eche a temblar —murmuró.

—Bueno, por suerte hoy día esto de ser padrinos no es más que un formalismo —contestó Jenessa sin perder la sonrisa. La ceremonia la había distendido un poco.

Bryce no pudo evitar admirarse de hasta que punto una simple sonrisa podía iluminar un rostro, haciéndolo aún más hermoso de lo que ya era. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan atraído por una mujer. No, sí que lo recordaba, se corrigió, frunciendo el ceño: doce años atrás. ¿Habían sido desde entonces un mero sustituto todas las mujeres con las que había salido? Lo cierto era que no había vuelto a experimentar un deseo tan tumultuoso con ninguna. Tal vez no fuera sólo una coincidencia el hecho de que, unos meses después de aquella noche en el hotel, hubiera hecho unos cuantos cambios significativos en su vida.

Profundamente irritado por la dirección que estaban tomando sus pensamientos, Bryce se dio cuenta de que llevaba un buen rato mirando a Jenessa fijamente.

—¿Ocurre algo? —inquirió ella con aire inocente, pero claramente incómoda.

Antes de que pudiera responder, Charles se acercó a ellos.

—Una ceremonia preciosa, ¿verdad? —dijo, dándole una palmaditas en el brazo a su hija—. Me alegra que finalmente pudieras venir, Jenessa.

Todo rastro de alegría se desvaneció del rostro de la joven.

—Haría lo que fuera por Travis y por Julie —respondió con aspereza.

—Te quedarás al menos a pasar la noche, ¿verdad? Corinne y yo tenemos ganas de poder charlar contigo. Es la primera visita que nos haces en años.

—Por desgracia tengo que volver esta misma tarde —dijo ella, sin siquiera molestarse en dar a su voz un tinte fingido de pena—. Los artistas no podemos quedarnos sentados esperando a que nos llegue la inspiración; tenemos que trabajar para ganarnos la vida, como cualquier otra persona.

—Claro, claro, lo comprendo —respondió su padre—. En fin, espero que al menos nos mandes unas invitaciones para tu exposición. Estoy ansioso por ver lo que has conseguido en estos años.

—Hablaré con la dueña de la galería —le dijo Jenessa sucintamente.

—Estupendo. Oh, ahí viene tu madre. Bueno, te dejaré para que hables con ella.

Charles se dio la vuelta, esbozando una leve sonrisa de cortesía en dirección a su ex esposa, y se alejó. Bryce observó la escena divertido. Aquella reunión de Stratherns era como hallarse en un campo lleno de minas: una esposa a la que sus hijos habían creído muerta durante años; una segunda esposa que también había ignorado hasta hacía poco la existencia de ésta; un marido que había mentido a sus hijos, y en su despecho se había distanciado de dos de ellos… tal vez su propia situación no fuera tan mala después de todo, se dijo con cinismo. Tal vez debería haberse excusado él también para dejar solas a madre e hija, pero tenía curiosidad por ver el comportamiento de Jenessa.

Aunque Leonora parecía la calma personificada, con su porte majestuoso y su elegante traje de chaqueta pantalón, Bryce pudo notar por la rigidez de postura que estaba nerviosa.

—Hola, Jenessa —saludó a su hija—. Me alegra volver a verte, y estoy encantada de que finalmente hayas sido tú la madrina de Samantha. Habría sido una pena que no hubiera sido alguien de la familia. Es un encanto de criatura, ¿verdad?

Jenessa esbozó una sonrisa que resultó totalmente forzada.

—Bueno, no estoy segura de que Bryce opine lo mismo —contestó.

—Oh, me daba pánico dejarla caer —intervino él—, sobre todo cuando empezó a berrear.

—Tiene buenos pulmones, ¿verdad? —dijo Leonora riéndose—. ¿Os vais a quedar a pasar la noche?

—Pues yo no estoy seguro —respondió Bryce.

—Yo no —contestó Jenessa.

Leonora se giró hacia su hija.

—Si pudiera, me gustaría ir a ver tu exposición el mes que

viene.

—Pero si te queda muy lejos… —repuso Jenessa.

—En realidad, no. En esas fechas mi compañía de Ballet estará con un espectáculo en Nueva York, y hay vuelos directos a Boston.

—Entonces me encargaré de que te manden una invitación.

—Gracias —murmuró su madre—. ¿Me disculpáis? Quiero felicitar a Corinne por lo bonitas que tiene las rosas.

Y se alejó, con sus andares gráciles de bailarina y expresión seria.

—Bien hecho, Jenessa: el arte de insultar a alguien sin llegar a ser grosera… Se nota que tienes la situación dominada.

Jenessa se volvió hacia él con una mirada de puro odio. Se habían quedado prácticamente solos, ya que los demás invitados estaban dirigiéndose al extremo de los jardines donde se habían instalado unas carpas para el almuerzo.

—Tal vez no te vendría mal aprender de mí —le dijo con fingida dulzura—, ya que tus insultos siempre van cargados de grosería.

—No conozco bien a tu madre, pero te diré una cosa: es una buena mujer.

—Yo no he dicho que no lo sea —repuso ella airada.

—Pues tal y como la has tratado no es la impresión que me ha dado. ¡Es tu madre, por amor de Dios! Tratarías con más deferencia a tu asistenta.

—No tengo ninguna asistenta —le espetó ella, fuera de sus casillas. Un par de invitados rezagados estaban lanzando miradas en su dirección, curiosos —. Ni siquiera puedo permitírmela. Escucha, Bryce, esta «encantadora» reunión familiar ya es bastante difícil para mí para que tú encima te erijas en juez mío, así que déjame tranquila. El que seamos los padrinos no significa que tengamos que llevarnos bien. Y, girándose sobre los talones de sus zapatos de tacón, se marchó hecha una furia hacia las carpas. Bryce se quedó mirándola un momento antes de ir él también hacia allí. —Era mejor no precipitarse. No había prisa. Después del almuerzo, cuando los invitados empezaran a dejar la isla, se aseguraría de que Jenessa no estuviese entre ellos y entonces le pediría unas cuantas explicaciones.

CAPITULO 6

DURANTE el almuerzo una orquesta de cámara tocó piezas de Mozart y Strauss mientras los camareros servían plato tras plato a los invitados con una amabilidad y una eficiencia impecables.

Aunque estaban en la misma mesa, con la familia y los principales invitados, Jenessa se sentó lo más lejos posible de Bryce y se esforzó por mantener su mente ocupada charlando con las personas que tenía a su alrededor. «No debí haber venido», se repetía una y otra vez. En cuanto terminara la comida se marcharía. No estaba dispuesta a soportar por más tiempo sus puyas, y tampoco podía exponerse a quedarse allí un minuto más y permitir que la descubriese.

Sin embargo, después de los postres, cuando estaban sirviendo el café, Julie se acercó a ella y le dijo por lo bajo:

—Una vez que nos hayamos quedado solos, vamos a damos un baño en la piscina.

—Pero es que yo… tengo que volver a casa —farfulló Jenessa.

—Oh, no… vamos, no puedes marcharte tan pronto… —repuso su cuñada—. ¿A qué hora sale tu avión? —Jenessa sintió una punzada de culpabilidad al ver la expresión de decepción en su rostro.

—Bueno, no sale hasta las ocho y media, pero…

—Entonces hay tiempo de sobra —la cortó Julie con una amplia sonrisa—. Venga, di que sí, por favor. Aún no te he presentado a mis padres, y nos vemos tan poco…

Jenessa decidió que lo mejor sería ser sincera… dentro de lo posible.

—Es que, verás, puede que Bryce Laribee sea el mejor amigo de mi hermano, pero yo lo encuentro grosero, brusco, y no tengo el menor deseo de pasar más tiempo del necesario en su compañía.

Julie frunció el entrecejo.

—La verdad es que, ahora que lo dices, sí que ha estado bastante grosero contigo… No sé por qué será. Normalmente es encantador con las mujeres —murmuró contrariada—. Claro que la mayoría, con sólo verlo, ya están dispuestas a dejarse encantar por él —añadió con una sonrisa pícara.

—Pues no es mi caso, te lo aseguro —mintió Jenessa.

—Venga, Jenessa, admítelo: es muy atractivo.

—¿Y qué? Conozco a tipos un millón de veces más guapos que él —volvió a mentir la joven, obstinadamente.

—Hmm… permíteme que lo dude —murmuró Julie con un mohín de incredulidad—. Bueno, y entonces… ¿qué?, ¿te quedarás un rato más?

Jenessa se sintió acorralada. Lo cierto era que la única alternativa que tenía era sentarse en el aeropuerto a esperar leyendo alguna revista de cotilleos, así que…

—De acuerdo, está bien —claudicó al fin.

—Estupendo —dijo su cuñada con una sonrisa—. Y no te preocupes por Bryce, yo me ocuparé de mantenerlo alejado de ti —añadió, guiñándole un ojo antes de volver a su sitio.

Tras quitarse la ropa en los vestuarios y ponerse un bañador que Julie le había prestado, Jenessa se dirigió a la piscina. Los demás aún no habían llegado porque estaban despidiendo a los últimos invitados, así que tenía la piscina para ella sola. Se zambulló de cabeza, y empezó a nadar de espaldas, sintiendo cómo sus músculos se destensaban y cómo la tensión parecía abandonar su espíritu. Tal vez su temor por que Bryce la reconociera había sido exagerado, se dijo respirando profundamente. Hacia las cinco y media saldría de la isla y, entretanto, contaría con la ayuda de Julie para mantener a Bryce alejado.

De pronto escuchó cómo alguien se zambullía también en el agua, a sus espaldas, y a los pocos minutos, como si su pensamiento lo hubiese conjurado, surgió a su lado el mismísimo Bryce, con todo el cabello aplastado contra su cráneo por el agua, y una sonrisa burlona en los labios.

Sin decir nada, Jenessa comenzó a nadar hacia el otro extremo de la piscina. Bryce la siguió, poniéndose pronto junto a ella. La joven empezó a dar brazadas más rápidas, pero él hizo lo mismo. Casi habían llegado al borde de la piscina y, Jenessa, dando una voltereta en el agua, tocó la pared con el pie y se dio impulso, dirigiéndose al otro extremo de la piscina. Bryce, que parecía dispuesto a darle batalla, había hecho la misma maniobra que ella y había vuelto a darle alcance. Jenessa aceleró, pero no le sirvió de nada, ya que él, como si todo hubiera estado nadando despacio para que se confiara, empezó a dar unas brazadas tan rápidas que, de pronto, lo único que pudo ver Jenessa delante de sí fue la espuma que él había dejado a su paso.

Cuando llegó al borde de la piscina le dolían los hombros y las piernas, y estaba casi sin aliento. La calma que había alcanzado momentos antes de que Bryce apareciera se esfumó, siendo reemplazada por una ira creciente. Tras lanzarle una mirada furibunda se alejó hacia la escalerilla, sintiéndose aún más

humillada cuando vio que su familia ya estaba allí, además de una pareja mayor, que debían de ser los padres de Julie, y que habían estado observándolos.

—¡Excelente carrera! —dijo Travis aplaudiendo divertido.

—Sí, ¡buen intento, hija! —añadió Charles.

Jenessa se sonrojó profusamente. Hubiera preferido que nadie hubiese presenciado aquel infantil despliegue de competitividad.

Bryce, en cambio, estaba exultante. Se acercó a ella con brazadas lentas, y le dijo con una sonrisa maliciosa:

—Tienes que hacer esa voltereta más cerca de la pared, así te darás más impulso.

—Cuando quiera tus consejos, te los pediré —le espetó ella en un tono gélido.

—No te tenía por una mala perdedora… Jan.

Jenessa pestañeó. El corazón le había dado un vuelco y sus latidos se habían acelerado, pero trató de no mostrar su nerviosismo.

—Querrás decir «Jen», así es como me llama Travis.

—No, «Jan» es lo que he dicho, y es exactamente lo que quería decir.

—No sé dónde quieres ir a parar.

—No me digas que ha habido tantos hombres en tu vida desde entonces que no te acuerdas… ¿Has olvidado aquella noche de hace doce años, en cierta habitación de un hotel de Manhattan?

Por fortuna para Jenessa, un zambombazo en el agua los interrumpió: Julie se había lanzado justo a su lado en la piscina.

—¡El último en tirarse es un gallina! —le gritó a Brent y a Travis.

Su marido echó al agua una pelota roja, y se zambulló tras ella.

—Vamos, jugaremos un partido de waterpolo —le dijo a Bryce y a Jenessa, alzando la pelota en una mano—. Bryce y yo estuvimos juntos en el equipo del colegio —informó a su hermana.

Las reglas del juego resultaron ser bastante elásticas, y la pobre Jenessa, que no tenía la cabeza en lo que estaba haciendo, no hacía más que tragar agua y perder pases. Bryce la había reconocido, sabía quién era…

De repente, Charles, su padre, se unió a ellos, y Jenessa, aunque jamás lo habría admitido, observó con cierta envidia cómo Travis y él bromeaban en el otro extremo de la piscina. Su hermano le había dicho que en los últimos meses, desde que él decidió enterrar el hacha de guerra y su padre empezó a dar muestras de buena voluntad, se había iniciado una buena relación entre ellos; pero

Jenessa no había tenido oportunidad de comprobarlo con sus propios ojos hasta entonces.

En el fondo a ella le gustaría poder llegar a entenderse así con su padre, a conseguir que la valorase, pero cada vez que se proponía acercarse a él, el pasado resurgía, interponiéndose como un muro infranqueable. Tal vez la culpa fuera suya, tal vez la razón por la que nunca. se había enamorado no tuviera nada que ver con el hecho de que Bryce la hubiera rechazado; tal vez se debiera a una carencia en su carácter, a una incapacidad para amar que hacía que le fuese imposible reconciliarse con su padre o encontrar a un compañero.

—¿Te encuentras bien, Jenessa? —inquirió Bryce, sacándola de sus pensamientos.

La joven volvió el rostro hacia él, mirándolo como si nunca antes lo hubiera visto, con una expresión de dolor en sus ojos azules.

—No es nada, me ha dado un calambre —mintió ella—. Voy a salir del agua un rato.

Fue hacia la escalerilla y salió de la piscina. Sin atreverse a mirar en dirección a su madre, Corinne y los padres de Julie, que estaban sentados en el césped charlando, se envolvió en su toalla, que había dejado cerca de una de las duchas, y se dirigió a los vestuarios.

Se escurrió el cabello, lo recogió en una trenza y se cambió de nuevo. Miró su reloj de pulsera: las cuatro y diez. Era muy temprano, pero no quería seguir allí un segundo más. Conociendo como conocía a Bryce, el que le hubiese insinuado que sabía quién era, no podía significar más que quería pelea, y ella no estaba dispuesta a dársela.

Se puso los zapatos, agarró el bolso y la pamela, y abrió la puerta del vestuario, pero una vez más fue a toparse con la persona a quien menos quería ver: Bryce.

—Estaba esperándote —le dijo. También él se había cambiado de ropa.

—Discúlpame, pero voy a despedirme de mi familia. Me marcho al aeropuerto.

—No antes de que hablemos —la interrumpió él, tomándola por el brazo y tiró de ella, llevándola lejos de la piscina.

—¡Suéltame! —protestó Jenessa—. ¿Quién te has creído que eres?

—Sólo quiero algunas respuestas —le dijo Bryce—, y vas a dármelas.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le espetó ella irritada ante su petulancia—. Que estás demasiado acostumbrado a salirte con la tuya.

Bryce esbozó una sonrisa lobuna. —¿Qué tiene eso de malo?

Jenessa advirtió que estaba arrastrándola colina arriba, hacia la mansión.

—¿Qué piensas hacer, encerrarme en la torre? —le preguntó furiosa—. ¡Qué melodramático!

—En realidad creo que me gustaría más encerrarme allí junto a ti, y hacerte el amor durante una semana entera, para ver si con eso me sacaba de la cabeza la incomprensible obsesión que tengo contigo.

Jenessa tiró con fuerza para soltarse y se paró en seco. Él se detuvo también y se volvió hacia ella.

—¡Oh!, eso es lo que te gustaría hacer, ¿verdad? ¡Pues si has creído que vas a…!

—Está bien, Jenessa, relájate: no voy a hacerlo porque, francamente, dudo que funcionase.

De pronto, sorprendiéndola, la tomó por los hombros y la besó con una mezcla de ira y pasión.

Una vocecilla le decía a la joven que debía apartarlo, pero lo cierto era que no deseaba hacerlo. Respondió afanosamente al beso, apretándose contra su cuerpo, y la lengua de Bryce invadió su boca, mientras que sus manos bajaban hasta el hueco de la espalda, atrayéndola más hacia sí. Jenessa pudo notar lo excitado que estaba, y, debilitada su razón por el deseo, empujó sus caderas contra las de él con una sensualidad que había estado dormida mucho tiempo en su interior.

Y entonces, con el mismo ímpetu que la había agarrado, Bryce la soltó. Jenessa se tambaleó ligeramente, con la mirada enturbiada, y los labios hinchados por el beso.

—Tienes razón —murmuró con voz ronca—. Una semana no sería suficiente…

Bryce emitió un gruñido, mezcla de frustración y furia, y la tomó de la mano, llevándola consigo tras unos altos arbustos de lilas en flor.

—Y ahora —le dijo, haciéndola girarse para estar cara a cara—, vas a contarme la verdad.

—¡No, no voy a hacerlo! —le gritó ella—. Por una vez vas a ser tú quien va a escuchar. Y no vamos a hablar de ti y de mí, vamos a hablar de tus intromisiones en mi vida. Sé que he estado muy distante con mi madre, pero tengo razones para ello, y me parece

que antes de condenarme deberías escuchar mi versión de la historia.

—Jenessa, yo no…

—No, vas a escucharme —lo cortó ella—. Travis se acuerda de ella, de cuando lo abrazaba, y de cómo le leía cuentos antes de irse a dormir, pero yo no tengo un solo recuerdo. Para mí es como si nunca hubiese existido, pero todo el mundo espera que la acoja con los brazos abiertos, y que la llamé «mamá», y que me comporte como una buena hija, ¡y no puedo hacerlo! No es más que una extraña para mí, una completa extraña.

—Al principio todas las personas a las que conocemos son extraños —apuntó Bryce en un tono inflexible.

—¡Mi padre me ha hecho creer durante toda mi vida que estaba muerta!

—Es verdad, te mintió, y no debió hacer algo tan horrible, pero ahora está haciendo todo lo posible por enmendar el daño que te hizo, y Leonora ansía desesperadamente establecer una relación contigo —una advertencia se dibujó en su rostro—. Ten cuidado, Jenessa, puede que estés sustituyendo tu vida por el arte, y ése es un callejón sin salida.

Sus palabras hirieron a la joven en lo más hondo. Dolía oír de labios de otro lo que ella misma temía que le estuviese ocurriendo.

—No quiero seguir hablando. Déjame marchar.

—Aún no —masculló él—. ¿Por qué me mentiste hace doce años?

—Si hubieras sabido que sólo tenía diecisiete años y que era virgen, habrías salido corriendo como alma que lleva el diablo.

—Sabías que era amigo de tu hermano, y aún así viniste conmigo a aquel hotel, sabiendo lo que iba a ocurrir —le espetó Bryce con dureza—. ¿Qué pasa, tenías una cuenta pendiente con Travis o algo así?

—¡No! —gimió ella dolida.

—¿No? ¿Y cómo crees que se sentiría él si se enterara de lo que sucedió esa noche, si se enterara de que estuve a punto de hacerlo con su hermana adolescente?

Bryce había alzado la voz de tal modo que Jenessa temió que alguien pudiera haberlo oído.

—¿Por qué no te subes a una de las torres de la mansión y lo gritas a los cuatro vientos? —masculló entre dientes—. Está bien, hice una estupidez, lo reconozco, pero tú tuviste tanta culpa como yo: trataste de seducirme, ¿o es que lo has olvidado?

—¿Que yo…? ¡Tú me utilizaste!, ¡me engañaste! Dime: ¿a

cuántos hombres has utilizado desde entonces? Si fui el primero, estoy seguro de que no fui el último.

—Yo no me he inmiscuido en tu vida sentimental, así que tú no tienes derecho a inmiscuirte en la mía.

—No me gusta que me engañen, Jenessa, ni que se burlen de mí.

—¡Tenía diecisiete años! —exclamó ella frenética—. Acababa de irme de casa y me sentía libre, con ganas de hacer locuras. Cometí un error, ¿y qué?

—Es verdad, ¿y qué? —dijo él con cinismo—. Muy bien, hagámoslo ahora mismo entonces, acabemos lo que empezamos hace doce años. Aquí detrás no nos vería nadie, y ese beso de antes me ha demostrado que la química entre nosotros no ha desaparecido. Tú no tienes que tomar tu vuelo hasta al menos un par de horas, así que, ¿por qué no hacerlo?

La joven dio un paso atrás, preguntándose si odiaría el olor de las lilas el resto de su vida.

—No haces el amor con alguien sólo porque tienes un par de horas libres —le espetó irritada.

—Yo no he hablado de hacer el amor —respondió él con una sonrisa cruel—. Hay otras palabras menos poéticas para describir lo que haríamos.

—Me odias, ¿no es verdad? Me detestas —masculló Jenessa, al borde de las lágrimas.

—Oh, vamos, te crees demasiado importante.

—No me acostaría contigo aunque fueras el único hombre que quedara sobre la Tierra —le dijo con puro veneno en la voz—, y espero no volver a verte nunca.

Se giró sobre los talones y se alejó a grandes pasos, conteniendo las lágrimas, amargas lágrimas que su orgullo le impedía derramar. No debía haber ido allí, no debía haber ido.

CAPITULO 7

TENER que soportar las altas temperaturas de una tarde de finales de junio en Boston no debería haber supuesto ningún problema para Bryce tras una semana en Asia, pero la humedad hacía que se le pegara la ropa al cuerpo; un sol de justicia brillaba en el cielo; el pavimento y el asfalto absorbían el calor de tal modo que los edificios se difuminaban como espejismos; y la garganta le picaba por el humo de los tubos de escape.

Estaba en los suburbios, cerca de la zona donde se había criado y de la que había logrado marcharse a los doce años. No había vuelto por allí hasta el año anterior.

Se había propuesto construir y fundar un colegio especial para los chicos de las calles, para poder darles una educación, la misma oportunidad que se le brindó a él: poder dejar atrás las mafias, las drogas y las peleas callejeras por una vida mejor. Llevaba meses trabajando en ello, y ese día tenía una cita con la directora de un centro de acogida para mujeres, de quien le habían dicho que tenía mucha experiencia en asuntos sociales y podría guiarlo.

Se detuvo frente a un edificio, secó el sudor de la frente con la mano, comprobó el número en la fachada y entró. Todo el bloque pertenecía a la institución, pero las oficinas se hallaban en el cuarto piso y no había escaleras, así que no le quedó más remedio que subir andando. Tras una breve pero fructífera entrevista con la directora, estaba bajando las escaleras, con mil ideas y posibilidades zumbando en su cabeza cuando, en el rellano del segundo piso, vio que se entreabría una puerta y una voz femenina decía:

—De acuerdo, Marlene. Sí, no te preocupes, no me olvidaré del champú. Hasta la semana que viene.

Bryce se paró en seco. Había oído esa voz antes. No, era imposible, no podía ser ella. En ese momento la joven a la que pertenecía la voz salió de espaldas, cerrando la puerta tras de sí. Tenía el cabello rubio y recogido en una trenza, y llevaba unos pantalones vaqueros y una sencilla camisa de algodón.

—¿Jenessa? —inquirió Bryce incrédulo.

La joven, se volvió boquiabierta.

—¡Bryce… !

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo… lo mismo podría preguntarte yo a ti —balbució ella aturdida.

—¿Bajas?

—Sí.

—Bueno, entonces, bajemos juntos.

Segundos después emergían de nuevo al calor abrasador de la calle.

—He dejado el coche a seis manzanas de aquí —le dijo Bryce—. Nunca lo aparco por aquí; tendría problemas si lo hiciera. ¿Puedo llevarte a algún sitio?

—No es necesario. Suelo tomar el metro a un par de bloques de aquí, y después el autobús. Adiós, Bryce, me voy a casa, pero gracias por el ofrecimiento.

A Bryce le enfermaba la idea de dejar que caminase sola por aquellas calles, y más aún que tomase el metro en una zona tan peligrosa.

—Deja que te lleve al menos a la estación de autobuses.

Lo cierto era que, cansada y sudorosa como estaba Jenessa, la oferta resultaba demasiado tentadora.

—Tu coche, ¿tiene aire acondicionado? —le preguntó—. Eso me convencería.

—Sí, claro que tiene. Anda, vamos.

Echaron a andar calle abajo.

—Bien, Jenessa, ¿qué estabas haciendo en ese centro de acogida?

—Trabajo allí como voluntaria, una vez por semana.

Bryce se quedó callado un instante, mirándola pensativo.

—Ahora comprendo por qué aquel cuadro que vi en tu estudio resultaba tan realista —murmuró.

—Nadie sabe que vengo aquí —le dijo ella—, ni siquiera mi familia; por eso tampoco quise decírtelo a ti.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Bryce—. Vamos, Jenessa, puedes contármelo, te prometo que seré discreto —añadió al ver la vacilación en su rostro. La joven se mordió el labio inferior.

—Durante mi infancia y adolescencia mi padre no me quería —comenzó—, o al menos no tal y como yo era. Corinne nunca se mostró brusca conmigo, ni intransigente, pero tampoco cariñosa, y de mi madre jamás se hablaba. De hecho, como mi padre nos dijo que había muerto, para mí era como si nunca hubiera existido. Siempre me he sentido desamparada. Por eso, cuando me enteré de que necesitaban voluntarios para este centro de acogida, yo… Bueno, me pareció que sería bonito poder hacer algo por las mujeres que no tenían a nadie que las ayudara. Sé que no tiene sentido, pero…

Bryce se detuvo, y Jenessa hizo otro tanto.

—Por supuesto que lo tiene —murmuró él suavemente, mirándola a los ojos—. Lo que haces es admirable.

—No es para tanto —dijo ella incómoda, encogiéndose de hombros.

—Nadie puede salvar el mundo solo, pero si cada uno aportáramos nuestro granito de arena, las cosas cambiarían —dijo él, echando a andar de nuevo. Jenessa lo siguió.

—Bueno, ¿y qué haces tú aquí?

Ella había sido honesta con él, así que Bryce decidió serlo también, y le explicó su proyecto.

—Es una idea maravillosa —dijo Jenessa admirada—. Debes de tener muchísimo dinero para poder poner en marcha un proyecto así —añadió con cierta ingenuidad.

—El suficiente —admitió él con una media sonrisa.

—¿Y todo viene de tus negocios?

—¿Travis nunca te ha contado la historia? —le preguntó él a su vez. Jenessa meneó la cabeza—. Iba a un colegio público, aquí en los suburbios, donde abundaba el desorden y las bandas callejeras, pero a los once años tuve un profesor de matemáticas verdaderamente entregado a su profesión, que quería tener fe en que la educación podía cambiar la vida de una persona. Con sus clases por primera vez me pareció que el estudiar tenía sentido. Yo era un chico despierto, y al aplicarme empecé a destacar. Él se dio cuenta, y no cejó en sus esfuerzos por ayudarme: me compró un ordenador, con dinero de su propio bolsillo, y después me ayudó a prepararme para los exámenes de ingreso en el internado al que iba Travis. Gracias a él conseguí una beca, y a los diecinueve años había desarrollado unos conceptos de programación totalmente nuevos, gracias a los cuales logré hacer una fortuna. Tengo tanto dinero que técnicamente no necesito trabajar —añadió encogiéndose de hombros—, pero mi empresa da trabajo a mucha gente y me gusta viajar.

—Y quieres que ese colegio tuyo ayude a los chicos de la misma manera: ofrecerles una salida —dijo Jenessa, comprendiendo al instante. Al ver una pared con graffitis, añadió pensativa—: Así que pasaste de la pobreza a la riqueza… ¿Fue en este barrio donde te criaste?

Bryce apartó el rostro y apretó el paso.

—Cerca de aquí —contestó de mala gana—. ¿A qué hora sale tu autobús?

—Dentro de un par de horas. Escucha, Bryce, si no quieres hablarme de tu infancia, ¿por qué no lo dices y ya está?

—Muy bien: no, no quiero hablar de ello.

Por lo que había visto en esas calles durante el tiempo que llevaba trabajando como voluntaria en el centro de acogida, Jenessa podía comprenderlo.

—Lo siento —murmuró con humildad—. Debes de creer que soy una pusilánime, quejándome por la falta de afecto cuando a ti te debió faltar mucho más que eso.

Bryce volvió a detenerse.

—Tu madre os abandonó, tu padre trató de convertirte en alguien que no eras y tu madrastra prestaba más atención a sus rosas que a tus hermanos y a ti… Por supuesto que no pienso que seas una pusilánime —le dijo—. Perdóname por haberte juzgado tan duramente por tu actitud con tu madre. No debería haberlo

hecho.

Jenessa lo miró de hito en hito.

—Eres un hombre desconcertante. Justo cuando creo que empiezo entenderte, haces o dices algo que descompone-el puzzle entero —murmuró.

—No tienes por qué tratar de entenderme —le dijo él, empezando a caminar de nuevo.

Jenessa lo siguió pensativa. Aquel día Bryce le había dejado ver una cara de él que no conocía: la de un hombre generoso, dispuesto a dar su tiempo y su dinero por devolver al mundo algo de la buena fortuna que había tenido. Estaba empezando a gustarle de verdad, y eso la preocupaba. Ya era bastante malo que sé sintiera atraída por él como para encima añadirle eso.

Minutos después llegaron al lugar donde Bryce había dejado aparcado el coche: un buen coche, pero nada ostentoso. Parecía que era cierto lo que le había dicho de que se había cansado de gastar por gastar.

Una vez se hubieron sentado en el interior y Bryce hubo puesto el coche en marcha, le dijo:

—Deja que te invite a cenar. Conozco un sitio estupendo cerca de aquí. Y después te llevaré a la estación.

—Pero, Bryce, mírame, estoy hecha un desastre, no me dejarían entrar así en ningún sitio.

—No es uno de esos sitios pomposos en los que tengas que ir de punta en blanco. Entre nosotros: los restaurantes caros tienen alta cocina y buena presentación, pero es en los locales sencillos donde se come mejor.

Y así, minutos después entraban en un acogedor restaurante familiar, donde les sirvieron los mejores calamares a la romana que Jenessa había probado, gambas al ajillo y una ensalada griega deliciosa.

—Y yo que me había hecho a la idea de que no nos volveríamos a ver después del bautizo… —murmuró Bryce mientras la joven tomaba un sorbo de tinto.

Ella esbozó una sonrisa divertida, pero no dijo nada.

—Y aquí estamos… —continuó Bryce—. ¿Crees en el destino?

Jenessa lo miró cautelosa.

—¿Es una pregunta con truco?

Bryce tomó su mano en las suyas y empezó a juguetear con sus dedos hasta que Jenessa sintió que le temblaban las rodillas.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró él de un modo seductor—. Es obvio que seguimos sintiendo deseo el uno por el otro, y tú ya no

eres una adolescente virgen.

Si él supiera…, se dijo Jenessa, reprimiendo un mohín.

—No vamos a hacer nada —le dijo con firmeza.

—Vamos, Jenessa, tenemos doce años más que entonces. Ambos somos más maduros, y más juiciosos… Bueno, al menos yo lo soy —bromeó esbozando una media sonrisa—. No me atrae la idea del matrimonio, pero te prometo que te sería fiel durante el tiempo que durara nuestra relación, y que haría todo lo posible para hacerte feliz.

Bajando la vista a su copa, Jenessa trató de ser tan sincera como lo había sido él con ella.

—He salido con muchos hombres en estos doce años —comenzó—, y tú… tú no eres mi tipo, Bryce. Eres contundente , carismático y tan sensual que haces que una especie de corriente eléctrica me recorra de arriba abajo cuando me tocas o me besas. No quiero tener un romance contigo. Sé que acabaría implicándome más de lo que debería, y a la larga acabarías haciéndome daño.

—No estarás diciendo que estás enamorada de mí, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Pero lo que ocurre entre nosotros cada vez que estamos en la misma habitación no es algo que me resulte fácil ignorar. Es como si trastocaras todo mi mundo, como si se tambalearan sus cimientos… —dijo tomando otro sorbo de vino—. Puede que no lo comprendas, pero yo no puedo evitar sentirme de ese modo, así que no; por lo que a mí respecta, no vamos a tener ningún romance.

—A mí tampoco me resulta fácil ignorarlo —respondió él—. De hecho, en cierto modo me molesta sentirme tan atraído por ti.

—No me había dado cuenta —murmuró ella sarcástica.

—Bueno, al menos lo reconozco —se defendió él—. Tú no quieres admitir que lo que ocurre es que me tienes miedo.

—No tengo miedo de ti —repuso Jenessa—, tengo miedo de mi propio cuerpo, de las reacciones que tengo cuando estoy cerca de ti. Ahora mismo me gustaría arrastrarte detrás de esa palmera y hacerte el amor sobre la moqueta, pero ¿qué pasaría después?

Bryce esbozó una sonrisa tan masculina y encantadora a la vez, que la joven no pudo evitar sonreír, también.

—Me gustas muchísimo, Jenessa.

—Bryce, por favor, no sigas, te estoy diciendo que no, y es que no.

—¿Estás siendo honesta conmigo?

—Sí, lo estoy siendo.

No era cierto, no estaba siendo completamente honesta, pero

tampoco podía serlo. Hubo un silencio incómodo, y de pronto, Bryce le preguntó:

—¿Cómo va tu trabajo?

Entonces, había aceptado su rechazo… Jenessa se sintió algo decepcionada. No había esperado que se diera por vencido tan fácilmente.

—Bastante bien. Terminé hace tres días el último cuadro para la exposición, y hoy lo traje conmigo y lo dejé en la galería a primera hora de la mañana.

—Felicidades —murmuró él—. Por cierto, hace un par de semanas llamé a la galería y convencí a la secretaria para que me enviara una invitación. Espero que no te importe.

Jenessa se había quedado boquiabierta de indignación.

—¿Y qué pasa si me importa?

—Iré de todos modos.

—¿Por qué quieres ir? —inquirió ella, tratando de controlar la irritación que la estaba invadiendo. —Para ver tus obras, naturalmente.

—Ya, y supongo que el que vayas no tiene nada que ver conmigo, ¿verdad?

—Bueno, ahora que me has rechazado, supongo que no, pero no voy a desperdiciar esa invitación.

—Escucha, Bryce —masculló Jenessa enfadada—, ambos habíamos decidido que no volveríamos a vemos, ¿por qué no nos atenemos a ese plan?

—Podríamos intentarlo… después de la exposición.

—¡Oh, eres imposible! —masculló ella apretando los dientes.

—¿Sabes?, en este restaurante hacen un pastel de nueces buenísimo. ¿Quieres una porción de postre?

—¡Lo que querría ahora mismo es estar montada en el autobús, sola, camino de casa!

—¿Ni siquiera te interesa mi dinero? —la picó Bryce.

Reprimiendo el deseo de levantar la mesa y volcar todo lo que tenía encima sobre él, ella le dijo:

—No me hace falta, y nunca me ha atraído la idea de poseer cosas sólo por el afán de poseerlas.

—Bueno, otra cosa que tenemos en común. Cuando te conocí tenía casas en varios países distintos, más de diez coches y un jet privado para poder ir de un lugar a otro. Pero poco a poco todo aquel consumismo empezó a cansarme, y me sentía culpable de tener tanto, de gastar tanto…

Su honestidad le había llegado al alma a Jenessa.

—¿Por qué?, ¿por qué tendrías que sentirte culpable? —murmuró Tenías todo el derecho a comprarte esas casas y esos coches después de lo mal que lo habías pasado —vaciló un instante—. ¿Con quién te criaste hasta que ese profesor consiguió sacarte de los suburbios?, ¿qué clase de personas eran?

—No es un relato agradable para la sobremesa —respondió él bruscamente—. Deberíamos marcharnos. No sé cómo estará el tráfico —añadió. Jenessa sintió frío en su corazón. Otra vez había vuelto a levantar una barrera entre ellos—. Vamos, pagaré en recepción.

—No quiero que vengas a la exposición —le reiteró ella irritada—. Siempre te encargas de dejarme muy claro que no tengo derecho a inmiscuirme en tu pasado. ¿Por qué entonces no puedes aceptar tú que no tienes derecho a inmiscuirte en mi presente?

—Porque no quiero hacerlo.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Bryce detuvo el coche junto a la estación de autobuses, Jenessa le dijo sin mirarlo:

—Te doy las gracias por la cena y por traerme, pero mantente alejado de mi vida, Bryce. No debemos volver a vemos. Nunca.

Iba a girarse hacia la puerta para agarrar la manecilla, pero él la agarró por la muñeca, haciéndola volverse hacia él.

—«Nunca» es una palabra que no me gusta —murmuró, y la besó apasionadamente en los labios.

El deseo prendió dentro de la joven, como una mecha. Habría sido tan fácil abandonarse a aquel beso, echarle los brazos al cuello… pero no podía, no podía permitir que volviera a ocurrir, no podía cometer dos veces el mismo error. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Jenessa despegó sus labios de él, se soltó y salió del coche agitada.

—¡No pienso tener un romance contigo! —le gritó.

La estación de autobuses estaba llena de gente. Un par de personas se rieron y otras miraron a Jenessa como si fuera una más de esos bichos raros que pueblan las ciudades. Sonrojándose, la joven cerró la puerta del coche y corrió a su autobús, que en ese instante llegaba a la parada.

CAPITULO 8

EL DÍA de la apertura de la exposición, la iluminación y disposición de sus obras era perfecta, había acudido muchísima gente, los aperitivos y el vino eran excelentes, ya se habían pegado etiquetas de «Vendido» junto a varios de los cuadros… Jenessa debería sentirse feliz, exultante, pero no era así.

Había ido a la galería media hora antes de la inauguración para revisar el conjunto final, y lo que había visto la había deprimido. Al pasar de una pintura a otra, había observado que todas eran similares en estilo y temática. El ojo de un profano no lo habría advertido, porque su técnica era impecable y su talento indiscutible, pero Jenessa sí lo advirtió.

Bloqueada, estaba bloqueada. Siempre había detestado aquella palabra, pero no había otra para describir la sensación que desprendía su colección. ¿Cómo podría impulsarse más allá de sus límites, sacar de sí lo que realmente llevaba dentro y no lograba expresar? En ese momento, en medio de la multitud que empezaba a abarrotar el lugar, se sintió como una actriz que estuviera participando en una obra en la que no creía.

Su padre fue quien llegó primero, acompañado de su madrastra.

—Ha venido muchísima gente —comentó, sin poder ocultar su admiración.

—Estábamos deseando que llegara este día —le dijo

Corinne con su habitual tono aséptico—. Mirad, ahí vienen Travis y Julie.

Hubo un intercambio de besos en la mejilla, apretones de mano y abrazos, y empezaron todos a charlar, cuando unos dedos finos y estilizados se posaron en el brazo de Jenessa. La joven se volvió y se encontró con su madre, Leonora, tan elegante como siempre, con esa sonrisa entre triste, dulce y enigmática en los labios. No la había oído acercarse.

—Estás realmente preciosa, Jenessa —le dijo.

La joven farfulló un débil «gracias», incapaz de articular una frase entera, y una revelación la asaltó en ese instante: «¡Tengo miedo de mi madre!». Su incapacidad para abrirse a ella no se debía tanto al resentimiento por que la hubiera abandonado, sino a que, para ella, su madre era una perfecta desconocida, una extraña, y eso la asustaba. En cualquier caso, no era el mejor momento para tener revelaciones.

—¿Por qué no os dais todos una vuelta por la exposición? —se

apresuró a decirles, logrando esbozar una sonrisa—. Yo tengo que… «circular» entre los invitados. Es una palabra de la galerista, no mía —les aclaró entre risas.

—Ve a circular, Jen —le dijo Travis con su sonrisa tranquila—. Nos vemos luego.

Y así, la joven comenzó a pasear por la sala, dando la bienvenida a los visitantes, contestando las preguntas de unos, y teniendo que escuchar el análisis de sus propios cuadros de otros. No sabía qué era peor, pero al menos aquello mantuvo su mente ajena a pensamientos de su familia o de Bryce.

En la media hora siguiente el runrún de las voces de la gente se fue elevando, y Jenessa empezaba a sentirse acalorada. Se estaba excusando con la concejala de cultura para ir al lavabo a refrescarse cuando una mano pesada se posó en su hombro desnudo. La sonrisa de cortesía se borró de sus labios. Sabía de quién se trataba porque el solo contacto de su mano había hecho que la temperatura de su cuerpo subiese al instante. Tragó saliva y se dio la vuelta.

—Hola, Bryce —le dijo, tratando de ser cordial—. De modo que «nunca» no han sido más que diez días…

—¿Has estado contando los días desde nuestro último encuentro? —la picó él, dejando caer su mano.

Lo cierto era que él sí había estado contándolos, y no sólo los días, sino hasta las horas y los minutos. Estaba increíblemente hermosa y cautivadora aquella noche, y Travis le había dicho que aquella noche se alojaría en un hotel de la ciudad para no tener que conducir de madrugada de regreso a Wellspring…

—¿Te importaría dejar de mirarme tan fijamente? —lo interpeló Jenessa, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Qué pasa? ¿Te horroriza mi corte de pelo o qué?

—Oh, no, no… estás increíble —le respondió Bryce con sinceridad. Tal y como esperaba, la joven se sonrojó—, aunque también pareces algo tensa. ¿Ocurre algo?

—¿Que si ocurre algo? —repitió ella con un mohín de desesperación—. Mi padre, mi madrastra y mi madre están aquí. Eso bastaría para poner nervioso a cualquiera.

—No me mientas, Jenessa. ¿De qué se trata en realidad?

Para espanto de Bryce, los ojos de la joven empezaron a llenarse de lágrimas de repente.

—Márchate —le dijo ella, esforzándose por contenerlas—. Soy la «estrella de la noche», no puedo permitirme que me vean gimoteando en tu hombro.

—Bueno, pero puedes disponer de él cuando quieras. Iremos a

tomar algo cuando esto haya acabado.

—Es la mejor oferta que he tenido en toda la noche —murmuró ella, dedicando una sonrisa forzada a una dama de cierta edad que pasó a su lado, mirándolos con curiosidad—, pero eso no significa que vaya a aceptarla.

Frunciendo el ceño, Bryce se dio la vuelta y se alejó. ¿Por qué seguía flirteando con ella? Además, si lo único que quería tener con ella era un romance, ¿a qué venía eso de ofrecerle un hombro en el que llorar? Empezó a pasearse por la galería, admirando los cuadros. Todas las pinturas allí expuestas eran de una factura exquisita, algunas realistas, y otras llenas de misteriosos remolinos de color que rayaban en lo abstracto. Sin embargo, había algo común en todos ellos, una especie de amenaza latente, la misma sensación que había tenido al ver aquella obra en su estudio.

Aquellas obras hablaban de una persona que en el fondo era muy infeliz. Bryce se sentía extrañamente atraído e inquietado por esas pinturas. Las mujeres con las que solía salir eran más bien muy razonables y realistas, y de tener alguna profundidad, sabían esconderla igual que hacía él con su pasado.

Distraído como iba, no se percató de que sus pasos lo habían llevado junto a la familia Strathern al completo. Incluso Jenessa estaba con ellos. Tratando de vaciar su mente de pensamientos, los saludó cordialmente.

—Tus obras son verdaderamente magníficas —le dijo con sinceridad a la artista—, mis felicitaciones.

Charles Strathern, que no había comprendido nada en absoluto de lo que su hija había intentado plasmar, hizo un esfuerzo por agradarla también, a pesar de todo.

—Los colores que has usado son muy bonitos. Corinne y yo hemos comprado un cuadro que irá muy bien en el salón de la casa que tenemos en Back Bay.

—¿Habéis comprado uno? —repitió Jenessa con incredulidad.

—Pues claro. Estamos muy orgullosos de ti —le respondió él.

—Oh —fue todo lo que acertó a decir la joven.

Aquellas palabras eran demasiado para ella. Su padre nunca hasta entonces le había dicho que estuviera orgulloso de ella…

—Julie y yo tendremos que irnos dentro de un rato, Jen, porque la niñera no podía quedarse más que un par de horas, pero almorzaremos mañana contigo en tu hotel, ¿de acuerdo? —dijo Travis, rompiendo el prolongado silencio que se había hecho entre ellos. Se volvió hacia su madre—. ¿Por qué no vienes tú también?

—Me temo que no podrá ser. Tengo que tomar un vuelo de

regreso esta noche a Manhattan. Mañana por la mañana tengo que dar una clase.

—¿Has hecho un viaje tan largo sólo para venir a mi exposición? —balbució Jenessa, más sorprendida aún que con los halagos de su padre.

—Sí, y no me arrepiento de haberlo hecho —murmuró Leonora sonriendo.

—Gra… gracias —tartamudeó Jenessa torpemente.

—No tienes por qué dármelas —le respondió su madre. Se giró hacia los demás—. ¿Alguien quiere compartir un taxi conmigo?

—Qué buena idea —dijo Corinne al punto—. Charles y yo nos vamos contigo. ¿Te parece, querido?

—Sí, sí, me parece bien —farfulló él. Se volvió hacia su hija—. Espero que volvamos a vernos pronto, Jenessa.

La joven farfulló algo incomprensible, mientras sus dedos retorcían la falda de su vestido. Su padre le dio unas palmaditas en la mejilla y salieron los tres.

—Bueno, pues nosotros también nos vamos —dijo Travis—. ¿Quieres que te llevemos, Bryce?

—No, gracias. Quiero… um… echar otro vistazo cuando esto se haya despejado un poco de gente —improvisó su amigo—. Mañana te llamo.

En los últimos minutos había estado observando la expresión en el rostro de Jenessa y había visto que había pasado de la incomodidad al desconcierto, del desconcierto a parecer un animalillo acorralado, y de pronto lo que se leía en sus facciones era auténtico pánico.

—Em… Jenessa, creo que la dueña de la galería quiere hablar contigo —le dijo al ver que la mujer no hacía más que mirar en su dirección, como tratando de atraer su atención.

—¿Mm? Ah, sí, es cierto —murmuró la joven, y se alejó, caminando como si estuviera desorientada.

Bryce dio unas cuantas vueltas más por la exposición, esperando a que la gente se fuera. Cuando apenas quedaban uno o dos rezagados, y vio que la galerista se despedía de Jenessa para ir a hablar con los encargados del catering, se acercó a la joven, la tomó por la cintura y le susurró al oído:

—¿Lista para irnos? Tengo el coche aparcado justo al final de la calle.

Jenessa se tensó.

—Yo… Eres muy amable, de verdad, Bryce, pero creo que sería mejor que tomara un taxi.

—Necesitas un trago. Anda, vamos —y aún con el brazo en su cintura, la condujo fuera de la galería—. Iremos a un club nocturno que hay no muy lejos de aquí. Es un sitio tranquilo —le dijo cuando llegaron al coche.

Por una vez Jenessa no discutió. Entró en el vehículo y se quitó las sandalias de tacón: la estaban matando.

—Ah, eso está mejor —suspiró. Girándose a Bryce, que ya se había sentado al volante y estaba poniendo el coche en marcha le dijo—: Prométeme una cosa: que no mencionarás la palabra «arte».

Él se rió.

—«No entiendo nada de arte, sólo sé lo que me gusta y lo que no cuando lo veo»… ¿no te ha dicho nadie eso esta noche?

—Dios, sí… como una docena de veces —respondió ella, echándose a reír también.

Cuando se reía era como un prisma que reflejara la luz en mil destellos, se dijo Bryce, sintiendo que una sensación cálida inundaba su pecho. Decidido a conseguir que se sintiera cómoda y se abriera a él, mantuvo la conversación dentro de un tono simplemente amistoso.

El local al que la llevó tenía una iluminación suave, y las mesas estaban dispuestas de tal modo que los clientes pudieran tener privacidad. Jenessa pidió un jerez y Bryce una cerveza y unos aperitivos de marisco para los dos. La joven empezó a picar con apetito, porque durante la inauguración había estado demasiado nerviosa como para probar bocado, y sin darse cuenta acabaron charlando de libros, cine, religión, política… y Bryce observó satisfecho que al cabo la tensión se había borrado de su rostro.

—¿Quieres bailar? —le sugirió de pronto.

Jenessa dejó su vaso sobre la mesa y tragó saliva. Había algo en el tono de Bryce que hizo que la recorriera una especie de cosquilleo por toda la espalda, pero, mandando la prudencia a paseo, le dijo:

—De acuerdo, bailemos.

Dejó que la atrajera hacia sí, asiéndola por la cadera, mientras que la otra mano se entrelazaba con la suya, colocándola junto a su hombro. Jenessa apoyó la frente en el hueco de su cuello, y poco a poco la suave música la fue arrastrando en un oleaje de sensualidad. Aquella vez su deseo no se manifestó de un modo imperativo, ni ardiente, sino que fue algo gradual y más profundo… pero también infinitamente más peligroso, ya que poco a poco se estaba convenciendo de que podía poner el piloto automático, abandonarse… No, no podía, no podía dejarse seducir por Bryce…

«Oh, vamos, Jen», se dijo a sí misma disgustada, «llevas doce años con el pie en el freno, evitando probar nada nuevo. ¿Es eso todo lo que quieres de la vida?, ¿sentirte segura?, ¿no serán ésas las raíces de tu incapacidad para amar?». De pronto tuvo otra revelación, igual que le había ocurrido en la galería. ¿No estaría sucediéndole lo mismo con sus cuadros: que tenía miedo de arriesgarse?

Bryce la atrajo más hacia sí, apartando su cabello para imprimir lentos besos por toda su garganta, y Jenessa se estremeció como una hoja agitada por el viento y emitió un leve gemido de placer que sólo él pudo oír.

La joven levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, renunciando a seguir intentando enmascarar el deseo que la inundaba. Bryce, en cambio, no habría podido ocultarle su obvia excitación aunque hubiera querido.

—Quiero que sepas algo —le dijo en un susurro—: sólo ha habido una mujer a la que he deseado tanto como te deseo a ti en este momento… y años atrás apenas era una mujer.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios de Jenessa.

—¿Te refieres a mí?

—¿A quién si no?

Jenessa movió suavemente sus caderas contra las de él y le dijo, mirándolo con los ojos entrecerrados:

—Aquella noche, cuando te dije que quería dibujarte… Era la verdad, aunque sólo una verdad a medias.

—Lo sé.-murmuró él—. Lo supe ya entonces.

Llevó la mano de la joven a sus labios, besando una por una las yemas de sus dedos, y apretó sus labios contra la cálida palma. Jenessa tenía la impresión de que todo su ser estuviera disolviéndose, ansiando con él esa comunión íntima que no había conocido aún, sus cuerpos, desnudos, amándose sin restricciones.

—Estoy alojada en un hotel —le dijo con voz ronca.

—Lo sé, me lo ha dicho Travis. ¿En cuál? —inquirió él.

—En el Colonial —respondió ella. Se mordió el labio inferior—. Ya he vuelto a hacerlo: mentirte —le dijo con una risa nerviosa—. Hace diez días juré y perjuré que no tendríamos un romance, y aquí me tienes, diciéndote en qué hotel me alojo… Debes de estar pensando que estoy jugando contigo.

—No, Jenessa, me siento el más honrado de los hombres —le dijo Bryce suavemente. Y así era. Para él las cosas valiosas debían darse siempre libremente.

Regresaron a la mesa. Bryce pidió la cuenta, pagó y se dirigieron

hacia la salida del local.

El trayecto en coche hasta el hotel se estaba haciendo interminable, y Bryce no parecía más dispuesto que ella a entablar una conversación. El deseo de Jenessa fue reemplazado por un creciente nerviosismo. Aquello era una locura. Esa noche podría ser simplemente una noche aislada de pasión más que añadir en el expediente amoroso de él; o podría salir de ella un romance abocado a ser sólo eso, un romance, porque

Bryce no quería ninguna clase de compromiso. ¿Era eso lo que quería?, ¿hacer el amor con él para que antes o después la dejara tirada, como un trapo usado? ¿Cómo podría soportarlo?

El corazón le dio un vuelco al ver que habían llegado al hotel. En unos minutos Bryce le dejaría el vehículo a uno de los aparcacoches, y subirían a su habitación, y sería demasiado tarde para cambiar de idea.

—¡Bryce, no puedo hacer esto, no puedo! —gimió en una voz que no era la suya.

Él perdió por un segundo el control sobre el volante y pisó el freno, ganándose una sonora pitada del conductor que iba detrás. Se desvió hacia la acera y se detuvo allí.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo arriesgarme a tener un romance contigo, tengo demasiado miedo de las consecuencias…

—Pero, Jenessa, te he dado mi palabra de que te seré fiel mientras estemos juntos, y de que haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz durante ese tiempo…

—Hasta que conozcas a otra mujer —lo interrumpió ella.

—¿Por qué tenemos que pensar en el mañana?; vivamos el presente —insistió él.

—Yo necesito pensar en el mañana, Bryce, o al menos tener la esperanza de que pueda haber una posibilidad, por remota que sea, de que lo nuestro no será sólo algo temporal.

—Lo siento, pero como ya te dije, no me atrae la idea del matrimonio.

—Pues entonces supongo que a mí no me atrae la de tener un romance.

—No me vengas con esas —masculló él irritado—.

¿No irás a decirme que todos estos años no has salido con nadie?

«Díselo, Jenessa, dile que aún eres virgen…». Pero fue como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta. Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche con las piernas temblándole. Bryce no hizo ningún intento de detenerla.

—Lo siento —musitó la joven—, no debería haberte dado esperanzas. No debemos vernos más, Bryce… esto no va a ninguna parte.

Y, tras cerrar la puerta del coche, corrió hacia el hotel. Con un «buenas noches» el portero le abrió para que pudiera pasar; pero ella no contestó. Entró, escuchando cómo resonaban las pisadas de sus sandalias de tacón sobre el suelo de mármol del vestíbulo, y se dirigió a los ascensores. Los espejos de marco dorado le devolvieron el reflejo de una joven elegantemente vestida en la que apenas se reconocía. Se detuvo y se volvió sin aliento. Bryce no la había seguido. ¿Acaso había esperado que lo hiciera?

CAPITULO 9

AQUELLA noche Jenessa durmió fatal: no tanto porque extrañaba su cama, sino porque no podía dejar de revivir en su mente la escena con Bryce en el coche. A la mañana siguiente se levantó con un ligero dolor de cabeza.

Estaba segura de que no volvería a verlo. Bryce era demasiado orgulloso. Además, ¿por qué iba a suplicar sus favores cuando debía de haber al menos una docena de mujeres ansiosas por darle lo que quisiera? Mujeres experimentadas, no como ella.

Después de ducharse y vestirse, bajó a la recepción y compró varios diarios. Sin duda debía de aparecer alguna reseña a su exposición en la sección de cultura, aunque sólo fuera por el renombre de la galería. Con los brazos cargados de periódicos, se dirigió al patio interior del hotel, junto al restaurante, donde se servía el desayuno. Se sentó en una mesita alejada, se puso las gafas de sol y pidió un café. Cuando se lo hubieron servido, comenzó a hojear los periódicos. En el primero se hacían unos cuantos comentarios bastante agudos sobre sus obras, y en general se elogiaba su trabajo. Respirando algo más tranquila, decidió dejar los otros periódicos para después y buscó directamente aquél en el que escribía el crítico de arte más importante de la ciudad. Aquel artículo era el que realmente contaba.

Con la boca seca, Jenessa empezó a pasar de una línea a otra. El periodista empezaba por aplaudir su técnica, pero a continuación apuntaba, como ella había temido, que las emociones que reflejaban sus pinturas se estaban volviendo repetitivas. Decía que no había visto en el conjunto ninguna evolución desde su última muestra, dieciocho meses atrás, y añadía que sería una lástima que alguien con su potencial, se conformara con el éxito comercial en vez de intentar crecer como artista.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas de rabia e impotencia. No sabía qué hacer para avanzar. Si no, ya lo habría hecho. En ese momento notó que alguien se acercaba por su derecha y se apresuró a cerrar el periódico y subirse las gafas para que ocultaran sus ojos. Al levantar la cabeza, comprobó estupefacta que se trataba de Bryce, quien se detuvo a su lado y le quitó las gafas.

—¡No hagas eso! —protestó ella con voz entrecortada, intentando recuperarlas, pero él ya se había sentado frente a ella y estaban fuera de su alcance.

—He leído las reseñas sobre tu exposición. Es una de las razones por las que he venido.

—Lo último que quiero viniendo de ti es lástima —farfulló ella.

—Jenessa, lo único que ese crítico intenta hacer es decirte que te hace falta buscar un nuevo rumbo. Además, si no le pareciera que puedes dar más de ti misma, ni siquiera se habría molestado en escribir ese artículo.

—¡Pero es que no tengo ni idea de cómo hacerlo! —gimió ella desesperada.

De pronto, Bryce apiló los periódicos y se puso de pie, ofreciéndole su mano.

—Ven, iremos a mi casa: te prepararé un buen desayuno, y podrás contarme por qué estás bloqueada.

Que precisamente Bryce acabara de usar aquella palabra que detestaba fue la gota que colmó el vaso.

—Tú también te habías dado cuenta, ¿no es verdad? Anoche, en la galería, cuando estabas mirando los cuadros…

—Bueno, no hace falta ser un experto en arte para darse cuenta de que tus cuadros supuran infelicidad, y de que estás dando vueltas sobre ti misma, como una peonza.

—¿Cómo puedes saber cómo me siento? Dios, tengo la sensación de haberme paseado anoche desnuda por la galería, como en esos horribles sueños…

Si había esperado obtener compasión de Bryce, estaba muy equivocada.

—Eso es lo que hacen los verdaderos artistas —le espetó con firmeza—: desnudar sus almas en sus obras con la esperanza de que otros comprenderán su mensaje al verlas, y que podrá ayudarlos a crecer con su experiencia. Al hacerlo, al exponer abiertamente sus sentimientos el artista corre un riesgo, pero, si no lo hace, se queda en punto muerto.

Jenessa apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a las sienes.

—Mi padre leerá los periódicos… —farfulló espantada—. Nunca aprobó que estudiará Bellas Artes… y ahora esto… —dejó escapar una risa amarga—. Seguro que me dirá que le devuelva el dinero de ese cuadro que compró en la exposición.

—No digas tonterías. Tu padre lo compró porque está intentando reparar al menos parte del daño que te hizo, y el único crítico al que hace caso es a sí mismo. Anda, vamos —le dijo devolviéndole las gafas.

Jenessa, que tenía el alma en los pies, no protestó, sino que se

puso de pie y lo siguió.

La joven se quedó boquiabierta con la pequeña mansión de Beacon Hill donde vivía Bryce la mayor parte del año. Mientras él preparaba el desayuno, ella se paseó por el comedor y el enorme salón, admirando los muebles y adornos, pero también, inconscientemente, buscando alguna foto u otros rastros de su pasado. No halló nada. Dándose por vencida, regresó a la cocina, de donde provenían unos olores deliciosos. Bryce estaba haciendo huevos revueltos.

—¿Quieres llevarte eso al solárium? —le dijo señalándole con la cabeza una bandeja con todo lo necesario—. Se sale por el comedor. Desayunaremos allí Ahora llevaré yo los huevos y el bacón.

El solárium resultó ser un rincón muy acogedor, con coloridas plantas tropicales y mobiliario de mimbre: una mesa redonda, dos sillas y un sofá. Justo cuando estaba acabando de poner las tazas, platos y demás en la mesa, apareció Bryce y se sentaron.

—Esperaba encontrar alguna foto de algún familiar tuyo en el salón, pero no he visto ninguna —murmuró Jenessa, tras vacilar un instante.

—No tengo ninguna —contestó Bryce—. ¿Por qué estás estancada en tu trabajo? —le dijo cambiando de tema. Pero la joven no se dejó amilanar.

—¿Por qué te niegas a hablarme de tu pasado?

—Desde luego no se puede negar que eres tenaz.

Jenessa esbozó una sonrisa burlona.

—La tenacidad es algo que los Strathern llevamos en la sangre, ¿no lo sabías?

Se echaron los dos a reír, y sus dedos se tocaron cuando extendieron la mano a la vez para alcanzar el bote de la mermelada. Alzaron la vista, se quedaron mirándose a los ojos largo rato, y de pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo, se levantaron a la vez, volcando el azucarero con las prisas por estar en los brazos del otro, y en cuestión de segundos se hallaban sumidos en un fogoso beso.

Bryce introdujo la lengua por entre sus labios, y le sacó la camiseta de tirantes de la cinturilla de la falda, metiendo las manos por debajo para acariciar la suave espalda. La joven notó que le soltaba el enganche del sostén y segundos después tomaba posesión de la turgencia de sus senos. Echó la cabeza hacia atrás, con los ojos llenos de deseo.

—Oh, Dios, Jenessa… cuando me miras de ese modo, yo… —farfulló él con voz ronca—. Deja que te haga el amor… te juro que

no te arrepentirás…

—Sí… oh, sí… te deseo tanto… —suspiró ella.

Le desabrochó los botones de la camisa uno por uno, se la quitó, y luego dejó rodar sus manos por el ancho tórax, mientras él le subía la camiseta, apartando a la vez el sostén. Después la levantó en volandas y la llevó al sofá, donde pronto estuvieron hechos una amalgama de brazos y piernas, besándose con ansiedad. El corazón de Jenessa latía salvajemente. Bryce despegó sus labios de los de ella y bajó la cabeza, tomando un pezón en su boca y después el otro, estimulándolos con la lengua hasta que la tuvo sollozando de placer y retorciéndose debajo de él, pidiéndole que no parara.

La joven se deleitó volviendo a explorar, como años atrás, la geografía de Bryce: los fuertes hombros, los músculos de la espalda… El entretanto, sin dejar de besarla, extrajo del bolsillo de sus pantalones un preservativo y lo dejó en el suelo, junto al sofá.

—¿Siempre llevas uno encima? —le preguntó ella sorprendida.

—Las críticas a tu exposición fueron uno de los motivos por los que fui a tu hotel esta mañana. Hacerte el amor era el otro.

—Estás muy seguro de ti mismo… Después de lo de anoche pensaba que no nos volveríamos a ver.

—No me doy por vencido tan fácilmente.

Mientras Bryce se desabrochaba el pantalón y se bajaba la cremallera, Jenessa arrojó las sandalias a un lado y se bajó las braguitas de encaje. Ansiaba estar piel contra piel con él, sin nada entre ellos.

Bryce se deslizó entre sus piernas, volviendo otra vez a lamer y besar sus senos, y Jenessa se arqueó hacia él como una criatura salvaje, aferrándose a sus caderas.

Los dedos de Bryce encontraron los pétalos húmedos de la joven entre sus muslos, y los acarició hasta que gimió su nombre una y otra vez, provocándole oleada tras oleada de placer.

La besó en los labios, tirando suavemente de ellos con los suyos, y con rapidez y eficacia, tomó el preservativo, rompió el envoltorio y se lo colocó.

—Jenessa… ya no puedo esperar más… —jadeó entre beso y beso.

Ella, más que dispuesta, levantó las caderas hacia él.

—Mmm… Bryce, hay algo que debería decirte…

Pero él le impuso silencio con un nuevo beso, y la joven sintió que empezaba a adentrarse en ella.

—Bryce, yo..

—Cariño, éste no es… el momento de hablar…

Aquel apelativo hizo que Jenessa se derritiera y se abandonara al deseo, queriendo más que nunca sentirse completa, que él la completara. Se aferró a él y cerró los ojos, permitiendo que las sensaciones la inundaran.

Sin embargo, cuando Bryce empujó las caderas, no pudo reprimir un gemido de dolor.

—No pares, Bryce, no pares… —le rogó.

Pero ya era demasiado tarde. Él se había quedado inmóvil en su abrazo, respirando jadeante, y cuando la miró, la expresión en sus ojos grises era de una absoluta estupefacción.

—Todavía eres virgen… —murmuró.

—Sí, pero no importa. Oh, Bryce, quiero que seas tú quien…

—¿Pero… cómo… cómo es posible? Dijiste que habías salido con muchos hombres…

La joven renunció al poco orgullo que le quedaba:

—Quiero perder la virginidad. Llevo esperando por esto desde que tenía diecisiete años. Ninguno de esos hombres significó jamás nada para mí. Ninguno de ellos me hizo perder la cabeza como me ocurre contigo.

—¡Estás enamorada de mí…! —farfulló él, entre irritado e incrédulo.

—¡No lo estoy! Es sólo que hasta ahora me había negado a conformarme con menos.

Bryce la agarró por las muñecas y se apartó de ella.

—¿Durante doce años, Jenessa, doce años?

Estaba ocurriendo de nuevo, pensó la joven frenética. Estaba volviendo a rechazarla, a humillarla, como si hubiera algo vergonzoso en su virginidad.

—¿Preferirías que me hubiese acostado con un hombre distinto cada noche durante esos doce años? —le espetó, refugiándose en la ira que la agitaba por dentro —. ¿Es eso?

—¡No, preferiría que me hubieras dicho la verdad!

—¿Y cómo esperabas que lo hiciera? «¡Oh, vaya, Bryce, cómo me alegro de verte! ¡Ah!, por cierto, ¿sabes que todavía soy virgen?»

Pero la mirada de él continuaba impávida.

—Has estado enamorada de mí todo este tiempo…

—Si eso fuera cierto, y no lo es, ¿qué tendría de malo?

—Ya te lo dije, no busco compromisos. No quiero que nadie se enamore de mí.

—Tal y como te comportas desde luego es difícil que ocurra —le espetó ella—. ¿Qué es lo que te pasa, Bryce? ¿Acaso tienes miedo de

admitir que eres un mortal, que tienes sentimientos como los demás?

—Déjalo ya, Jenessa.

_¡Oh, de modo que tú puedes decir lo que te venga en gana, pero yo tengo que mantener la boca cerrada! _masculló colocándose bien el sostén y abrochándolo, y bajándose la camiseta—. He confiado en ti al venirme contigo a tu casa, he estado a punto de entregarme a ti…, pero, ¿tiene eso algún valor para ti? No, por supuesto que no. Estás demasiado obcecado intentando protegerte a ti mismo como para fijarte en lo que ocurre a tu alrededor.

—¡Eso no es verdad, maldita sea!

—¿Ah, no? No haces más que decir que no quieres compromisos, y Dios no permita que ninguna mujer trate de llevarte al altar… pero yo en cambio sí tengo que arriesgarme, se supone que debía lanzarme sin paracaídas a un romance contigo, sin preocuparme por el día en que me abandonases, igual que mi madre, y también igual que mi padre, porque él me crió, pero siempre rechazó quién yo era en realidad. ¿Tienes idea de lo que es sentir que no le importas nada a ninguno de tus padres?

Un escalofrío recorrió a Bryce de arriba abajo; retrocedió y le dio la espalda, abrochándose los pantalones.

—Bryce… Bryce, lo siento —murmuró Jenessa—. He metido el dedo en la llaga, ¿no es verdad?

—Todos los artistas sois iguales —masculló él en un tono desagradable—: tenéis demasiada imaginación.

—¡No me he imaginado tu reacción de ahora mismo! —le espetó ella irritada, poniéndose de pie. La falda cayó, tapando sus muslos desnudos—. ¿Por qUé no quieres hablarme de ello? —le rogó—. ¿Tan terrible fue que ni siquiera puedes soportar el compartir tus recuerdos?

—No tienes ni idea… —masculló él—, ni idea… Al menos tú tienes padres: una madre y un padre… y hasta una madrastra. Puede que sean imperfectos, pero al menos están a tu lado y quieren llevarse bien contigo. Y, sin embargo, tú eres demasiado orgullosa como para dejar que entren en tu vida. No me extraña que estés estancada en tu trabajo: no tienes vida sexual, rehuyes a tus padres y te has retirado a vivir en el campo, como una ermitaña.

La crueldad de sus palabras hizo que el corazón de Jenessa se astillara en mil pedazos. Dio un paso atrás, tropezando con sus braguitas y sus sandalias, y se las volvió a poner sin mirarlo.

—¿Cómo puede esperarse que quiera a una madre a la que siempre he creído muerta, que me abandonó siendo un bebé? —le

dijo.

—No lo sé, pero tú ni siquiera le has dado una oportunidad.

Jenessa recogió sus gafas de sol y su bolso de la silla donde los había dejado.

—¿Y tú? ¿Has tratado de buscar a tus padres? —lo increpó. Pudo leer la respuesta en su rostro—. Entonces no me juzgues por algo que tú tampoco estás dispuesto a hacer… No hace falta que me acompañes hasta la puerta.

Salió del solárium y atravesó con paso apresurado el elegante comedor, el salón, el pasillo… y cuando llegó al vestíbulo, tras unos cuantos intentos torpes de sus manos temblorosas, logró abrir el complicado cerrojo y salió a la calle, alejándose sin mirar atrás.

CAPITULO 10

DOS DÍAS más tarde, cuando Jenessa ya estaba de vuelta en Wellspring, recibió un paquete de Bryce. ¿Qué le mandaría?, se preguntó extrañada. «Bueno, sólo hay una manera de averiguarlo», se dijo rompiendo el papel. Dentro encontró una cinta de vídeo, y una nota:

Le he pedido prestada esta cinta a Travis. Encuentra un hueco para verla. Seguro que te gustará. Bryce

No había ninguna etiqueta que indicara de qué se trataba, así que la joven se limitó a meterla en su aparato de vídeo, y segundos después se olvidó de todo lo que la rodeaba. Era una grabación de su madre, mucho más joven, bailando. La melodía que sonaba de fondo era una complicada pieza de música contemporánea, con patrones muy irregulares, pero Leonora había diseñado una serie de movimientos de increíble belleza que se acompasaban a ella a la perfección. En realidad la persona que había grabado el vídeo había grabado los sucesivos intentos de la bailarina, prefiriendo no omitir sus esfuerzos por más de sí, el cansancio, la frustración al no conseguir lo que quería expresar, la determinación por no dejarse vencer por el desánimo… Y, finalmente, la cinta concluía con la representación final del número en un teatro, ante un público, seguida de una cerrada ovación. Jenessa rebobinó y volvió a ver la cinta una segunda vez, y aun una tercera, y de pronto se encontró llorando a lágrima viva, sintiéndose como si tuviera el corazón destrozado.

Aquella joven era su madre. Por sus venas corría ese mismo espíritu de lucha por expresar lo que llevaba dentro. Se identificaba por completo con la frustración de esa bailarina de la cinta, sabía lo duro que era querer alcanzar una perfección y sólo lograr rozarla tras mucho esfuerzo.

Su madre la había abandonado cuando no era más que una niña, pero, de algún modo, había seguido viviendo en su interior. ¿No se había sentido ella misma culpable últimamente por haber estado bailando los mismos pasos una y otra vez, incapaz de liberar su creatividad?

Tras sacar la cinta del vídeo y mirarla largo rato pensativa, la soltó sobre la mesita del salón, levantó el auricular del teléfono y marcó el número de su madre. Escuchó los tonos con el corazón en vilo, sabiendo que aquél era un paso enorme y que corría el riesgo de ser rechazada, pero también de que necesitaba hacerlo.

—¿Diga? —contestó la voz de su madre al otro lado de la línea.

—So-soy yo, Jenessa.

Tras una pausa de una fracción de segundo, su madre le preguntó preocupada:

—¿Ha pasado algo malo? ¿Le ha ocurrido algo a Travis, o a Brent? ¿O a ti?

—No, no, estamos todos bien. Es sólo que… bueno, quería hablar contigo.

—En ese caso, me alegro de oírte —le dijo su madre con una voz más dulce.

—Me estaba preguntando si… bueno, si podríamos vernos un día de esta semana —le dijo Jenessa de carrerilla—. Podría tomar un vuelo a Nueva York… si a ti no te viene mal.

—No será necesario. El viernes tengo que estar en Boston para supervisar una coreografía. Podríamos quedar a comer, ¿qué te parece?

—Sería estupendo —contestó la joven con una sonrisa.

Acordaron el lugar y la hora, y tras conversar un rato acerca de Travis, su esposa y su hija, Leonora no tuvo más remedio que excusarse.

—Tengo que dejarte, Jenessa: he quedado con una persona dentro de media hora, pero estoy deseando verte.

—Yo también —murmuró la joven con voz entrecortada, con las lágrimas agolpándose en los ojos azules. A la fuerza de voluntad y dedicación que había visto en el vídeo de su madre, ahora tenía que añadir otras dos cualidades: generosidad y el hecho de que no le guardara rencor por sus desprecios.

El viernes, hacia la una y cuarto tomó el autobús a la ciudad, y el viaje se le hizo cortísimo. Con el corazón latiéndole con fuerza, Jenessa llegó diez minutos antes de lo previsto a su punto de encuentro, el restaurante italiano donde su madre le dijo que haría una reserva. Estuvo esperando un rato fuera, pero hacía calor y finalmente pensó que lo mejor sería esperarla dentro. El maître la condujo a una mesa para dos en un rincón apartado, y la joven se sentó a esperar, cada vez más nerviosa. Por hacer algo, se puso a leer el menú, aunque no creía que pudiera probar bocado.

—Hola, Jenessa… No, no te levantes, por favor.

Con una sonrisa en los labios, Leonora se sentó frente a su hija. Charlaron un poco de cosas sin importancia antes de que la camarera anotara lo que iban a tomar, y cuando ésta se hubo marchado, Jenessa ya no pudo aguantarse más.

—He visto un vídeo tuyo… bailando. Por eso quería hablar

contigo.

Leonora la miró a los ojos.

—¿Te lo dio Travis?

—No, me lo dio Bryce.

—¿Bryce?

—Sí, bueno… —balbució la joven sonrojándose—, después de que tuviéramos una riña… Lo cierto es que hemos tenido varias. Me envió la cinta por correo.

—Sea como sea, si es eso lo que ha provocado este encuentro, tengo que acordarme de darle las gracias.

—Se le subirá a la cabeza —respondió Jenessa con un mohín—. Es el hombre más arrogante y obstinado que he conocido en mi vida.

—También es muy atractivo —apuntó Leonora con una sonrisa maliciosa.

—Em… sí, bueno, pero no he venido aquí para hablar de Bryce —farfulló la joven, incómoda.

En ese momento llegaron sus ensaladas coloridas, frescas y apetecibles.

—Hablaremos de lo que tú quieras —le dijo su madre—. Estoy tan feliz de estar hoy aquí contigo… quería que lo supieras.

Los ojos de Jenessa se humedecieron.

—Gracias —murmuró—. El problema es… que no sé por dónde empezar. Verás, estoy bloqueada en mi trabajo, estancada, me he metido en un bache del que no puedo salir… Bueno, no es que espere que tú puedas arreglar eso, ni te estoy pidiendo nada, pero…

—Leí una de las críticas de tu exposición en el periódico, y me pareció que la palabra «estancada» era un poco dura —la interrumpió su madre.

—Pero es la verdad —dijo Jenessa meneando la cabeza—, estoy estancada. Hace mucho que lo sé, pero no logro averiguar cómo arreglarlo. ¡No sé qué hacer!, pero es que me dio la impresión, al verte en ese vídeo… ¡de que nos parecíamos tanto! —exclamó impulsivamente. Leonora sonrió.

—Es verdad. Aunque no sé si eso es bueno o es malo: un temperamento como el nuestro puede ser una bendición o una maldición.

—He visto ese vídeo media docena de veces al menos —le dijo su hija—. Se ve cómo luchas por sacar fuera de ti lo que llevas dentro, cómo tratas de expresarlo… Yo siento que hay una verdad en mi interior que ansía salir a la luz, pero no logro llegar a ella. Me siento perdida. Usando las palabras de Bryce, es como si estuviera

girando sobre mí misma, como una peonza.

—Antes de que se grabara ese vídeo… —le dijo Leonora tras escucharla—, pasé siete meses sin poder bailar, Jenessa. Sentía que no tenía nada que decir. Y no ha sido la única vez que me ha ocurrido. De hecho, pienso que todos los artistas pasan por esos periodos de sequía.

Siguieron hablando largo rato sobre el tema y, en un momento dado, Jenessa le confesó, sorprendida por sus propias palabras:

—¿Sabes?, creo que finalmente lo entiendo. Me parece que todo este tiempo he estado representando en mis pinturas a mi padre. Una y otra vez.

—¿Te refieres a esa especie de amenaza latente que subyace en tus cuadros?

—Exacto. Desde que tuve uso de razón, supe que no le agradaba mi forma de ser, que no era como él quería que fuera. Siempre quiso que fuera distinta, y muchas veces intentó cambiarme, adaptarme a su molde —esbozó una sonrisa triste—. Resistí con todas mis fuerzas, intentando defender mi forma de ver las cosas, pero durante toda mi infancia y mi adolescencia fue una amenaza para el modo en que quería vivir mi vida. y todos estos meses, es lo que he estado pintando…

—Jenessa —le dijo su madre tomándola de la mano Hay algo que debes comprender: al intentar cambiarte, tu padre no estaba haciendo otra cosa más que intentar exorcizarme mi recuerdo de ti.

—Porque lo abandonaste —murmuró la joven. Leonora asintió con la cabeza.

—Y se vengó por ello, prohibiéndome que viniera a veros, y diciéndoos que había muerto.

—Pero lo has perdonado, ¿no es verdad? —inquirió Jenessa.

—Sí, lo he perdonado, pero me ha llevado mucho tiempo. Lo único que me aflige es que descargara su ira sobre ti y que yo no pudiera estar a tu lado para protegerte. Es verdad que huí, Jenessa, pero cuando me fui tenía intención de volver siempre que pudiera para veros. Fue vuestro padre quien me lo impidió: en parte porque estaba dolido conmigo, y en parte por amor.

—Yo en cambio no he podido perdonarlo aún —dijo Jenessa bajando la vista.

—Lo harás cuando sientas que estás preparada para ello. Si yo he podido hacerlo, tú también podrás.

Se hizo un breve silencio.

—Siento haberme mostrado tan distante hasta ahora —dijo la joven.

—Tenías razón para sentirte como te sentías —repuso su madre, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

—Me gustaría que volviéramos a vernos, o mejor, que nos viéramos más a menudo.

—A mí también. Podrías venir a verme a Nueva York —le dijo Leonora, con una sonrisa aún más amplia—. Cuando te canses de mí, siempre te quedarán las galerías de arte.

—No creo que me canse nunca de ti —respondió Jenessa con sinceridad—. Además, tenemos mucho tiempo que recuperar.

Fijaron una fecha, y siguieron charlando casi sin parar durante toda la comida. Jenessa se sentía muy feliz. No podía creer que conectara tan bien con su madre. Era como haber encontrado a una amiga que pudiera comprenderla mejor que nadie y con la que fuera muy fácil hablar de todo. Sin embargo, por desgracia, llegó el momento en que tuvieron que despedirse.

—Nos vemos la semana que viene —le dijo Jenessa cuando salieron fuera.

—Estoy deseándolo —respondió Leonora.

Impulsivamente, Jenessa le dio un abrazo. Cuando se separaron los ojos de ambas se habían humedecido, pero también se habían dibujado sendas sonrisas en sus labios. Se alejaron en direcciones contrarias, y Jenessa caminó contenta hacia la parada del autobús. Casi no oía el ruido de los coches, ni sentía el calor, y las hojas de los árboles le parecían más verdes que nunca.

Esa tarde Bryce estaba en su casa, en Beacon Hill, haciendo la maleta para un viaje de negocios a Osaka; pero no tenía la mente puesta en lo que estaba haciendo, sino en Jenessa. Irritado, se dijo que aquello tenía que acabar. Estaba obsesionado, no dejaba de pensar en ella ni de día ni de noche. No le llevaba a ninguna parte, ya que él sólo quería un romance, mientras que ella esperaba algo más, y no era justo que la empujara a una relación temporal con la que sólo conseguiría hacerle daño.

De pronto, en ese momento, sonó el teléfono. Frunciendo el ceño, Bryce se acercó a la mesilla y descolgó el auricular.

—¿Diga? —respondió con brusquedad.

—¿Bryce?, soy Jenessa.

El corazón le dio un vuelco. Soltó los calcetines que tenía en la mano y se sentó en la cama.—,Te pillo ocupado?

—Estoy haciendo el equipaje porque vuelo a Japón en un par de horas, pero tengo tiempo. ¿De qué se trata?

—Pues… bueno, verás, sobre aquella cinta que me mandaste…

—¿La has visto?

—Tantas veces que debo haberla gastado —se rió ella—. Te llamaba para darte las gracias. El verla me empujó a darle una oportunidad a mi madre. Nos vimos ayer en Boston y charlamos durante casi dos horas. Fue maravilloso, no imaginaba que podríamos llevarnos tan bien. Y tenemos tanto en común…

Había estado en la ciudad, pero no se había puesto en contacto con él, pensó Bryce decepcionado. ¿Por qué iba a haberlo llamado después de cómo se había comportado con ella?, se reprendió irritado.

—Ya veo. ¿Y vais a volver a veros?

—Sí, la semana que viene voy a pasar un par de días con ella. De verdad que no sé cómo agradecértelo. Esto ha significado tanto para mí… —le dijo emocionada—. Bueno, será mejor que te deje —murmuró tras un ligero carraspeo—, te estoy entreteniendo y tienes que…

—¡No!, espera, escucha… —se apresuró a cortarla él, viendo que iba a colgar—, tengo muchas ganas de verte. ¿Por qué no vienes a la ciudad el próximo sábado?

—Sigo siendo virgen, Bryce —lo cortó ella en un tono hostil—, y no estoy enamorada de ti.

—Podría alquilar un bungalow junto a la playa —insistió Bryce —, en Cape Anne… con un solo dormitorio.

—Oh, Bryce… —murmuró ella, como si quisiera decir que sí, pero a la vez creyera que no debía aceptar.

—Lo sé, sé que no hacemos más que discutir, pero…

—No es que discutamos —dijo ella—, sencillamente chocamos. ¿No es ésa la palabra de moda que se usa ahora?

—No creo que haya una palabra que sirva para describir lo que me ocurre cada vez que te veo —respondió Bryce—. Maldita sea, Jenessa, no logro sacarte de mi mente, y no quiero ni entrar a mencionar lo que le pasa al resto de mi cuerpo cuando pienso en ti…

La joven vaciló.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo, Bryce? Me estás pidiendo que me lance de cabeza al vacío, que arriesgue mi corazón en algo que sólo será temporal. ¿Qué arriesgas tú?

—Yo nunca me había sentido tan divido como ahora, Jenessa —le dijo él, queriendo ser honesto—, tan obsesionado, tan fuera de control con una mujer. No comprendo lo que me está ocurriendo, así que, en cierto modo, también es un riesgo para mí.

Jenessa volvió a quedarse callada un instante.

—De acuerdo, iré —claudicó en un tono apenas audible. Bryce

se descubrió sonriendo como un tonto.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo. Te recogeré el sábado a las nueve de la mañana.

—¿Tan temprano?

—Si sólo tenemos el fin de semana, no pienso desperdiciar ni un momento.

—Tienes mi número por si cambias de opinión —murmuró Jenessa, sonrojándose a pesar de todo.

—No lo haré —le dijo él con firmeza—. Hasta el sábado.

Cuando colgó el teléfono, Bryce se sentía tan nervioso como un adolescente en su primera cita ante la idea de pasar el fin de semana con Jenessa. Dulce, hermosa, fascinante Jenessa… Debería añadir un adjetivo, se dijo Bryce con una sonrisa: valiente. Había llamado a su madre, dispuesta a darle una oportunidad, a arriesgarse. No podía negarse que tenía agallas.

El, en cambio, jamás había intentado siquiera averiguar qué había sido de sus padres. Y sabía por qué. A sus treinta y .cinco años seguían atormentándolo los recuerdos de las terribles vivencias que había tenido de niño: gritos, peleas, palizas, la furia de su padre cuando se emborrachaba… Todas estaban enterradas en un oscuro rincón de su mente, como una caja de Pandora que temía abrir. Pero, peor que la violencia y el miedo era el dolor por haber sido abandonado a su suerte por su madre. Él la había querido, y había dado por hecho, como hacen los niños, que ella también lo quería. Pero se había equivocado, había sido un espejismo. Lo había dejado en el centro de acogida, como quien tira una camisa vieja.

CAPITULO 11

EL SÁBADO por la mañana, cuando Bryce aparcó frente a la casa de Jenessa, estaba lloviendo. La lluvia era bastante débil, pero continua, y no parecía que fuera a escampar. Salió del coche y corrió al porche. La puerta principal estaba entreabierta.

—¿Jenessa? —la llamó.

—¡Pasa! Estoy cerrando el gas.

En el suelo, junto a la puerta, había una bolsa de viaje.

—Me parece que hemos elegido un mal fin de semana para ir a la playa —dijo, saliendo de la cocina.

—Seguro que mañana aclarará —respondió él.

Jenessa se había quedado frente a él, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas, como nerviosa. Bryce se acercó, le rodeó la cintura con los brazos y la besó apasionadamente. Cuando al fin la dejó respirar, la joven murmuró contra sus labios:

—Dios, de pronto siento deseos de arrancarte la ropa, y al minuto siguiente de salir huyendo despavorida.

Bryce la tomó por la barbilla, para que lo mirara a los ojos.

—Huir y quedarse bloqueado son dos caras de la misma moneda —le dijo.

—Supongo que tienes razón —suspiró ella—, pero, cuando decidas que quieres que esto termine… quiero que me avises con un mes de antelación.

—¡Jenessa, pero si apenas ha empezado! —exclamó él.— Te juro que no voy a dejarte tirada como un trapo usado. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Lo cierto es que en el fondo no te conozco, o no lo suficiente —repuso ella, jugando con uno de los botones de su camisa. ,Pues ése es el motivo por el que vamos a pasar juntos el fin de semana —le dijo él con suavidad—. Para conocemos mejor.

Jenessa se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Entonces parece un buen comienzo —dijo sonriendo—. Vámonos, tengo ganas de oler el mar.

Cuatro horas más tarde Bryce detenía el coche junto a una casa de madera rodeada por abetos. Había dejado de llover, y de las ramas aún caían gotas de lluvia. Bryce se bajó del vehículo, estirándose, y fue a abrir el maletero para sacar sus cosas.

Jenessa, que había estado muy callada desde que pararon a tomar algo, abrió y entró delante de él, admirando el acogedor interior del bungalow: la chimenea, los grandes ventanales que

miraban al mar… Bryce dejó las maletas en el suelo, corrió las cortinas, se acercó a la joven por detrás, la tomó en volandas y la arrojó sobre la cama sin más preámbulos, lanzándose sobre ella como un animal de presa.

—Te pillé —le dijo entre risas.

—Bryce, yo…

Hay momentos para hablar, Jenessa, y éste no es uno de ellos—. Bésame.-Estás siendo un poco dictatorial, ¿no te parece? _murmuró ella con una sonrisa maliciosa.

Doce años es demasiado tiempo.

Entonces… ¿finalmente haremos el amor? —le pregunta Jenessa.Ese es el plan —murmuró él—. Y ahora, ¿por qué no cierras los ojos y me besas como si el único lugar donde quisieras estar ahora es aquí, en la cama, conmigo?

La joven se echó a reír suavemente.

—Pero es que lo es. Oh, Bryce, lo es… —murmuró entre beso y beso.

La fricción de sus senos contra su tórax estaba volviendo loco a Bryce, igual que el olor dulzón de su perfume y el sabor de sus labios. Al instante notó que la tela del pantalón se le ponía tirante en la ingle y se puso a gatas, queriendo que aquello no presionara a Jenessa, para que fuera ella quien diera el primer paso, por voluntad propia y sin temor. La joven le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Esta vez dejarás que ocurra? —le preguntó sin aliento—. ¿Hasta el final?

—Hasta el final —prometió él.

Jenessa suspiró y lo agarró por la cabeza, haciéndolo descender muy despacio, trazando el contorno de su boca con la lengua hasta que Bryce tuvo la sensación de que iba a explotar. Sólo entonces lo atrajo ella hacia sí, tirando sensualmente de sus labios con los suyos, y para cuando finalmente lo besó, de un modo íntimo y apasionado, a Bryce la cabeza le daba vueltas.

Dejó que su lengua se enredara con la de ella en una danza frenética, y se apartó un poco de ella cuando la joven empezó a mover las caderas en círculos debajo de él.

—Jenessa, me estás volviendo loco —jadeó.

—Tenemos demasiada ropa encima… —susurró ella.

Apoyándose en un codo, Bryce le sacó la camiseta y le quitó el sostén. Se quedó admirando un instante la belleza de sus senos, y acto seguido le desabrochó los pantalones y se los quitó para, por último, deshacerse de las braguitas. Jenessa se quedó muy quieta,

con las mejillas rojas como amapolas, mientras los ojos grises de Bryce la recorrían de arriba abajo.

—Eres el único hombre que me ha visto así —murmuró.

—Y yo me siento como si fueras la primera y única mujer con la que he estado —respondió él, quitándose la camisa y bajándose la cremallera del pantalón. Se lo sacó también, y apenas se hubo desprendido de los calzoncillos, la joven estaba acariciándole ya el pecho, jugueteando con sus pezones, introduciendo los dedos por entre el abundante vello. Bryce rodó hacia el lado, permitiendo que ella se colocara encima, y cerró los ojos, queriendo grabar cada sensación en su mente.

Jenessa apretó su boca contra el esternón, y fue bajando hasta el ombligo, y aún más abajo, hasta alcanzar la prueba de su deseo por ella. Bryce dejó escapar un gemido ahogado de placer y, arqueándose hacia ella, enredó sus dedos en sus sedosos cabellos, permitiéndole a la joven tomarse las libertades que quisiera con su cuerpo, y acarició también los delgados hombros y la curva de la espalda, preguntándose cómo podría jamás satisfacer su sed de ella.

Cuando supo con certeza que no podría seguir soportando sus besos y caricias, la levantó, besándola hasta quedarse sin aliento. Uno por uno, encontró todos sus puntos sensibles: los senos, la ligera concavidad del vientre, los cálidos y húmedos pliegues entre sus muslos… esperando estar dándole al menos el mismo placer que ella le había dado a él, explorándola con los labios, la lengua y los dedos, controlando su propia pasión para alimentar la de ella. Su recompensa llegó pronto, cuando la vio retorcerse debajo de él, gimiendo, rogándole que siguiera, con la respiración entrecortada.

Sólo cuando estuvo completamente seguro de que estaba preparada, extendió el brazo para alcanzar el preservativo que había dejado sobre la mesilla derecha junto a la cama. Se posicionó para penetrarla, de nuevo obligándose a controlarse para hacerle el menor daño posible, pero alcanzó la barrera, y supo que no había más remedio. Observó cómo se contraían sus facciones por el dolor y se apartó un poco, pero Jenessa empujó sus caderas hacía las de él, y con voz temblorosa le dijo:

—Hazlo, Bryce… hazlo…

El grito de la joven se le clavó como una daga en el corazón, pero cuando se sintió abrazado por la cálida oscuridad de su cuerpo, fue como si el mundo hubiese dejado de girar. Bryce se movió suavemente dentro de ella, mirándola a los ojos, y pudo ver en ellos cómo el asombro y el placer eclipsaban el miedo, y escuchó de nuevo su nombre de labios de ella, una y otra vez, como una

dulce letanía.

Bryce se sintió extrañamente humilde en aquel momento.

—Qué regalo tan hermoso me has hecho, Jenessa… —murmuró con voz ronca.

—No… has sido tú… tú me estás dando a mí misma.

Una ola de ternura invadió a Bryce, llenándolo con una sensación tan misteriosa como el océano. No trató de disimular su reacción, porque ni siquiera estaba seguro de poder hacerlo. La ternura era un sentimiento nuevo para él, tan nuevo como lo era para ella.

Jenessa empujó las caderas contra las suyas, acompasándose al ritmo que él marcaba, y ascendieron en una espiral de placer, alcanzando la cima juntos. El grito de Bryce se entremezcló con el de Jenessa, convulsionándose ambos con los coletazos del clímax, y se derrumbó sobre ella. Podía sentir contra su pecho los rápidos latidos del corazón de la joven. La abrazó con fuerza, y cuando el tumulto del orgasmo fue disipándose, levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Quería haber sido más dulce contigo, pero al final no podía soportar más…

—Ha sido maravilloso —replicó ella, con una sonrisa tan radiante que Bryce sintió que la garganta se le ponía tirante—. No te imaginas lo feliz que me siento de haber esperado todo este tiempo.

¿Qué podía responder él a algo así?

—Y yo me siento muy honrado de que me hayas permitido ser el primero —balbució él.

Ternura, humildad, honor… ¿Qué le estaba pasando?

Se ducharon juntos, lo cual les llevó media hora larga, y tras vestirse fueron a almorzar a un pequeño restaurante junto a la playa. Mientras comían, Jenessa le habló de los dos días que había pasado con su madre en Nueva York: cómo habían ido juntas a varias galerías de arte y a la escuela donde Leonora daba clases de ballet, cómo habían charlado y charlado, comenzando a recuperar los años que habían estado separadas, y cómo se habían despedido emocionadas y con ganas de verse pronto.

—Nunca podré agradecértelo lo bastante —le dijo la joven—. Si no me hubieses mandado aquella cinta, aún seguiríamos siendo unas extrañas la una para la otra.

El sacudió la cabeza.

—Tú habrías hecho algo al respecto más tarde o más temprano.

—Bryce, ¿por qué te cuesta tanto aceptar un simple

agradecimiento?

«Porque, viniendo de ti, supone un paso más hacia una intimidad que temo que acabe atrapándome».

—De nada, entonces —le dijo forzando una sonrisa y acariciándole la mano—. ¿Satisfecha?

Pasaron un par de horas en la playa, paseando descalzos por la arena húmeda, y luego subieron en coche al pueblo, para comprar algunos comestibles; más tarde, previsiblemente, acabaron dejando los preparativos de la cena a medias para hacer de nuevo el amor. También en medio de la noche volvieron a rendirse a la pasión, y a la mañana siguiente se levantaron bastante tarde.

Jenessa se quedó dormida en su regazo, sentados los dos en el columpio del porche, mientras Bryce observaba el mar a lo lejos, sumido en sus pensamientos. Si de lo que se trataba era, como le había dicho, de conocerla mejor, desde luego lo estaba consiguiendo, pensó. Nunca había dudado de su tesón y su arrojo, pero esa disposición sin reservas a confiar en él era algo que jamás hubiera imaginado.

El no podría entregarse de ese modo. Precisamente por la experiencia por la que había pasado durante su infancia, se había jurado que no se casaría y que tampoco tendría hijos. Además, los compromisos de cualquier tipo lo hacían sentirse atrapado, enjaulado… vulnerable, y era una sensación que lo incomodaba.

Cuando Jenessa se despertó y sugirió que fueran a dar un paseo por la playa se sintió aliviado de poder dejar apartados sus desasosegante pensamientos. Cuando regresaron al bungalow, tras un almuerzo ligero, Jenessa sacó una cajita de acuarelas y un cuaderno de dibujo que había llevado consigo, y mientras Bryce leía un periódico que había comprado en el pueblo, estuvo pintando. Tres cuartos de hora más tarde, levantó la cabeza y le preguntó a Bryce tímidamente:

—¿Quieres verlo?

Bryce se puso de pie y se acercó. Jenessa había pintado la playa y el mar, la arena fundiéndose con la espuma de las olas y las aguas diluyéndose en la bruma. No había ninguna línea abrupta, cada elemento se mezclaba perfectamente con los demás.

—Así es como me siento cuando hacemos el amor —murmuró Bryce.

Jenessa se volvió hacia él sonriente.

—Yo también.

—¿Me darías esa pintura, Jenessa? Ella lo miró con ojos brillantes. —Esperaba que me lo pidieras. Bryce la besó con ternura.

—Dentro de un par de horas tendremos que regresar —le dijo—. Ven a la cama conmigo antes de que nos vayamos.

—También estaba esperando que me pidieras eso —murmuró ella, besándolo también.

Hicieron el amor de un modo salvaje y apasionado, como si ansiaran dejar su impronta en el otro. Después, exhaustos, yacieron juntos en silencio, escuchando las olas.

—Voy a estar fuera toda esta semana —le dijo Bryce de pronto —, en Texas y luego en Maryland. ¿Podría ir a tu casa el viernes por la noche, a mi regreso?

Jenessa sabía que tras su petición subyacía la necesidad de hacerle el amor en su cama, en su propio territorio.

—¿Tendré que esperar tanto tiempo? —le dijo pestañeando con coquetería.

—Hmm… Bueno, ¿qué tal si me quedo en tu casa todo el fin de semana, y te llamo mientras esté fuera tan a menudo como pueda?

Jenessa sonrió ampliamente.

—Eso ya me parece mejor —le dijo—. Sé que no tengo con quién compararte, pero eres el mejor Amante que podría haber soñado —le confesó sonrojándose.

Bryce sonrió y la besó con dulzura.

—Y tú eres más de lo que pudiera haber imaginado.

«Y no te merezco», añadió para sí. Aquella semana se le iba a hacer eterna.

CAPITULO 12

EL LUNES por la mañana Jenessa se enfrentó de nuevo a un lienzo en blanco. Su mente también lo estaba. Ninguno de los bocetos que había hecho parecía aproximarse a las emociones que borboteaban en su interior. La madre a la que nunca había conocido y el amante que nunca había tenido… aquellos huecos en su psique habían sido llenados por el cálido espíritu de Leonora y la pasión de Bryce. Bryce… Cuando cerraba los ojos podía sentir la fuerza de sus brazos rodeándola, y escuchar su voz aterciopelada igual que si estuviera a su lado. Pero no estaba, estaba camino de Texas.

Y allí estaba ella, ante un lienzo que ansiaba llenar de color, formas y texturas que transmitieran los cambios en su vida durante los últimos días, sin conseguir nada. «Concéntrate, Jenessa».

Lo intentó una vez más, con pinceladas de rojo cadmio, azul cobalto, amarillo cromo… pero todo era inútil. Tal vez estaba imponiéndose a sí misma demasiada presión, se dijo. Puso la radio y comenzó a bailar por la habitación, riéndose ante sus torpes movimientos, que en nada se parecían a la gracia de su madre, y probó de nuevo, añadiendo aquí y allá, matizando colores… Un par de horas después se alejó y estudió el resultado. Se había acercado un poco a lo que estaba buscando, pero el conjunto era una maraña confusa. Estaba exhausta, se notaba agarrotados los músculos de la espalda y tenía hambre. Miró su reloj de pulsera: ¡¿las cuatro y media?! No se había dado cuenta de cómo había pasado el tiempo.

Mientras se preparaba algo de comer, su mente volvió a conjurar a Bryce. Se había entregado a él, y con su cuerpo, le había dado también un pedazo de su alma. Temía que llegara el día en que la dejara. Tal vez no fuera la semana siguiente, ni la próxima, pero sabía que en algún punto se alejaría de ella, y que se sentiría más sola de lo que se había sentido nunca. Antes, cuando lo único que había conocido era el distanciamiento de las personas más importantes en su vida, no le habría dolido tanto, pero el pensar que, tras haber tocado el cielo, estaba destinada a perderlo sin remedio… no estaba segura de poder soportarlo. En aquel momento se preguntó si lo que estaba tratando de plasmar en el lienzo que acababa de empezar sería pasión o terror. Con un gemido de frustración, Jenessa escurrió los macarrones que había preparado, cortó y aderezó un cogollo de lechuga, y comió en el jardín, sintiéndose un poco mejor.

Aquella tarde la pasó cuidando de los niños de sus amigos Susan

y David, que vivían al final de la calle. Tener que ocuparse de aquellos tres diablillos de cuatro, seis y siete años logró mantener su mente apartada del temor a la pérdida y de su crisis creativa.

Cuando llegó a casa, tenía un mensaje de Bryce en el contestador: «Si vuelves antes de medianoche, llámame». Y a continuación le decía el número del hotel y de su habitación.

Eran las once menos veinte. Jenessa, que había garabateado el número a toda prisa en el primer trozo de papel que encontró, lo marcó y esperó ansiosa. Le contestó el recepcionista, y Jenessa le dio el número de habitación. Momentos después le respondía la voz de Bryce:

—¿Sí?

—Bryce, soy yo.

—Dios, estaba deseando volver a oír tu voz —murmuró él. Por el tono de su voz la joven pudo notar que estaba esbozando una sonrisa.

—Y yo la tuya —suspiró ella—. Ojalá estuvieras ya aquí.

—Ya falta muy poco —dijo Bryce—. Al final tomo un vuelo a media tarde el viernes. Podrías hacer una reserva en algún sitio para cenar.

—Ya lo he hecho.

—¿Ponen buena comida? —inquirió él algo escéptico.

—La mejor… La cocinera es rubia y tiene los ojos azules —dijo ella, sonriendo divertida.

Bryce se rió.

—Pero es que no quería que te molestaras en preparar nada. Se supone que deberías estar pintando.

—No me hables de pintar —farfulló ella, torciendo el gesto—. ¿Qué tal te han ido a ti tus reuniones?

Siguieron hablando durante al menos media hora, de todo y nada, pero finalmente tuvieron que despedirse.

—Es tarde, y mañana los dos tenemos que trabajar —lo dijo Bryce—. Además, quiero que estés descansada para cuando llegue el fin de semana —añadió en un tono sugerente.

Jenessa se sonrojó y sonrió como una tonta.

—Bueno. Voy a acabar esta conversación del mismo modo que la empecé: ojalá estuvieras ya aquí —le dijo con ternura.

—Estos días se te pasarán volando, ya lo verás.

Bryce la llamó de nuevo el miércoles, cuando acababa de volver del centro de acogida de mujeres, pero su llamada sólo la puso más ansiosa por verlo de nuevo. El jueves por la tarde fue a nadar a la piscina municipal, y por la noche telefoneó a su madre. Había

pasado bastante tiempo los últimos días trabajando en el estudio, pero aún no conseguía obtener resultados. El consejo de su madre, tal como imaginaba, fue que perseverase y que, cuando se sintiera derrotada, inspirase profundamente y lo volviese a intentar.

—Supongo que no hay un truco mágico, ¿eh? —murmuró la joven con una media sonrisa.

—Jenessa, ¿puedo preguntarte algo? —le dijo Leonora de pronto —. ¿Le diste las gracias a Bryce por la cinta?

—Sí, claro.

—Bien, porque creo que también deberías perseverar en esa relación —le dijo su madre—. Nunca te sentirás satisfecha al lado de alguien dócil y complaciente. Una persona con tu carácter necesita a un hombre como Bryce. Mi error, hace años, fue confundir el dinamismo de tu padre con una profundidad de la carecía.

—Y piensas que Bryce tiene ambas cosas… ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí, es un hombre con una gran profundidad, aunque parte de él también se haya envuelta en una oscuridad de la que creo que sólo tú puedes sacarlo.

Jenessa no estaba tan segura.

—Vaya, es tardísimo —murmuró Leonora al otro lado de la línea —. Debo dejarte, cariño, pero te llamaré muy pronto, te lo prometo.

Tras colgar, la joven entró en el estudio y alineó cuatro lienzos contra la pared, estudiándolos críticamente. Demasiado color, se dijo entornando los ojos. Tendría que probar algo en unos tonos más oscuros. Quizá eso la llevaría donde quería llegar.

A la mañana siguiente, apenas se hubo duchado y desayunado, se metió en el estudio y se pasó allí toda

la mañana, pintando como una posesa. Añadió negro ébano y negro azulado en unos remolinos que se mezclaban con pinceladas de blanco, y un rojo escarlata como la sangre. Abruptamente, Jenessa soltó el pincel y la paleta, y se alejó para mirar el cuadro. Blanco, negro y rojo. Aquella composición tampoco transmitía lo que quería expresar, se dijo desesperada. ¿Cómo se suponía que iba a titularlo? ¿«Esfuerzo por plasmar emociones que aún no comprendo»? ¿O, más sucintamente, «Trabajo en proceso»?

No debía ser tan pesimista. Mirándolo con más detenimiento, se dijo que sí parecía haber avanzado hacia aquello que estaba buscando y aún no había concretado. Tal vez fuera un paso muy pequeño, pero era un paso de todos modos. Dejando el lienzo en el caballete y sintiéndose cansada y extrañamente vulnerable, salió al

jardín. Arreglar los parterres la relajaría. Las remolachas que Bryce había estado a punto de echar a perder estaban ya grandes y hermosas. Bryce… Sólo faltaban unas horas para que estuviera allí, junto a ella, donde estaba su lugar. Su mano se detuvo en el aire, con una hierba silvestre que acababa de arrancar. No, no le pertenecía. Era sólo algo temporal. Tenía que recordarlo porque, como le había dicho su madre, era un hombre envuelto en la oscuridad, con muchos secretos que no parecía dispuesto a compartir con ella.

Hacia las siete de la tarde Jenessa estaba ya hecha un manojo de nervios. ¿Qué ocurriría si descubrían que la chispa entre ellos se había apagado? ¿Y si su inexperiencia ya no lo atraía? Ella no era una mujer sofisticada, sino una artista luchando por sacar lo que llevaba en su interior, una artista que se había retirado al campo en busca de sí misma.

Mordiéndose el labio inferior dio los últimos retoques a la mesa que había preparado en el porche trasero, que, al atardecer, se veía inundado por una agradable brisa que traía los aromas de las flores y las plantas aromáticas de su jardín. La salsa para la pasta había salido perfecta, la ensalada estaba hecha enteramente con productos de su huerta, y la mousse de chocolate que había hecho de postre le había quedado suave y ligera.

Justo en ese momento escuchó el crujido de la grava de su casa bajo el peso de unos neumáticos, y corrió a la entrada. Al abrir la puerta casi se dio de bruces con Bryce, que se había bajado del coche y había subido los-escalones de dos en dos, con la maleta en una mano y un ramo de rosas de un color entre rosa y anaranjado en la otra.

—Cada vez que te veo estás más hermosa —le dijo.

Las preocupaciones de Jenessa se desvanecieron como si nunca hubieran tenido razón de ser.

—Son preciosas, Bryce —murmuró emocionada.

—Bueno, sé que tu jardín está lleno de flores, pero me recordaron al color de tus mejillas después de que hiciéramos el amor.

Pasaron dentro, y Bryce dejó la maleta en el suelo del salón, la chaqueta y las rosas en la silla que tenía más cerca; luego tomó a Jenessa en sus brazos, besándola como si no se hubieran visto desde hacía años.

—Necesito darme una ducha y un afeitado —le dijo Bryce, despegando sus labios de los de ella de mala gana—. No podía esperar para verte y me he venido directamente desde el

aeropuerto. Y un vaso de vino tampoco me vendría mal —añadió con una sonrisa lobuna.

—Lo que tú me pidas —respondió ella sonriendo también.

Bryce la besó sensualmente en el cuello.

_Mmm… hueles maravillosamente. ¿Crees que hay tiempo para que me enseñes cómo de grande es tu cama antes de cenar?

—Tenemos todo el fin de semana —se rió ella—. El baño está al final del pasillo, al lado del dormitorio. Te daré unas toallas y después te traeré esa copa de vino.

Bryce se quitó la corbata, arrojándola encima de la chaqueta.

—Al menos podrías besarme antes una vez más —murmuró.

—Si vuelvo a besarte dudo de que sea incapaz de encontrar el baño, y mucho menos las toallas.

—Creo que correremos ese riesgo —farfulló Bryce, tomando de nuevo sus labios.

Cuando se separaron, a la joven le temblaban las rodillas.

—¿Quién necesita vino, teniéndote a ti? —murmuró Bryce con una sonrisa pícara, yendo a sacar de la maleta su bolsa de aseo.

Jenessa le dio las toallas y, mientras él se duchaba, metió las flores en un jarrón tarareando. A continuación fue a la cocina, sirvió vino en dos copas y las llevó a su habitación, junto con la chaqueta y la corbata de Bryce, que se puso después de quitarse toda la ropa, y añadió, como último toque, una de las rosas detrás de la oreja, colocándose en la cama en una postura muy sensual.

Al cabo de un rato Bryce salió del cuarto de baño, con una toalla rodeándole la cintura, y se rió suavemente al verla.

—Esa chaqueta te queda mucho mejor que a mí —le dijo—. Y me gusta el detalle de la rosa.

—Me alegro.

—Pero me gustarías mucho más si te soltaras el cabello.

Jenessa se incorporó, quedándose sentada de rodillas en la cama, se quitó la chaqueta, y retiró de su pelo dorado las horquillas con que lo había recogido. Sus senos rebotaron ligeramente con sus movimientos, y a la suave luz del atardecer su blanca piel parecía de marfil e igual de suave. Sacudiendo sus cabellos, lanzó a Bryce una mirada salvaje y le dijo en un tono sensual:

—Ven aquí…

Bryce se lanzó sobre ella como un águila sobre un corderillo, pero Jenessa respondió a su ardor con vehemencia: beso por beso, caricia por caricia… El clímax que alcanzaron fue explosivo, y los dejó a los dos casi sin aliento.

—Dios mío, Jenessa, ¿qué es lo que me das? —jadeó él.

La joven apenas podía hablar o pensar.

—Menos mal que dejé preparada la cena antes de que vinieras —murmuró—, porque no estoy segura de poder levantarme y mantenerme en pie.

Bryce tomó una de las copas de vino que Jenessa había dejado sobre la mesilla y se la dio, tomando él la otra.

—Por los fines de semana —brindó levantándola. —Por nosotros —respondió ella con una sonrisa. —Por la mujer más hermosa del mundo —dijo Bryce. —Por el hombre más sexy. Bryce se quedó callado de pronto.

—Esto no es sólo sexo, Jenessa… lo nuestro, quiero decir.

La joven lo miró sorprendida. Era lo último que hubiera esperado oír de sus labios.

—No, por supuesto que no —murmuró. —Pero no me preguntes qué es —dijo él.

De nuevo habían llegado al punto muerto de siempre. Bryce se daba cuenta de que lo que había surgido entre ellos era algo muy fuerte, no casual, pero no quería profundizar.

—Creo que será mejor que comamos, me muero de hambre —le dijo bajándose de la cama. No quería empezar una discusión, no cuando llevaba toda una semana esperando para volver a verlo.

Fue una cena realmente perfecta. Comieron a la luz de las velas, con el sonido de las cigarras y un búho ululando en la distancia como fondo de una conversación relajada.

Cuando se llevaron los platos a la cocina y estaban enjuagándolos, Bryce empezó a salpicarla con el agua, y de pronto, sin saber cómo, estaban haciendo el amor contra la puerta del frigorífico.

—Me alegro tanto de que estés aquí al fin, Bryce… —murmuró Jenessa al cabo, cuando hubieron recobrado el aliento, su frente apoyada en el hombro de él—. Te he echado tanto de menos… Toda la semana me he sentido como si me hubieran encerrado en una habitación sin papel ni lápices. Era como si me faltara una parte de mí.

Bryce se apartó abruptamente de ella, desconcertándola.

—Tal vez deberíamos irnos a la cama —le dijo con una voz extraña—, y esta vez para dormir. Ha sido un día muy largo.

—¿He dicho algo que no debiera?

—Diablos, Jenessa, ¡no lo sé! No lo sé… Por favor, no me preguntes más, no quiero pensar en eso. Por favor, vámonos a la cama. Es tarde.

—No pienso ocultar mis sentimientos, Bryce, son parte de mí.

—No te estoy pidiendo que lo hagas —repuso él, sintiéndose como un canalla—. Es sólo que… Bueno, creo que deberíamos tener cuidado de no implicarnos demasiado.

Jenessa lo miró dolida. ¿Cómo se suponía que podía uno controlar su corazón, poner freno a los sentimientos? Deseando no haber abierto la boca, metió el último plato en el agua jabonosa y se fue al cuarto de baño. Cuando salió, Bryce ya estaba en la cama. Jenessa se puso el pijama y se metió bajo las sábanas con él. Sorprendiéndola de nuevo, la atrajo hacia sí, abrazándola, y la besó con ternura en la frente.

—Esto es nuevo para mí, Jenessa, así que, por favor, sé paciente conmigo.

Jenessa asintió con la cabeza y se acurrucó contra él. A los cinco minutos se había dormido.

CAPITULO 13

RYCE se despertó en medio de la noche, hacia las tres de la madrugada. Se quedó quieto, escuchando la suave respiración de Jenessa, acurrucada de espaldas contra él. Se sentía en forma como para hacerle el amor en ese momento… sería la tercera vez en menos de doce horas. ¿Alguna vez lograría satisfacer aquella ansia de ella?

Se apartó de ella con cuidado de no despertarla y se quedó sentado en la cama, observando cómo la luz de la luna se filtraba por entre las cortinas. Tal vez había cometido un error al embarcarse en ese romance con Jenessa. No era como las mujeres que había conocido, mujeres que habían salido de su vida con la misma rapidez con que habían entrado. No, Jenessa era vulnerable, y capaz de albergar unos sentimientos tan profundos que, cuando aquello tocase a su fin, se sentiría como si estuviera arrancándole las alas a una mariposa.

Desistiendo de volver a dormirse, se deslizó fuera de la cama y, siguiendo un impulso que no comprendía, se dirigió al estudio. Al accionar el interruptor, parpadeando para acostumbrarse al cambio de la oscuridad a la luz, vio cuatro pinturas abstractas alineadas junto a la pared, llenas de color, y- al girar el rostro se encontró con la obra en la que la joven había estado trabajando esa misma mañana. El corazón le dio un vuelco. Sintiendo un frío repentino, se abrazó, quedándose inmóvil durante varios minutos ante el cuadro.

¿Cómo era posible que unas pinceladas sobre un lienzo pudieran afectarlo de ese modo? Era como si las sombras en remolino que Jenessa había pintado capturaran el terror que había sufrido de niño al vivir con un hombre violento que podía explotar en cualquier momento y sin razón alguna. Las franjas rojas… rojo sangre… Bryce contrajo el rostro, recordando los moratones en el rostro de su madre, el labio inferior partido, sangrando… Y los pálidos trazos de blanco eran ella, su madre, que había tenido una sonrisa dispuesta para él en los momentos más oscuros, aunque a la vez también le recordaba al espectro, la sombra de sí misma en que su padre la había convertido.

Los fantasmas de su pasado, conjurados por la mujer junto a la que había yacido, pensó estremeciéndose. Coincidencia o no, ¿cómo podía Jenessa saber tanto de él? Era como si los secretos que había estado guardando tanto tiempo se hubieran escapado por alguna rendija que no hubiera advertido.

De pronto, un leve ruido a sus espaldas lo hizo girarse con el corazón desbocado. Jenessa estaba de pie en el quicio de la puerta abierta, los ojos guiñados por la luz y el cabello revuelto.

—Me desperté y no estabas en la cama —murmuró.

Bryce se quedó mirándola en silencio, con los puños apretados a los lados. De todas las emociones que borboteaban en su interior la que predominó en ese momento fue la ira, y tal vez aquello fue lo que lo empujó a tomar una decisión que probablemente de otro modo no habría tomado. Tenía que contárselo todo, aunque supusiera derrumbar las defensas que tanto tiempo le había llevado levantar en tomo a su corazón. Con las palabras saliendo de su garganta como un torrente, le gruñó:

—Nunca te he dicho un maldito detalle de mi infancia… ¿Qué eres, una bruja?

Jenessa frunció el entrecejo, mirándolo perpleja.

—¿Qué… a qué te refieres?

—¡Este condenado cuadro! —exclamó él fuera de sí. La mirada de la joven pasó de él al lienzo y de nuevo a él, sin comprender aún —. Está todo ahí: el miedo, las palizas, los gritos, los insultos… Incluso el hecho de que ella se quedara junto a ese bastardo, día tras día, mes tras mes.

—Bryce, ¿de quién estás hablando?

—De mi padre, ¿de quién si no?

De repente le dio la espalda a la pintura: no podía seguir soportando verla.

—Mi padre —repitió avanzando hacia ella—, Fletcher Laribee, es una de las razones por las que nunca me casaré y por la que tampoco tendré hijos.

Jenessa no se movió de donde estaba. Aunque parecía calmada, Bryce advirtió que estaba pálida como una hoja de papel.

—¿Qué fue lo que te hizo, Bryce? —le preguntó—. ¿Y qué le ocurrió a tu madre?

—Me abandonó, me dejó en un centro de acogida y no regresó. Supongo que debió de olvidarse de que tenía un hijo —mascullló, dejando escapar una risa amarga que se clavó en el corazón de Jenessa—. Ella es la otra razón por la que huyo de los compromisos. Creía que me quería, como yo la quería a ella, pero me dejó en aquel lugar y se marchó.

—De modo que tú decidiste que no volverías a amar a ninguna otra persona… —murmuró ella con voz queda.

—Cuando fueron a buscar a mi padre él también había desaparecido, sin dejar rastro. ¿Quién sabe?, tal vez ella se fue con

él, debió de pensar que les iría mejor sin mí.

Jenessa extendió el brazo y trató de acercarse a él, pero Bryce dio un paso atrás.

—¿De dónde ha salido todo lo que has pintado en ese cuadro? ¿Cómo diablos has podido saber esas cosas de mí? ¿Acaso he estado hablando en sueños cuando dormíamos juntos?

—¡No! No estaba pintándote a ti, Bryce, simplemente surgió así…

—Es como si me conocieras mejor que yo a mí mismo —masculló él con aspereza.

Y la odiaba por ella, pensó Jenessa, estremeciéndose por dentro. Deseando no haber dejado el lienzo a la vista, le preguntó:

—¿Tu padre… era un hombre violento?

—¿Violento? —repitió él con sarcasmo—. No, sólo pegaba a mi madre hasta que no podía levantarse. Probablemente también la forzaba, pero yo era demasiado pequeño entonces para darme cuenta.

—¿También te pegaba a ti? —le preguntó la joven, tragando saliva.

—Lo justo para que no me atreviese a desobedecerlo. Sólo tenía cuatro años cuando me abandonaron. Demasiado pequeño para defender a mi madre, pero lo suficientemente mayor como para vivir en un terror constante. Sobrio no era demasiado malo, pero cuando bebía tenía un genio de mil demonios. Por eso jamás me verás bebiendo más de dos cervezas.

—Tienes miedo de convertirte en alguien como él… —balbució Jenessa, empezando a comprender.

—¿Cómo no voy a tenerlo cuando… cuando llevo sus genes, cuando me crió? Antes de permitir que un hijo mío tenga que pasar por lo que yo pasé, prefiero no tener ninguno.

—Pero, Bryce, yo nunca he visto un trazo de violencia en ti… ¡Ni una sola vez!

Pero, una vez había comenzado a sacar fuera lo que tanto tiempo se había guardado, no parecía poder parar.

—Aproximadamente al mes de que cumpliera los cuatro años, mi padre se puso de alcohol hasta los ojos. Entró en el sucio apartamento donde vivíamos, estrellando contra el suelo todo lo que encontraba a su paso, y fue derecho hacia mi madre. Yo agarré un camión de juguete que tenía, era de hojalata, estaba enmohecido y tenía los bordes afilados. Lo golpeé en la pierna con él con toda la fuerza de la que fui capaz. Chilló como un cerdo, pero, en cuanto me atisbó, me pegó tal bofetada que salí literalmente volando por la

habitación. Debí de golpearme la cabeza con algo, porque perdí el conocimiento y, cuando volví en mí, mi madre estaba tendida en el suelo, sangrando, y él se había ido… Unas horas después, mi madre me llevó al centro de acogida.

—¿Y la policía?, ¿nadie llamó a la policía?

—En los suburbios la gente no tiene mucha costumbre de llamar a la policía —respondió él con cinismo—. Y, aunque los hubieran llamado, aquello simplemente se habría registrado en un formulario como un «Incidente doméstico». En esos barrios hay broncas y disturbios a diario.

—De modo que te quedaste solo, sin nadie a quien poder recurrir…

—No quiero tu compasión, Jenessa —le dijo él en un tono áspero—. No tenía ninguna intención de contarte esto, lo sabes tan bien como yo, pero, cuando vi ese cuadro, todos mis recuerdos… Es igual, ahora ya sabes por qué la idea del matrimonio me produce tanto rechazo.

—Pero, Bryce, no tiene por qué ser como tú piensas: los hijos de maltratadores no se convierten necesariamente en maltratadores —repuso ella con vehemencia Los psicólogos dicen que…

—Lo llevo en la sangre, maldita sea —masculló él obstinadamente—. Ese puñado de académicos que se pasan el día escribiendo artículos no tienen ni idea de lo que hablan.

—Entonces eres tú el que estás anquilosado, anquilosado en un pasado que ya no puede alcanzarte ni hacerte daño —le espetó Jenessa.

No había pretendido ser tan dura, pero tenía que lograr que reaccionara. Tal vez fuera la única oportunidad que tuviera de hacerlo salir de su caparazón. Sin arredrarse, mantuvo la barbilla bien alta, esperando su respuesta.

Bryce seguía teniendo los puños apretados junto a los costados y una mirada de acero en sus ojos grises.

—¿No te da miedo estar sola en la casa conmigo, Jenessa?

—No, no me da ningún miedo.

—¿Y si ahora fuera a la cocina y me tomara entera la botella de vino que tienes en el aparador, y todas las demás que tengas? ¿Seguirías sin estar preocupada?

—No sé qué haría, porque para empezar sé que no te beberías ni la primera botella.

—¿Tan segura estás?

—Fui yo quien pinté el cuadro —le recordó la joven. —Sí, y eso hace que volvamos al punto de partida de esta conversación —

masculló él en un tono desagradable. —Bryce, por favor, dejémoslo. Vas a enfriarte, estás descalzo. Anda, volvamos a la cama.

Las facciones de Bryce se habían endurecido, y Jenessa tuvo la impresión de que sus cuerpos se repelían. —Yo no tengo sueño, ve tú a la cama —le dijo. —No me marcharé sin ti.

—Entonces ésta será una noche muy larga.

Por un instante, Jenessa vaciló. ¿Quién era ella para intentar traspasar las barreras de toda una vida, de una experiencia tan traumática?

—Bryce, por favor, tienes que creer lo que te he dicho: el cuadro no tiene nada que ver con tu pasado, pero, aún así, no lo mostraré, ni lo venderé. Te doy mi palabra. No lo haré… porque no está terminado.

—¡¿Qué?! —exclamó Bryce fuera de sí—. ¿Qué diablos quieres decir?

—Es un trabajo en proceso —le respondió ella—, y eso es exactamente lo que somos nosotros, tú y yo.

—Sólo estamos teniendo un romance —le recordó él con puro veneno en la voz—, ¡eso es todo!

Jenessa estaba empezando a detestar aquella palabra.

—Eso es lo que tú quieres creer, pero no es verdad: estamos tan implicados que nos estamos cambiando el uno al otro.

—Habla por ti —le espetó él. Jenessa sacudió la cabeza impotente.

—¿Por qué nunca has intentado averiguar qué fue de ellos, de tu madre al menos?

—¿Para qué iba a querer hacerlo?

—Por la misma razón por la que me mandaste esa cinta de vídeo de mi madre… para enfrentarte a un pasado que te retiene prisionero.

—Has estado leyendo demasiada de esa psicología barata de las revistas femeninas —se burló él, aunque una parte de sí le decía que estaba siendo injusto con ella.

—Gracias a ti estoy logrando recuperar a la madre a la que nunca conocí —le dijo Jenessa con firmeza—. Tal vez te haya llegado el momento a ti. Sabes el nombre de tu madre, la fecha en la que te dejó en aquel centro de acogida… Convierte ese recuerdo en una persona real… si te atreves.

Bryce dio un paso hacia ella.

—Cuidado con lo que dices.

Jenessa no se dejó amilanar.

—No te tengo miedo, ¿no te das cuenta? Sé que serías incapaz de ponerme la mano encima.

—Eres demasiado confiada.

—A veces hay que arriesgarse —respondió ella—. Tú me lo enseñaste.

Bryce sintió como si una puño estuviese atenazándole el corazón. Había llegado el momento de elegir: seguir con ella o abandonarla. Sabía que eso era lo que le estaba diciendo Jenessa.

—Tienes agallas, debo admitirlo —le dijo con voz ronca.

—Si me arriesgo es porque creo que esto vale la pena, Bryce, que merece la pena que luche por ti.

¿Qué podía decir él a eso? Quería ir junto a ella y abrazarla hasta dejarla sin aliento, pero el temor a enfrentarse a sus miedos pudo más.

—No sabes de lo que hablas —le dijo.

Jenessa se quedó callada un buen rato.

—Deja que te cuente algo, Bryce, algo que no le contado jamás a nadie —murmuró—. Sé que no puede compararse por lo que tú pasaste, pero es la razón por la que todo este tiempo me he mantenido distanciada de mi padre. Una tarde, debía de tener yo unos siete años, estaba jugando sola en los jardines de Castlereigh, imaginándome que era una princesa, y bailaba junto a los lilos, esos lilos tras los que discutimos el día del bautizo, ¿recuerdas? Daba vueltas y vueltas, mientras canturreaba para mí, cuando de pronto apareció mi padre. Me agarró y me zarandeó como si fuera una muñeca de trapo. Durante días tuve en mis brazos las marcas de sus dedos. Sus ojos parecían los de un loco y no paraba de gritar, ni dejaba de zarandearme, hasta que, de pronto, se detuvo, como si al fin se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo y me soltó; pero aun así me dijo en un tono cortante como el filo de un cuchillo que no quería volver a verme bailar, o no se haría responsable de las consecuencias.

Bryce casi podía imaginarlo: una niñita de dorados cabellos, danzando junto a los lilos, y de repente el hombre que había hecho todo lo posible por aplastar su individualidad.

—Hijo de perra… —masculló.

—Nunca fue capaz de aceptarme tal y como era —murmuró ella con la voz rota por el dolor—. Quería que fuera otra persona, alguien, sólo ahora puedo comprenderlo, como Corinne, no como mi madre.

Sin pararse a pensar, Bryce fue junto a ella y la rodeó con sus brazos, deseando haber estado allí para poder protegerla. Jenessa estaba temblando ligeramente, y Bryce la alzó en volandas con un gruñido de esfuerzo exagerado, esperando hacerla reír.

—Volvamos a la cama —le dijo suavemente—. Espero que tus pies no estén tan fríos como los míos —añadió.

—Tengo frío el corazón —murmuró ella con voz tan queda, que él apenas pudo oírla—. ¿Puedes hacer desparecer ese frío?

Bryce la miró a los ojos largo rato antes de contestar.

—No lo sé —le dijo con sinceridad.

—Podemos empezar por los pies —musitó Jenessa, esbozando una pequeña sonrisa.

La emoción hizo que se le hiciera un nudo en la garganta a Bryce. La llevó al dormitorio, y cuando estuvieron en la cama la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Sin embargo, cuando cerró los ojos, volvió a ver el sucio apartamento. Pasó mucho tiempo antes de que lograra dormirse.

CAPITULO 14

EL LUNES por la mañana Jenessa volvía a estar en su estudio; Bryce había regresado a Boston la tarde anterior. Mientras la joven ponía los colores que iba a usar en su paleta, recordó los dos últimos días. Durante todo el sábado Bryce había actuado como si no hubiera pasado nada, y cuando ella se decidió a sacar el tema el domingo por la mañana, sugiriéndole que quizá en los servicios sociales pudieran ayudarlo a averiguar qué había sido de sus padres, él le había respondido en un tono cortante:

—Jenessa, no quiero hablar de eso. Ni siquiera debería habértelo contado.

—Pero lo hiciste.

—Si no me hubiera encontrado con esa pintura al levantarme en mitad de la noche, no lo habría hecho —le recordó él.

—Fuiste tú quien me dijo que necesitaba tender puentes con mi familia, ¿recuerdas? —insistió ella—, por mi propio bien. ¿No crees que te sentirías mejor si supieras qué fue de ellos?

—No, no lo creo.

Y ése había sido el final de la conversación. Claro que lo habían pasado bien el resto del fin de semana: comiendo en Masefield, trabajando juntos en el jardín, haciendo el amor… pero, al menos para ella, una sombra se había cernido sobre su felicidad: la sombra del pasado de Bryce nunca cesaría por lo que habla vivido de niño.

Quedaba condenada a ser algo temporal. Tal vez debería ponerle fin ella misma, se dijo la joven, mientras que no se sintiera demasiado implicada, pero lo cierto era que el dilema sin resolver , la agitaba.

Tratando de no pensar en ello, trabajo lodo el día en el estudio, pero los resultados fueron tan poco satisfactorios que acabó con un humor de perros.

¿Qué diablos le estaba pasando?

De pronto le vino a la mente la conversación que había tenido con su madre el día en que quedaron a almorzar, y recordó como, hablando con ella, había caído en la cuenta de que sus cuadros no eran más que una representación Obsesiva e inconsciente del miedo a su padre. Jenessa fue al salón y se sentó junto a la mesita del teléfono con las manos sudorosas. Levantó el auricular, pero inmediatamente lo volvió a colgar. «¿Vas a hacerlo o no?», le espetó una voz dentro de su mente, «no se ha escrito nada de los cobardes"'

Dos días después, tras un turno de cuatro largas horas en el

centro de acogida Jenessa se encontraba de pie en medio de una de las calles más exclusivas de Boston ,En la acera de enfrente había una mansión del Siglo diecinueve , Back Bay la residencia de su padre en la ciudad, donde Corinne y él pasaban temporadas cuando se cansaban de la tranquilidad de Manatuck o tenía asuntos de negocios que atender.

Su padre estaría esperándola, se recordó, y no había ido hasta allí para quedarse plantada en medio de la acera como una estatua. Inspirando temblorosa, cruzó la calle y llamó al timbre. Para su sorpresa, fue su propio padre quien abrió.

—Pasa —le dijo—. Corinne ha salido, así que podremos charlar a solas —añadió mientras la conducía hasta la biblioteca. Al pasar por el comedor, Jenessa advirtió que habían colocado su cuadro en un lugar destacado, sobre la chimenea apagada—. Deja que te sirva algo de beber —le ofreció cuando se hubieron sentado en dos sillones enfrentados—. ¿Una limonada con hielo?

—¿Limonada?… sí, sí, de acuerdo —repitió ella nerviosa, asintiendo con la cabeza—. Hace un calor espantoso.

En el autobús, la joven había ido ensayando mentalmente lo que le diría y se había propuesto mostrarse serena y segura de sí misma, pero en cuanto estuvo sentada frente a su padre, el recuerdo de aquel día junto a los lilos y de sus constantes reproches y prohibiciones a lo largo de su adolescencia la puso en tensión.

—Me alegra que hayas venido —le dijo él, dándole el vaso y sirviéndose otro para él.

—¿Ah, sí? —le espetó Jenessa, sacando las uñas en un acto reflejo, fruto de su enfrentamiento de años.

—Pues claro que sí —repuso Charles Strathern, riéndose incómodo—. Después de todo, eres mi hija.

Esa respuesta no hizo sino avivar la ira de Jenessa.

—También soy hija de tu ex esposa, Leonora, pero desde niña trataste de destruir en mí todo lo que te recordaba a ella. Querías cambiarme a tu antojo, que pensara y actuara como tú, que hiciera lo que tu querías.

—Jenessa, estás siendo muy injusta…

—¿Injusta? —repitió ella con una risa de incredulidad—. Llegaste a inscribirme en una universidad privada para que estudiara Ciencias Empresariales… sin consultármelo, como si mi opinión y mis deseos no contasen para nada.

—Habría sido un mal padre si te hubiera alentado en tu obsesión por estudiar Bellas Artes —replicó él—. Los ideales están muy bien, pero también hay que ganarse la vida.

—Pero finalmente estudié Bellas Artes y aquí estoy; me está costando, pero estoy saliendo adelante.

—Siempre fuiste muy obstinada —contestó su padre.

—Si no lo hubiera sido, me habrías destruido —le espetó ella alzando la voz—, me habrías convertido en algo que no era. ¿Es eso lo que significa para ti «ser un buen padre»?

Con las cejas fruncidas, Charles meneó la cabeza.

—¿A qué viene todo eso ahora? —balbució—. ¿Por qué me estás echando en cara cosas que pasaron hace años?

—¡Viene a que habría estado mejor sin un padre!

Charles Strathern soltó el vaso ruidosamente sobre la mesita pulida que había entre ellos.

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

—Me mentiste durante años, haciéndome creer que mi madre estaba muerta, y después hiciste todo lo posible para arrancar todo lo que hubiera en mí de ella, todo lo que te recordaba a la mujer que te había abandonado. Vamos, papá, por una vez en tu vida, dime la verdad. Odiabas a mi madre por lo que te hizo, ¿no es cierto? No querías admitir ante tus importantes amigos que tu esposa te había dejado, así que la mantuviste alejada de sus hijos y a nosotros nos mentiste. Y todo, ¿por qué? Por tu maldito orgullo y por miedo a lo que la gente pudiera decir. ¿Cómo esperas que te perdone?

—¡No fue por orgullo!

—Por supuesto que fue por orgullo. Mamá había dejado de quererte, se enfrentó a ti, se burló de ti… así que la enterraste en tu memoria y en las nuestras, como si nunca hubiera existido.

Su padre se había puesto de pie y estaba paseando arriba y abajo por la biblioteca.

—Está bien, es verdad —farfulló atormentado—. Es verdad, en cierto modo mi decisión se debió a que me sentí herido en mi orgullo, pero fue más que eso, Jenessa. Yo la amaba, sentía verdadera adoración por ella. Desde el primer momento en que la vi… no pude evitarlo, caí rendido ante sus pies. Fue algo impulsivo, por parte de los dos. Ella se quedó embarazada. Me dijo que no se sentía preparada para el matrimonio, pero yo la convencí y se casó conmigo. Me sentí el hombre más dichoso de la Tierra. Era mía, sólo mía…

—Otra posesión más que añadir a tu lista —masculló Jenessa disgustada.

—Ése es un punto de vista bastante simplista —repuso su padre, mirándola dolido—. Las posesiones materiales son reemplazables. Si

un objeto tiene una tara puedes tirarlo a la basura y comprar otro, pero no ocurre lo mismo con las personas, ni con el amor. Leonora era todo lo que yo quería… y la perdí.

—La alejaste de ti —repuso Jenessa.

Su padre se quedó callado un momento.

—Supongo que en realidad jamás la tuve —murmuró—. Fue sólo una ilusión, como cuando cae un copo de nieve en tu mano y se deshace al instante. Era algo que en el fondo sabía desde el principio, que había algo en ella que no se podía enjaular. Era un espíritu libre. No puedes imaginar lo que es enamorarte de alguien cuyo corazón jamás podrás tener por completo —le dijo con una amargura que se clavó como un puñal en el alma de la joven—, saber que, por mucho que hagas, jamás lograrás retenerla a tu lado. Es un verdadero infierno.

«Igual que me ocurre a mí con Bryce…», pensó Jenessa estupefacta, «se niega a dejar que me acerque a él, a comprometerse…».

—Fui un idiota —continuó su padre, más para sí que para ella —, creí que si la mantenía alejada de los escenarios, de la danza, de sus amigos bohemios… conseguiría que nuestro matrimonio funcionase. Le compré joyas, vestidos, casas… ¿Sabías que hice construir Castlereigh para ella? —le dijo con tristeza.

—Pero nada de todo eso funcionó —adivinó Jenessa—. Lo único que conseguiste fue alejarla de ti.

Su padre asintió con la cabeza.

—Un día, al año de nacer Brent y tú, a mi regreso de un viaje de negocios, encontré una carta suya, diciéndome que se había marchado a París.

—Y entonces decidiste exiliarla.

—Estaba roto de dolor, de desesperación, de ira hacia ella por haberme abandonado… fuera de mí. Le dije a todo el mundo que había muerto en un accidente en barco, que no habían hallado su cuerpo. Celebré un funeral fingido e hice que mis abogados la amenazaran para que no intentara ponerse en contacto con vosotros.

Jenessa alzó el rostro y observó sorprendida que pesadas lágrimas estaban rodando por las curtidas mejillas de su padre. Sin pararse a pensar, se levantó y se acercó a él, poniéndole una mano en el hombro.

—Sé que fue una crueldad hacerle aquello, y a vosotros también —sollozó el hombre—, sólo ahora me doy cuenta… Travis me lo hizo ver. Por eso en los últimos meses he estado intentando

acercarme a ti, Jenessa.

Impulsivamente, la joven le acarició el rostro, mirándolo a los ojos.

—Nunca imaginé que hubiera emociones en ti —murmuró—. Aparte de aquel día en que desataste tu furia conmigo, junto a los lilos, siempre te mostraste frío y distante.

Torpemente, su padre la rodeó con los brazos.

—Lo siento, Jenessa, siento lo que te he hecho todo este tiempo… lo siento tanto… —gimió con la voz quebrada por el dolor.

La visión de la joven se vio enturbiada también por las lágrimas.

—Yo también siento haber sido tan dura contigo —le dijo—, pero no me arrepiento de que hayamos tenido esta discusión. Era algo que teníamos pendiente desde hace mucho tiempo… mucho tiempo.

—Yo… yo no sé si alguna vez podrás perdonarme —hipó su padre—. Te privé de tu madre y traté de cambiarte, y sé que fue algo terrible, pero fue por amor, porque yo te quiero, Jenessa… te quiero muchísimo, hija.

La joven se apartó un poco de él para mirarlo a los ojos y le secó las lágrimas con la mano.

—Ya te he perdonado —le dijo con una sonrisa temblorosa—. Y yo también te quiero, papá —añadió, viendo cómo de sus cansados ojos se deslizaban nuevas lágrimas.

—Amor y perdón —murmuró su padre abrazándola de nuevo—. Es más de lo que me merezco.

Cuando abandonó la mansión, la joven se sentía en paz consigo misma. Caminó sin prisa calle abajo, bajo la sombra de los árboles, admirando las elegantes casas, pero, cuando entró en la boca de metro, en un impulso, tomó la línea roja en lugar de la azul, y se bajó en la parada más próxima a Beacon Hill. Tal vez debería haber llamado antes de presentarse allí, se dijo al llegar a la puerta de la casa de Bryce, pero, inspirando con fuerza, hizo acopio de valor y apretó el timbre.

No tuvo que esperar demasiado. Al cabo de unos segundos la puerta se abrió y apareció Bryce vestido con unos pantalones cortos y una camiseta; tenía asida una bolsa de deportes en la mano.

—Oh —balbució Jenessa—, ibas a salir… Lo siento, debería haber llamado.

—No pasa nada. Iba a ir al gimnasio: con este calor no hay quien haga jogging por la calle. Entra.

Jenessa pasó al vestíbulo, y Bryce cerró suavemente detrás de

ella.

—No sabía que ibas venir hoy a la ciudad —murmuró.

—La verdad es que yo tampoco —dijo ella—. Vengo de… ver a mi padre.

Cuando la estupefacción se hubo disipado del rostro de Bryce, le refirió todo lo que habían hablado, que se habían reconciliado y cómo se habían prometido poner cada uno más de su parte a partir de entonces para llevarse bien.

—No te imaginas lo maravillosamente bien que me siento, Bryce —le dijo con una sonrisa radiante—. El odio que se había acumulado en mi interior era como una pesada losa que no me dejaba avanzar, y ahora que me he quitado ese peso de encima, casi tengo la sensación de que podría bailar como mi madre —añadió riendo.

—¿Y has venido hasta aquí para contármelo? —inquirió Bryce aturdido.

Jenessa lo miró desconcertada.

—Por supuesto —musitó—. Para mí es algo muy importante. Creí que lo comprenderías…

Bryce lo comprendía demasiado bien. Jenessa estaba dispuesta a compartir con él sus penas y sus alegrías, todos sus sentimientos… algo que él no creía que pudiera corresponder. Sin embargo, cada vez que la veía se sentía más implicado, más atraído hacia ella.

Una parte de sí le decía que debía cortar su relación antes de hacerle daño a Jenessa, pero otra le decía que no fuera estúpido, que no la dejara escapar. Pero no podía, no podía comprometerse…

—No debería haber venido —murmuró Jenessa ante su prolongado silencio—. Tendría que haberme dado cuenta de que no querrías oírme hablar de mi padre y de mí. Tú sólo me quieres en tu cama, una relación temporal y superficial, nada más.

—¡Maldita sea, Jenessa, no sé lo que quiero!

La joven se había puesto pálida.

—Un lienzo en blanco es algo inerte y no tiene sentido cubrirlo de pintura a menos que el resultado transmita algo de lo que hay en tu interior, a menos que saque fuera lo que hay oculto, lo desconocido. Yo he cambiado desde que nos conocimos —le dijo con voz entrecortada—, pero si tú no tratas también de superar lo que te separa de mí, no llegaremos a ninguna parte.

—¿Y adónde se supone que debemos llegar?

La joven contrajo el rostro, como si la hubiera golpeado.

—No hay nada inmutable, Bryce —le dijo apasionadamente—: ni las personas, ni las plantas; incluso el propio tiempo avanza…

Quedarse estancado es morir.

—¿Desde cuándo te ha dado por la filosofía? —le espetó él con sarcasmo.

—¡Vete al infierno, Bryce Laribee!

Parecía lo suficientemente furiosa como para mandarlo allí desde luego. ¿Y por qué no iba a hacerlo?, se dijo él, cuando por un lado la atraía hacia sí y por otro trataba de apartarla. Estaban atrapados, atrapados en aquella relación.

—Eres mucho más valiente que yo —le dijo quedamente—. Te has atrevido a afrontar tu pasado. Yo, en cambio, me quedo bloqueado sólo de pensar en tener que revivir lo que pasé.

La joven se quedó callada un instante, avergonzada. Estaba siendo demasiado dura con él.

—Perdóname, Bryce —murmuró—. Sé que no hay punto de comparación. Como tú me dijiste, mis padres son imperfectos, pero siempre han estado a mi lado, o hubieran querido estarlo, en el caso de mi madre. Sé que lo que te estoy tratando de empujar a hacer sería como un salto al vacío, a lo desconocido, porque no sabes qué encontrarías, y al hacerlo, se reabrirán viejas heridas. No tiene nada que ver.

La humildad de la joven le llegó a Bryce al corazón. Toda su vida había estado intentando huir de los recuerdos de su infancia, pero no podía esconderse en ninguna parte, ni borrarlos, porque lo seguían fuera donde fuera. No los habían borrado los coches de lujo, ni las casas, ni las mujeres… ¿No habían sido todas aquellas cosas barricadas que había levantado para evitar sus recuerdos?

Dejando caer la bolsa al suelo, tomó a Jenessa entre sus brazos y la apretó con fuerza contra sí. Sólo cuando la tenía a su lado estaba seguro de quién era.

CAPITULO 15

U NA SEMANA después Bryce se encontraba en una calle de los suburbios de Boston, frente a un edificio de ladrillo, bajo una ligera llovizna. Eran las siete de la tarde. En el centro de acogida en el que su madre lo dejara de niño no habían podido decirle nada acerca de sus padres, ya que ocho años atrás habían sufrido un incendio y se habían perdido todos los registros, pero una de las encargadas, una mujer ya anciana, le dijo que buscara a una tal Maybelline Parker, que había estado trabajando allí en el turno de noche por la época en la que él decía que su madre había .estado allí. Bryce había logrado dar con ella. Indagando, si aquella mujer no sabía nada de sus padres, habría llegado a un callejón sin salida. ¿Era eso lo que quería?, se preguntó, vacilando antes de entrar en el portal. No, tenía que hacerlo, pasara lo que pasara. No había llegado hasta allí pata acobardarse en el último minuto.

Subió los desvencijados escalones de dos en dos. Habían hablado previamente por teléfono, así que la mujer debía de estar esperándolo. Llegó al tercer piso con el corazón golpeándole con fuerza contra las costillas, y siguiendo el pasillo encontró una puerta pintada de un color rojo brillante sobre la cual un letrero descolorido decía «F>,, Era allí.

Llamó al timbre, pero estaba estropeado, así que golpeó con los nudillos y se quedó esperando. Cuando ya creía que no había nadie, la puerta se abrió con un chirrido y apareció una mujer entrada en años con un gato atigrado en los brazos.

—Usted tiene que ser Bryce Laribee, ¿verdad? —le dijo escrutándolo con sus ojos arrugados, pero con una amplia sonrisa en los labios—. ¡Y pensar que la última vez que lo vi no me llegaba ni a la cintura…!

Bryce asintió, con el corazón latiéndole aún más aprisa y la garganta seca. Si decía que lo había conocido aquello era una buena señal. Tenía que recordar también a su madre.

—Pase, pase… —le dijo la mujer. Bryce entró y Maybelline cerró la puerta, soltó al gato en el suelo y lo guió a través de un corto y estrecho pasillo hasta un saloncito pequeño pero acogedor—. ¿Le apetece un poco de té?

—¿Té? —repitió Bryce distraídamente mientras se sentaba—. Sí, gracias.

Y observó horrorizado cómo la mujer ponía en la tetera al menos cinco bolsitas de té. Cuando estuvo listo, puso dos tazas en la

mesa, lo sirvió, colocó también un plato de galletas y se sentó frente a Bryce.

—Bueno, a juzgar por su aspecto parece que le ha ido muy bien —murmuró—. Me alegro por usted.

—No me ha ido mal —dijo él—, pero siento que ha llegado el momento en que necesito averiguar qué fue de mis padres. Lo único que sé son sus nombres, Rose y Fletcher Laribee. Eso y que ella me abandonó en el centro de acogida donde usted trabajaba… y que ambos desaparecieron aproximadamente al mismo tiempo. No es mucho.

Maybelline se quedó mirándolo patidifusa.

—¿Eso es lo único que sabe? —repitió—. ¿Que su madre lo dejó en el centro?

—Ya le he dicho que no es mucho.

—¿No le dijeron más que eso?

Entonces fue el turno de Bryce de fruncir el entrecejo confundido.

—No… ¿deberían haberme dicho algo más? Maybelline le respondió con otra pregunta:

—¿Hay alguna razón en particular por la que los esté buscando?

Tal vez fuera el fuerte té lo que hizo que a Bryce se le soltara la lengua, confiándose a aquella desconocida.

—Tengo treinta y cinco años y no me he casado —dijo—, ni creo que lo haga jamás, y tampoco pienso traer ningún hijo al mundo.

—Está aquí por una mujer, ¿no es así? —inquirió Maybelline, dejando a Bryce boquiabierto.

—He de decir que es usted muy suspicaz —dijo Bryce—, y va directa al grano, desde luego.

—Bueno, no ha venido aquí para hablar del tiempo, ¿no?

—Yo… me siento muy a gusto con ella, pero después de la experiencia que tuve en mi infancia, me preocupa que pueda convertirme en un hombre como mi padre.

—¿Tiene problemas con la bebida? —inquirió ella.

«Sólo con su té», pensó Bryce, y meneó la cabeza.

—¿Alguna vez ha pegado a esa mujer?

—No me atrevería… —respondió Bryce riéndose No, nunca he levantado la mano a una mujer.

—Entonces no veo por qué se preocupa —farfulló ella, mordiendo una galleta.

—¿Que por qué…? ¡Fletcher Laribee era mi padre! Su sangre corre por mis venas, y cuando bebía se convertía en una bestia.

—Mire, joven, en cuanto lo vi al abrir la puerta me pareció

usted una buena persona —replicó Maybelline—, pero a ese respecto puede quedarse tranquilo: Fletcher Laribee no era su padre.

Bryce casi se atragantó con el té que había bebido.

—¿Cómo ha dicho?

—Se fue a vivir con su madre, Rose, unos meses después de que ella enviudara. Ella estaba embarazada de usted entonces. Hablamos mucho durante los dos o tres días que pasó en el centro de acogida. Me contó que su padre se llamaba Neil Bryce Jackson. Trabajaba en el puerto, y parece ser que lo mató una grúa. Le cayó encima, pobre hombre… si la memoria no me falla, creo recordar que me dijo que era de Iowa.

—¿Me está diciendo que Fletcher Laribee no era mi padre? —inquirió Bryce patidifuso.

—No, señor. Su madre me dijo que había estado muy enamorada de Neil, su marido, y que era un buen hombre. Sí, eso fue lo que me dijo.

A Bryce la cabeza le daba vueltas.

—Pero yo siempre llamé «padre» a Fletcher, y él nunca me contradijo, ni tampoco mi madre.

—Era un hombre muy posesivo y detestaba la idea de que el hijo que ella llevaba fuera de otro. Era un bastardo hijo de perra, si me perdona el lenguaje —farfulló ella, dejando caer una migaja a la alfombra.

—Pero, ¿por qué se fue con él?

—La pobre no tenía un centavo, ni una educación, y además estaba embarazada. Parece ser que el tal Fletcher era un tipo atractivo y encantador cuando se lo proponía. La engatusó, y sólo cuando se fueron a vivir juntos se dio cuenta ella de la clase de hombre que era en realidad. Rose me dijo que el día que llegó con usted al centro de acogida, cuando él lo golpeó por defenderla, decidió que ya había tenido bastante. Lo quería a usted más que a nada en el mundo.

—Pero, ¿por qué me dejó?, ¿por qué me abandonó después? —inquirió Bryce, con un matiz desesperado en la voz, como si fuera el niño de cuatro años el que estuviera hablando por él.

—Eso es lo que me sorprende que nadie le contara —dijo ella con un pesado suspiro—. La noche en que desapareció, Rose me dijo que iba al apartamento a recoger algunas cosas que había dejado. Le rogué que no fuera tonta, que alguien del centro lo haría por ella al día siguiente, pero estaba decidida. Me dijo que volvería enseguida. Tenía planes, para ella y para usted. Quería marcharse

lejos y empezar una nueva vida en otro lugar, donde Fletcher no pudiera encontrarla —se quedó callada un instante antes de continuar, y bajó la vista—. La encontraron a la mañana siguiente con el cuello roto, al pie de las escaleras del bloque de apartamentos donde había vivido con Fletcher.

Bryce palideció.

—Muerta… estaba muerta… por eso no regresó a por mí —murmuró tapándose el rostro con las manos.

La mujer lo miró con tristeza.

—Lo siento, hijo. Lo siento muchísimo.

—Siempre me había preguntado por qué no había vuelto… —dijo Bryce, con los ojos humedecidos.

—Estoy segura de que, de otro modo, nada la habría detenido. Era una mujer muy fuerte —murmuró Maybelline—. Ese día la policía no halló rastro de Fletcher, y nadie lo ha vuelto a ver que yo sepa. Llevaron a cabo una investigación y al final dijeron que había sido una «muerte accidental», pero yo no lo creo.

—¿Piensa que fue él quien la mató? —inquirió Bryce, alzando la vista espantado.

—Nunca podremos saberlo, pero no me creo que se cayera sin más ni más por unas escaleras.

—Fuera como fuera, está muerta —farfulló él con amargura.

—Yo tenía el turno de noche en el centro, y cuando llegué al día siguiente la gente de servicios sociales ya lo habían sacado a usted de allí. Me dijeron que lo habían dado a una familia de acogida, pero no quisieron darme más datos; ya sabe cómo son esas cosas.

Bryce puso su mano sobre los arrugados dedos de la mujer.

—Dice mucho de usted el que se interesa por lo que había sido de mí —le dijo.

Maybelline se secó una lagrimilla con el dobladillo del delantal.

—No comprendo cómo es posible que no le dijeran nada —murmuró—. Bueno, entiendo que no lo hicieran al principio… era tan pequeño… pero después, cuando tuvo más edad, debieron hacerlo.

—Encontraré el lugar donde está enterrada —le dijo Bryce con decisión—. Cuando lo haga, ¿querría usted venir conmigo a depositar unas flores en su tumba?

—No hará falta que busque —respondió Maybelline—. Está en un pequeño cementerio que hay a unas cinco manzanas al este de aquí. Y, sí, me encantaría acompañarlo.

—De modo que incluso averiguó dónde la habían enterrado… —musitó él admirado.

—Era lo menos que podía hacer.

—Si mi padre, mi verdadero padre, fue un buen hombre, como le dijo ella, usted es una santa, Maybelline Parker.

—¡No diga bobadas! —farfulló la mujer sonrojándose y sirviéndole otra taza de té.

Un par de horas más tarde, Bryce caminaba calle abajo, con la conversación que acababa de mantener zumbándole en la cabeza. Ya era de noche, y la lluvia no sólo no había parado, sino que parecía caer con más fuerza, pero sumido como estaba en sus pensamiento,

Bryce no le prestó atención. Se sentía inmensamente aliviado, liberado. Aquel mal nacido no había sido su padre, y su madre, Rose, sí lo había querido y había tenido intención de volver a por él.

Después de haber ido al encuentro de Bryce para contarle cómo se habían resuelto las cosas con su padre, Jenessa se había quedado a almorzar con él, pero un algo indefinible había flotado en el aire entre los dos. Aunque habían estado en la misma habitación, sentados a la misma mesa, le había dado la impresión de que hubieran estado a kilómetros de distancia.

Estaba convencida de que Bryce se sentía disgustado consigo mismo, y quizá incluso un poco celoso, porque ella estaba consiguiendo avanzar, enfrentarse a los fantasmas de su pasado, y él en cambio ni siquiera se decidía a intentarlo. También sabía que debía sentirse presionado por su relación. Ella cada vez estaba más volcada, más ilusionada, pero él parecía tener miedo a que fuesen a más, como si temiese verse atrapado o hacerle daño a ella.

¿Se habían equivocado al comenzar aquella relación? ¿Estaba realmente abocada al fracaso? No quería creerlo, no podía creerlo. Ese mismo día, cuando habían discutido y finalmente Bryce la había abrazado, había notado algo distinto de todo lo que había experimentado con él hasta entonces. No sabría explicarlo, pero había habido algo en la manera en que la había apretado contra su pecho, casi una cierta desesperación, que le había dicho que por mucho que él se empeñara en negarlo, aquello no era sólo un romance más para él.

Era obvio que se estaba dando cuenta de que lo que sentían el uno por el otro los estaba arrastrando más allá de lo que en un principio habían pensado que sería su relación. «No, el amor no es algo que se pueda contener», se dijo Jenessa, «rompe las barreras que tratamos de imponerle y se libera porque necesita ser expresado».

«Porque necesita ser expresado…». La joven repitió ese último pensamiento en su mente aquella mañana, de pie frente al lienzo que había comenzado a pintar. Se alejó del caballete y estudió con una mirada crítica lo que llevaba hecho. Y, de pronto, de un modo impulsivo, casi arrancó el lienzo del caballete, lo dejó en el suelo, junto a los otros, y sacó uno en blanco.

Empezó a pensar de nuevo en Bryce, en lo que sentía por él, en las vicisitudes de su relación, y de pronto su imaginación empezó a trazar líneas en el lienzo, formas… asignó colores… Dispuesta a aprovechar aquel torbellino de inspiración, se puso manos a la obra y no descansó en casi tres horas.

Cada día de esa semana se dedicó a ese cuadro en cuerpo y alma, volcando en él todas las dudas que la consumían, así como la pasión que había experimentado con Bryce, y el cariño, y la ternura…

El viernes, cerca de las diez de la noche, estaba todavía en el estudio, retocando el cuadro. Exhausta, soltó el pincel, se limpió las manos y se alejó para comprobar el resultado con el corazón en vilo. Estaba terminado, lo sabía, no había más que añadir, ni que cambiar. La pintura hablaba de esa temporalidad que tanto la asustaba, del amor, de la felicidad, en sí misma tan efímera, de los riesgos y las incertidumbres.

Sintiéndose satisfecha con su trabajo por primera vez en mucho tiempo, se quitó la ropa y se dio un largo baño para relajar sus músculos. Después, se fue a la cama y durmió como nunca había dormido.

CAPITULO 16

A LA MAÑANA del día siguiente, sábado, Bryce quería haberse levantado temprano, pero había dormido fatal, probablemente por culpa del té de Maybelline, y hasta las once no estuvo duchado y afeitado. Desayunó apresuradamente un par de tostadas y un café solo y se metió en el coche para dirigirse a Wellspring, el pequeño pueblecito donde vivía la mujer que había transformado su vida.

La noche anterior había hecho mucho viento y éste había arrastrado los negros nubarrones, dejando un cielo azul limpio y despejado, donde brillaba el sol en todo su esplendor. Con el corazón sosegado llegó a la casita de estilo cuáquero. Detuvo el vehículo y se apeó, esperando encontrar a la joven en el jardín, pero no había rastro alguno de Jenessa entre las begonias, las peonías y las azucenas. Subió las escaleras de la entrada y llamó a la puerta, pero nadie salió a abrir.

Rodeó la vivienda y probó con la puerta de atrás, que daba a la cocina. No estaba cerrada. Ciertamente era un lugar tranquilo, pero a un urbanita como Bryce le pareció que la joven era demasiado confiada, dejando vía libre a quien quisiera entrar.

—¿Jenessa? —la llamó entreabriendo la puerta.

Sólo el silencio respondió.

Se decidió a entrar en la casa.

—¿Jenessa? Soy yo, Bryce… ¿estás en casa?

De nuevo silencio. Era obvio que Jenessa no estaba allí. Tal vez se hubiera ido a Boston, se dijo decepcionado, a visitar a Charles y a Corinne, o quizá a Nueva York, con Leonora. Sin embargo, de pronto reparó en una taza de café a medio terminar y en un manojo de espinacas sobre la encimera, y una tijera y unos guantes de jardín. A juzgar por el estado de las espinacas, que todavía parecían frescas, daba la impresión de que no se hubiera marchado hacía mucho, y el café aún estaba templado.

Bryce miró en torno a sí. Era una casita sin pretensiones, con olor a pintura y trementina, pero para él tenía una calidez que ningún hotel de cinco estrellas, ni ninguna mansión le habían podido dar jamás. Era el hogar de la mujer a la que amaba, una mujer valiente en la que confiaba plenamente, una mujer creativa, apasionada y honesta.

La esperaría, se dijo. Con un suspiro, recorrió las distintas habitaciones, rememorando los momentos felices que había compartido allí con ella, sintiéndola en cada rincón. Al llegar al

estudio, no pudo la curiosidad de entrar. El cuadro que tanto lo había inquietado estaba junto a otros lienzos, contra la pared. Bryce lo miró fijamente unos minutos.

Al principio parecía que la desazón iba a apoderarse de él, pero respiró profundamente y la desterró por completo de su alma. Ya no tenía por qué temer. Conocía la verdad, y, aunque no podía devolver la vida a su madre, se sentía afortunado de saber que sí lo había querido. Se giró hacia el caballete para ver en qué nueva obra estaba trabajando Jenessa y al verla se quedó sin aliento.

Había logrado transmitir con ella maravillosamente todo por lo que habían pasado juntos, y si había una certeza que expresara, era que no existía certeza posible en la vida, nada de lo que estar seguro sin tener que arriesgar, y mucho menos en el amor.

Pero para él había algo más en el cuadro, algo que parecía hablarle a él directamente, echándole en cara el modo en que había vivido su vida, censurándolo por cómo había tratado a Jenessa, dándose a ella en la cama, pero negándose obcecadamente a abrirse de verdad a ella.

Si ella no le hubiera hecho ver que estaba equivocado, tal vez la habría perdido, quizá sin remedio, y no habría sido culpa de nadie más que de él.

Incapaz de seguir en el estudio con aquel cuadro que parecía gritarle que solucionara las cosas de una vez, decidió volver fuera. Al ver de nuevo el jardín, lleno de flores y de color, tuvo una idea. Recorrió el pueblecito en busca de una tienda de chucherías y cuando al fin dio con una, le hizo a la dependienta un encargo muy especial, dándole una buena propina para que llevara su «pedido» a la casa de Jenessa.

Después, siguió recorriendo el pueblo, con la esperanza de encontrar a aquella escurridiza damisela.

Ya iba a darlo por imposible cuando escuchó risas y voces de niños. Curioso, las siguió, subiendo una suave loma. A sus pies vio una casa de estilo colonial restaurada, en cuya parte trasera había un enorme jardín bastante descuidado. Había una hilera de manzanos a uno de los lados, y bajo su sombra se había colocado una mesa de caballete con coloridos platos y servilletas de fiesta. Había un buen montón de críos, niños y niñas, jugando al fútbol.

Siguiendo la dirección del balón, de pronto el corazón le dio un vuelco. La pelota había sido interceptada por una joven de rubios cabellos agitados por el viento.

Llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta, y tenía las mejillas del color de las manzanas por el ejercicio y una sonrisa

en los labios. Según parecía, Jenessa estaba pasando completamente por alto las reglas, se dijo Bryce divertido, pero también advirtió que se aseguraba de que todos los niños, incluidos los más pequeños, pudieran intervenir en el juego.

Bryce observó la escena como un hombre que no tuviera ninguna prisa, sintiéndose aún más enamorado de ella mientras la miraba. ¿Cómo podría no amarla? Era una mujer generosa, con talento, con mucho carácter, bondadosa, divertida, dispuesta a cambiar… probablemente la había amado desde el día en que ella lo echó de su casa, antes del bautizo de su ahijada, temerosa de que la reconociera, aunque, para ser sinceros, quizá se había adueñado ya de su corazón cuando sólo tenía diecisiete años.

En ese momento volvió a su mente la imagen del último cuadro de Jenessa, el que acababa de ver en su estudio: tan vital y apasionado por un lado, y tan revelador por otro. Entonces se dio cuenta de que ya no lo asustaba: la intensidad de sentimientos que comunicaba, y el profundo entendimiento que subyacía bajo la hábil combinación de formas y colores, habían surgido tanto de él como de ella. Descendió por la loma y empujó la puertecilla blanca de la cerca del jardín y la cerró cuidadosamente tras de sí.

Jenessa no lo había visto aún. Estaba caminando hacia atrás, haciendo señas con los brazos a uno de los niños para que tirara la pelota en su dirección, y no vio una raíz que sobresalía del suelo. Tropezó y cayó, dando una voltereta. Bryce estuvo a su lado en un par de zancadas.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó acuclillándose junto a ella —, ¿te has hecho daño?

—¡Bryce…! —exclamó ella en un hilo de voz, sorprendidísima de verlo allí—. ¿Cómo me has llamado?

Su pecho bajaba y subía bajo la camiseta, y tenía el cabello revuelto.

—¿Quieres casarte conmigo, Jenessa? —le dijo Bryce en un arranque impulsivo.

De pronto la pelota de fútbol apareció volando y golpeó a la joven en el hombro, pero apenas lo notó, aturdida como estaba, mirándose en los ojos grises de Bryce.

Dos niños corrieron a su lado a por la pelota. —Perdona, Jen — le gritó uno de ellos mientras volvían a alejarse.

Ella apenas había salido de su trance.

—¡Menudo romántico estás hecho! —reprendió a Bryce en un tono afectuoso, esbozando una pequeña sonrisa—. ¿No has oído hablar de la luz de las velas y los violines?

—Si te casas conmigo encenderé una hoguera y contrataré una orquesta entera —respondió él, esperando una respuesta.

Contuvo el aliento, mientras el corazón le latía como si fuera él quien hubiera estado corriendo de un lado a otro del improvisado campo de fútbol.

—¿Estoy soñando? —le preguntó Jenessa incrédula Dios, creo que debo estar teniendo uno de esos sueños en los que se cumple uno de tus deseos, y justo cuando estás a punto de obtenerlo para siempre, te despiertas. Por favor, si estoy soñando no me despiertes.

—No estás soñando, Jenessa —le dijo él suavemente, tomándola por los hombros y levantándola No te merezco, soy un idiota y lo he sido todo este tiempo, pero te amo con todo mi corazón. Te quiero hoy, te querré aún más mañana, y si me apuras creo que te querré siempre. Cásate conmigo, Jenessa, por favor…

La joven dio repetidamente a Bryce en el pecho con su dedo índice.

—Pareces de carne y hueso —murmuró, y lo miró a los ojos esbozando una sonrisa traviesa—. Tal vez deberías besarme, así estaré segura de que no eres parte de un sueño.

En el otro extremo del jardín se oyó una gran algarabía: se había marcado un gol. Bryce inclinó la cabeza, y con toda la ternura del amor recién descubierto, besó a Jenessa hasta que no tuvo más remedio que apartarse un instante para recobrar el aliento.

—Sí —murmuró ella contra sus labios.

—¿Sí qué?

Jenessa sonrió con malicia otra vez.

—Pues que sí, eres real. Y sí, me casaré contigo —añadió con una sonrisa aún mayor.

Bryce la abrazó con fuerza, como temeroso de que fuera a escapar.

—Tengo muchas cosas que contarte —le dijo echándose un poco hacia atrás para mirarla a los ojos—, cosas que me han hecho libre al fin, que me han hecho ver que todo este tiempo he estado encerrándome en mí mismo, cuando lo más grande que me ha pasado ha sido que Dios te pusiera en mi camino.

Jenessa tenía los ojos humedecidos y la garganta tan tirante por la emoción que no pudo decir nada.

—No podía esperar más para verte, así que me vine aquí directamente, pero cuando llegué a tu casa no estabas, y por un instante creí que tendría que esperar más tiempo aún… Me habría desesperado —le dijo entre suaves risas—, pero entonces vi las espinacas y…

—¿Las espinacas? —repitió ella patidifusa.

—Sí, las espinacas… no me preguntes —dijo él sonriendo—, así que salí en tu busca, te encontré aquí, jugando al fútbol… y saltándote todas las normas del reglamento, debería añadir, y entonces fue cuando me dije que éste era el momento. «A por todas», me dije, y me decidí a pedirte que te casaras conmigo.

—No comprendo muy bien qué tienen que ver unas espinacas en todo esto, pero si te han traído hasta mí, benditas sean —dijo la joven, repasando el índice desde la mejilla hasta el mentón—. ¿Seguro que quieres casarte conmigo?

—Lo antes posible.

—Tendremos que invitar a mi madre —dijo Jenessa.

—Y a tu padre, y a Travis y a Julie… y no podrá faltar la pequeña Samantha, por supuesto.

—Samantha… —repitió Jenessa, mirándolo muy seria de repente—. Bryce, yo no sé nada de bebés, pero me gustaría muchísimo tener uno… tuyo y mío. ¿También estás dispuesto a tener hijos o aún te preocupa la idea de que no seas un buen padre?.

Bryce no tuvo que pensarlo siquiera. La idea de tener un hijo con Jenessa lo llenaba de gozo, y su temor por la herencia genética del hombre que lo había criado hasta los cuatro años se había desvanecido con lo que Maybelline le había revelado.

—Sí, Jenessa —le dijo igualmente serio—, a mí también me gustaría tener hijos. Y tampoco tendríamos por qué quedarnos sólo en uno —le dijo con una sonrisa pícara —, ya puestos podríamos tener dos o tres.

—Podríamos tener once y formar un equipo de fútbol —bromeó Jenessa.

—No es mala idea, pero tendré que enseñarte las reglas —se rió Bryce.

En ese momento salió una mujer joven de la casa, con una bandeja cargada de refrescos y llamó a los niños. Ante el anuncio de la comida, el partido se suspendió enseguida.

—Ven, Bryce, te presentaré —le dijo Jenessa—. Es Susan, una amiga. Hoy es el cumpleaños de su hijo Max.

Subieron hasta la casa de la mano.

—Susan, te presento a mi prometido, Bryce Laribee —le dijo Jenessa muy orgullosa a su amiga, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡ ,Tu prometido?! ¡Cielo santo! ¿Cuándo te has prometido?

—Hace cinco minutos —contestó Bryce riéndose.

—¡Qué calladito te lo tenías, Jen…! —le dijo Susan divertida,

dando con el codo a la joven en las costillas—. Bryce, es un placer conocerte.

—Lo mismo digo —respondió él.

—Espero que me invites a la boda —le dijo Susan a Jenessa.

—Cuenta con ello.

Hicieron una barbacoa, en la que hubo hamburguesas para todos, y después de que Max soplara las velas de su tarta y recibiera los regalos, Jenessa y Bruce se despidieron de los padres y descendieron la colina; ella del brazo de él, ambos con la expresión de dos adolescentes enamorados en el rostro.

Atravesaron las calles del pueblo, saludando a los vecinos, y cuando torcieron la esquina y apareció la casita de estilo cuáquero ante sus ojos, Jenessa se paró en seco, boquiabierta, y de pronto su risa inundó el aire.

La dueña de la tienda de chucherías había atado a la cerca blanca que rodeaba el jardín montones de globos de todos los colores que formaban la frase: «Te quiero, Jenessa». Jenessa observó encantada cómo se mecían con la suave brisa: globos azules, amarillos, rojos, violetas, verdes y naranjas.

—No tenía sentido que te regalara flores de nuevo, con todas las que tienes en el jardín —le dijo Bryce con una sonrisa.

—Todos esos colores… —murmuró ella riéndose—, ¡qué regalo tan perfecto para una artista! ¡Y pensar que te dije que no eras romántico…!

—Pues aún no has visto nada —le dijo él en un tono seductor—. Cuando entremos, te demostraré lo romántico que puedo ser.